

Presentar a los chilenos del Bicentenario el trascendental papel del presidente Augusto Pinochet y su régimen en la historia patria es un verdadero desafío.



Pinochet fue, ante todo, un reconstructor. Asumió el poder sin buscarlo y en las peores condiciones: cuando Chile se encontraba arruinado, anarquizado y sumido en una crisis integral.

Conservó el poder con el fin de reconstruir el país, tanto institucional como económicamente, para en definitiva entregar el mando a su sucesor tras elecciones ejemplarmente limpias, en perfecto cumplimiento de sus propias promesas.

Evitó una guerra civil en 1973, aquella que los jerecas de la Unidad Popular (UP) impulsaban para terminar de reemplazar la democracia chilena por una dictadura comunista como la de Fidel Castro en Cuba.

Integró una Junta Militar de Gobierno que debió tomar las riendas de un Chile en ruinas y sin democracia, como consecuencia de la acción concatenada de la partitocracia, el sectarismo ideológico y la violencia política imperante en el periodo 1964-1973.

Encabezó un régimen autoritario, pero predemocrático y revolucionario; tuvo la capacidad de seleccionar las políticas que catapultaron a Chile hacia el futuro; edificó una nueva democracia y restauró la economía sobre las bases del mercado, pese a un clima internacional adverso: dos crisis económicas mundiales, dos peligros reales de conflicto armado, una guerra subversiva financiada por el marxismo internacional, una oposición obcecada, desastres naturales, entre otros desafíos.

Colocó hitos fundamentales para avanzar en materias tan complejas como vivienda, salud y educación; logró un desarrollo armónico del país y mejoró las condiciones de vida de los chilenos; e insertó a Chile en el mundo y en la era tecnológica-informática.

En resumidas cuentas, el Chile de hoy, el del Bicentenario, tanto en su orden institucional como económico, es el resultado del régimen de Augusto Pinochet.

EDITORIAL MAYA

ISBN 978-956-8433-35-2

BIBLIOTECA UDD STGO.



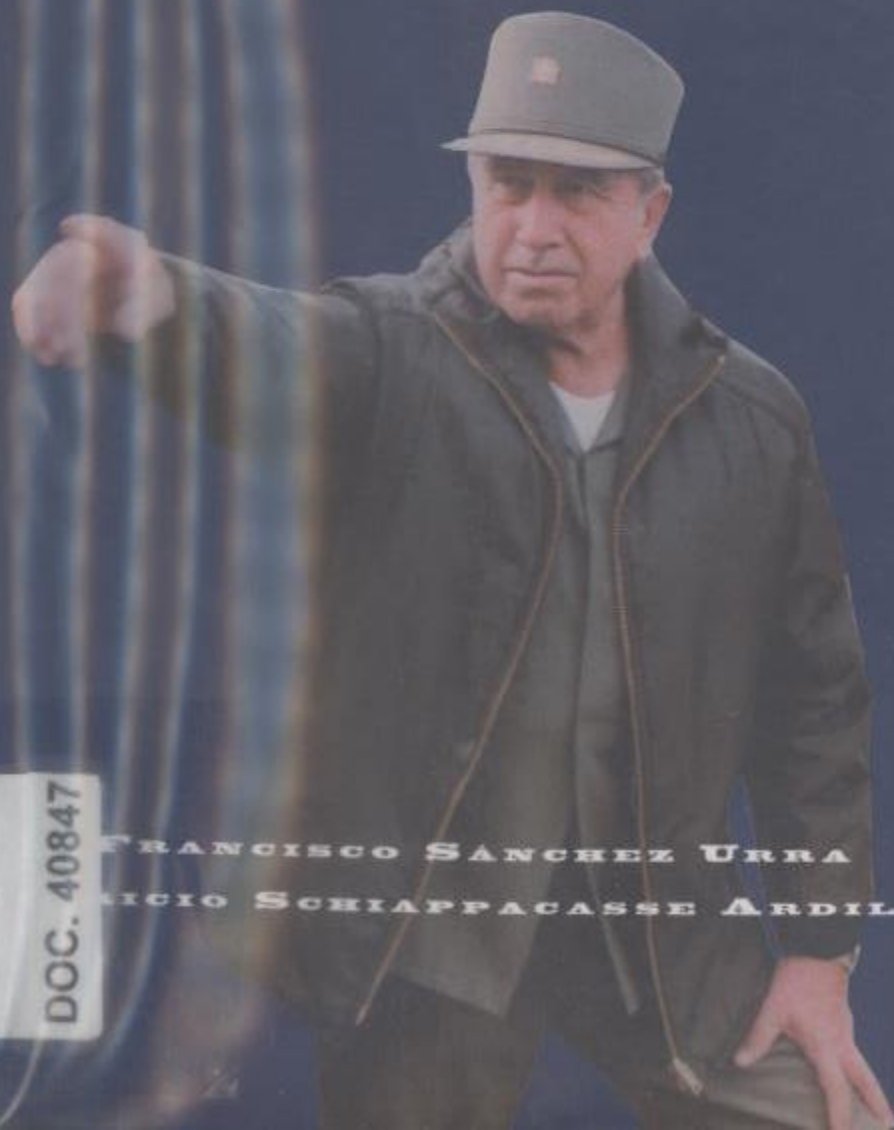
L045683

CONSULTA

Pinochet, el reconstructor de Chile - Francisco Sánchez - Mauricio Schiappacasse

# Augusto Pinochet

## El reconstructor de Chile



983.055

S2114

2010

c.1

DOC. 40847

FRANCISCO SANCHEZ URRUTIA

MAURICIO SCHIAPPACASSE ARDILE



Mauricio Schiappacasse Ardiles nació en Calama en 1977. Estudió en la Universidad de Valparaíso, obteniendo los grados académicos de Licenciado en Historia y Licenciado en Educación y el título profesional de Profesor de Enseñanza Media en Historia y Ciencias Sociales (2007).

Autor de *Augusto Pinochet, un soldado de la Paz*, publicado por Editorial MAYE, donde desarrolla el contexto de la crisis con Argentina a raíz del Laudo arbitral de 1977, identificando y explicando las etapas de la crisis, los principios y objetivos del gobierno del general Pinochet para enfrentar y solucionar el conflicto.

Actualmente complementa su tarea de investigador con la de profesor de adolescentes y adultos en Antofagasta.

783 065  
5211  
2010  
C7

Francisco Sánchez Urra

40007

Mauricio Schiappacasse Ardiles

EDITORIAL MAYE  
Schiappacasse Ardiles  
FECHA: 2010/11/11

# Augusto Pinochet

## El reconstructor de Chile



EDITORIAL MAYE

EDITORIAL MAYE  
www.maye.cl  
contacto@maye.cl



Fragmento de un documento con texto manuscrito y una línea horizontal.

Fragmento de un documento con texto manuscrito.

Introducción

Capítulo I  
Características

Capítulo II  
El proyecto territorial de la UP

Capítulo III  
El caso de Augusto Pinochet

Capítulo IV  
La reconstrucción nacional

Conclusiones



EDITORIAL MAYE  
www.maye.cl  
contacto@maye.cl



Francisco Sánchez Urra, nació en Talcahuano en 1982. Estudió en la Universidad de Valparaíso, obteniendo los grados académicos de Licenciado en Historia y Licenciado en Educación, el título de Profesor de Enseñanza Media en Historia y Ciencias Sociales (2007) y el grado de Magíster en Historia (2009).

Autor de *Los «soldados del mar» en Acción. La infantería de marina y la defensa de la soberanía austral*, publicado por Editorial MAYE, donde relata las diferentes actuaciones del Cuerpo de Infantería de Marina, entre 1958 y 1979, en la defensa de nuestro territorio nacional, sus modificaciones institucionales y cómo enfrentó la crisis de 1978 en la zona más austral de nuestro país. En octubre de 2009 fue incorporado a la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile.

**Augusto Pinochet**  
**El reconstructor de Chile**

Francisco Sánchez Urrea  
Mauricio Schiappacasse Ardiles  
1ª edición ©  
Noviembre de 2010

Inscripción N° 197.327  
ISBN: 978-956-8433-35-2

EDITORIAL MAYE LTDA.  
Email: almarquez@mi.cl  
Impresión:  
Salesianos Impresores S.A.  
Solo actúa como impresor.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

**INTRODUCCIÓN**

El presente libro tiene como objetivo presentar a los lectores del Bicecenario el papel más esencial del general Augusto Pinochet y su régimen en la historia patria. Pinochet fue ante todo, un reconstructor. Asumió el poder suscitado por las duras condiciones que el Chile de entonces había acumulado, desorganizado y hundido en una crisis social. Conservó el poder con el fin de reconstruir el país, según institucionalmente...

*Agradecemos a la señora Lucía Pinochet Hiriart, por el valioso aporte de las fotografías que aparecen en esta obra y que fueron publicadas en su libro **Pionero del mañana**.*

*También agradecemos a don Alfonso Márquez de la Plata, por su constante aliento, apoyo y orientación; a Andrés Padilla, por su notable orientación gramatical e idiomática; y a Ernesto Medalla, por sus aportes en el proceso de investigación.*

El presente libro tiene como objetivo presentar a los lectores del Bicecenario el papel más esencial del general Augusto Pinochet y su régimen en la historia patria. Pinochet fue ante todo, un reconstructor. Asumió el poder suscitado por las duras condiciones que el Chile de entonces había acumulado, desorganizado y hundido en una crisis social. Conservó el poder con el fin de reconstruir el país, según institucionalmente...



## INTRODUCCIÓN

El presente libro tiene como objetivo presentar a los chilenos del Bicentenario el papel trascendental del general Augusto Pinochet y su régimen en la historia patria. Pinochet fue, ante todo, un reconstructor. Asumió el poder sin buscarlo y en las peores condiciones: cuando Chile se encontraba arruinado, anarquizado y sumido en una crisis integral. Conservó el poder con el fin de reconstruir el país, tanto institucional como económicamente, para en definitiva entregar el mando a su sucesor tras elecciones ejemplarmente limpias, en perfecto cumplimiento de sus propias promesas. No cabe duda de que Pinochet forma parte de ese selecto grupo de hombres (Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera, Diego Portales, Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez del Campo) que han dado forma a nuestra república.<sup>1</sup>

En este trabajo se entregan los hechos y evidencias básicas para demostrar que Pinochet evitó una guerra civil en 1973, aquella que los jerarcas de la Unidad Popular (UP) impulsaban para terminar de reemplazar la democracia chilena por una dictadura comunista como la de Fidel Castro en Cuba; que encabezó una Junta Militar de Gobierno que debió tomar las riendas de un Chile en ruinas y sin democracia, como consecuencia de la acción concatenada de la partitocracia, el sectarismo ideológico y la violencia política imperante en el período 1964-1973; que lideró un régimen que construyó un orden jurídico que impidió que él o cualquier otro actor individual moldeara las normas a su voluntad; que encabezó un régimen autoritario, pero predemocrático y revolucionario; que tuvo la capacidad de seleccionar las políticas que catapultaron a Chile hacia el futuro; que edificó una nueva democracia y restauró la economía sobre las bases del mercado, pese a un clima in-

<sup>1</sup> GONZALO VIAL CORREA, *Pinochet, la biografía*, Ediciones El Mercurio-Aguilar, 2002, Tomo II, Epílogo.



ternacional adverso, dos crisis económicas mundiales, dos peligros reales de conflicto armado, una guerra subversiva financiada por el marxismo internacional, una oposición obcecada, desastres naturales, entre otros desafíos; que colocó hitos fundamentales para avanzar en materias tan complejas como vivienda, salud y educación; que logró un desarrollo armónico del país y mejoró las condiciones de vida de los chilenos; y que insertó a Chile en el mundo y en la era tecnológica-informática, entre otros aciertos.

La delimitación temporal de este libro abarca el período 1970-1990, es decir, los años en que gobernaron Salvador Allende y Augusto Pinochet. Ya ambos gobiernos forman un binomio inseparable, de manera tal que quien quiera juzgar lo sucedido bajo el Gobierno Militar no puede -lógicamente hablando- prescindir de la actuación del Gobierno de la UP, como obvia cuestión previa. «Simplemente, sin el primero, no hubiera existido el segundo».<sup>2</sup> Sin embargo, en varias oportunidades se retrocede más allá de la década de 1970 al mencionar algún hito o tema que resulte clave para entender el tema en estudio. El trabajo se ha amparado en distintas publicaciones históricas y políticas (buena parte de este material son investigaciones de primera categoría), pero también en algunos documentos y discursos presidenciales del período 1973-1990. Pero, sin duda alguna, fueron los escritos de Gonzalo Vial Correa, Gonzalo Rojas Sánchez, Víctor Farías, Luis Heinecke Scott, Carlos Huneeus, Robert Barros, Rafael Valdivieso, Cristián Labbé, José Piñera, Hernán Büchi, Alfonso Márquez de la Plata, Julio Canessa, Francisco Balart, Hermógenes Pérez de Arce, Enrique Cañas, Mario Spataro y James Whelan los que resultaron claves para la realización de este trabajo.

Este libro se divide en cuatro capítulos. El primero, titulado *Generalidades*, explica someramente la evolución política y económica del mundo y de Chile en el siglo XX.

<sup>2</sup> GONZALO ROJAS SÁNCHEZ, *La agresión del oso. Intervención soviética y cubana en Chile 1959-1973*, Editorial El Roble, Santiago, 2003, págs. 8-9.

El segundo, llamado *El proyecto totalitario de la UP*, entrega todos los antecedentes disponibles hasta la fecha que demuestran que Allende y su coalición de gobierno destruyeron, deliberadamente, los sistemas democrático y económico y la convivencia social, para convertir a Chile en un país comunista. Junto con eso, pretendieron desatar una guerra civil para someter a la mayoría de los chilenos que se oponían a sus propósitos, la que finalmente Pinochet evitó al respaldar el Pronunciamiento Militar de 1973. El tercero, denominado *El régimen de Augusto Pinochet*, aborda el funcionamiento del sistema político de entonces, señala cuáles fueron los grupos de apoyo y oposición al gobierno, explica por qué el de Pinochet fue un régimen autoritario predemocrático y revolucionario y revela cuáles fueron los principales obstáculos que tuvo que sortear el oficialismo para llevar adelante el proceso de reconstrucción nacional. El cuarto, *La reconstrucción nacional*, da a conocer el ideario que reguló la refundación de la república y explica de qué forma se edificó una nueva democracia y se restauró -garantizando en plenitud el derecho a la propiedad- la economía sobre las bases del mercado. Se expone, además, de qué manera se adecuó la legislación laboral y se modificó el sistema previsional. También se da cuenta de los principales hitos que se colocaron para avanzar en materias de vivienda, salud y educación, efectuándose un balance general en cada una de estas áreas. Por último, se explica de qué forma los profundos cambios experimentados por el país mejoraron las condiciones de vida de los chilenos.



## CAPÍTULO I GENERALIDADES



### I

La estabilidad, el colapso y la reconstrucción de Chile se dieron en un contexto histórico internacional determinado, lo que Eric Hobsbawn ha llamado el siglo XX corto, es decir, los años transcurridos desde el estallido de la I Guerra Mundial hasta el hundimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

En el transcurso de la primera mitad del siglo XX hubo tres grandes hechos que marcaron lo que Hobsbawn ha denominado la era de las catástrofes: la I Guerra Mundial (1914-1918), la Gran Depresión (1929-1931) y la II Guerra Mundial (1939-1945).<sup>3</sup>

La I Guerra Mundial (que causó 10 millones de muertos) destruyó la idea de un progreso ordenado, revirtió la creciente civilidad del siglo XIX e introdujo una era de extremismo en el pensamiento y en la acción política que se manifestó en el surgimiento de la Alemania nazi y la URSS.<sup>4</sup> La Gran Depresión de EEUU provocó el colapso de la economía mundial. Se profundizó el desprestigio liberal, tanto en lo político (la democracia parlamentaria) como en lo económico (la actividad privada como motor de la economía). Esta catástrofe marcó el inicio de una nueva fase del capitalismo, la keynesiana, que implicará una creciente intervención y planificación estatal para la economía y la sociedad. Además, la II Guerra Mundial (que causó 50 mi-

<sup>3</sup> ERIC HOBSBAWN, *Historia del siglo XX*, Editorial Critica, Buenos Aires, 2007, Primera Parte.

<sup>4</sup> PAUL JOHNSON, *Tiempos modernos. La historia del siglo XX desde 1917 hasta nuestros días*, Editorial Vergara, Buenos Aires, 2000, Capítulos I, II y III.



lones de muertos) marcó el fin de la preponderancia europea, que había comenzado en 1492 con el descubrimiento de América,<sup>5</sup> y dio paso a la aparición de un mundo dividido por dos superpotencias: los EEUU y la URSS.

En las décadas siguientes el mundo experimentó cambios trascendentales. Desaparecieron los imperios coloniales que las principales potencias europeas habían forjado en las últimas décadas del siglo XIX, cuando se repartieron África y parte de Asia. El proceso de descolonización de estas regiones culminó con el nacimiento de numerosos Estados. El pueblo judío, que fue la principal víctima de las políticas genocidas de los nazis, pudo fundar el Estado de Israel en 1948, pese a los reclamos del mundo árabe, lo que dio origen a una larga serie de guerras, ocupaciones y anexiones territoriales que han contribuido poderosamente a convulsionar la región del Medio Oriente.

Después de la II Guerra Mundial, el capitalismo (la fase keynesiana) inició su edad de oro (1947-1973). Un período «de extraordinario crecimiento económico y transformación social, que probablemente transformó la sociedad humana más profundamente que cualquier otro período de duración similar».<sup>6</sup> A mediados de siglo la era tecnológica-informática comenzó a cobrar fuerza<sup>7</sup> y en el tercer cuarto de siglo finalizó la larga era (de siete u ocho milenios) en que la mayoría de la raza humana se sustentaba practicando la agricultura y la ganadería.<sup>8</sup> Durante el cuarto de siglo de 1965 a 1990 el Pacífico, desafiando la tiranía de las grandes distancias, se convirtió en la principal área mundial de desarrollo comercial, gracias a un renacimiento del espíritu del mercado libre en países como Japón, Tailandia, Taiwán, Corea del Sur y el

<sup>5</sup> BERNARDINO BRAVO LIRA, *Historia de las instituciones políticas de Chile e Hispanoamérica*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993 (2ª edición), págs. 27-31.

<sup>6</sup> HOBBSBAWN, *op. cit.*, pág. 15.

<sup>7</sup> ALVIN TOFFLER, *La tercera ola*, Editorial Plaza & Janés, Barcelona, 1993, págs. 25-26.

<sup>8</sup> HOBBSBAWN, *op. cit.*, pág. 18.

Chile de Pinochet. La experiencia de estos países sirvió a las potencias occidentales, sobre todo a EEUU e Inglaterra, para superar la crisis que afectó al sistema capitalista en los años 70.<sup>9</sup> A fines de los años 80 el espíritu del mercado libre se estaba posesionando de Occidente. El capitalismo entraba en una nueva fase: el neoliberalismo.

Todo lo precedente fue el telón de fondo de la Guerra Fría, que duró prácticamente toda la segunda mitad del siglo XX. Los norteamericanos dieron el nombre de Guerra Fría a las batallas políticas y a las demostraciones de fuerza que debieron sostener contra los soviéticos para impedir que estos se apoderaran del mundo. EEUU recibió el apoyo de las principales democracias occidentales y de varios regímenes autoritarios de distinta índole, mientras que la URSS contó con el respaldo incondicional de los numerosos regímenes comunistas y de los intelectualoides del mundo. El símbolo de la Guerra Fría fue el muro de Berlín, expresión de la división de Alemania, de Europa y del mundo en dos bloques. La Revolución Cubana (1959) involucró a Latinoamérica en la Guerra Fría. Fidel Castro y Ernesto Che Guevara exportaron la lucha de clases, el odio y las guerrillas a toda la región.

En la Guerra Fría se enfrentaron dos visiones absolutamente opuestas. Como bien ha dicho el general Pinochet, «el dilema era: o vencía la concepción cristiana occidental de la existencia para que primara en el mundo el respeto a la dignidad humana y la vigencia de los valores fundamentales de nuestra civilización; o se imponía la visión materialista y atea del hombre y la sociedad (representada por la URSS), con un sistema implacablemente opresor de sus libertades y de sus derechos».<sup>10</sup> Por su parte, Cristián Labbé ha escrito que «el dilema de economía centralizada versus economía libre, sociedad sin propiedad privada versus derecho de propiedad,

<sup>9</sup> JOHNSON, *Tiempos modernos*, págs. 899-901 y 903-917.

<sup>10</sup> AUGUSTO PINOCHET, *Carta a los chilenos*, Londres, diciembre de 1998.



régimen de partido único frente a democracias pluripartidistas, predominio excluyente de la ideología marxista frente a la diversidad de creencias, fueron los contrastes diferencia-dores» entre el bloque comunista y el mundo libre.<sup>11</sup> La irrealidad política del eventual uso del arma atómica impidió la guerra convencional entre ambas superpotencias. Finalmente, la URSS colapsó en 1991. «Tres personas ganaron la Guerra Fría, desmontaron el imperio soviético y acabaron con el comunismo como maligna fuerza mundial: el papa Juan Pablo II, Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Trabajaron coordinando sus esfuerzos de forma no oficial y quizás nunca sepamos cuál de los tres fue el más importante».<sup>12</sup>

Durante su existencia, el Imperio Soviético instauró el marxismo en Europa Oriental, China, Corea del Norte, Vietnam, Laos, Camboya, Afganistán, Cuba, Nicaragua, Etiopía y otros Estados. Los líderes comunistas (Lenin, Stalin, Mao Zedong, Mengistu, Kim Il Sung, Ho Chi Minh, Pol Pot y Fidel Castro) no tuvieron reparos en utilizar las hambrunas, las deportaciones, los campos de trabajos forzados y las matanzas masivas (no por culpabilidad personal sino por origen social o nacional) para consolidar la «dictadura del proletariado», que en vez de contribuir a la igualdad social y a la liberación del hombre (como lo aseguró Karl Marx en su obra el *Manifiesto Comunista* de 1848), dio origen a una nueva clase privilegiada y dominante que hizo que el Estado (controlado exclusivamente por el Partido Comunista) se apoderara de los medios de producción y coartara en forma absoluta los derechos y libertades de sus conciudadanos (desde el derecho de propiedad hasta las libertades de culto y enseñanza).<sup>13</sup> El comunismo, esa verdadera

<sup>11</sup> CRISTIÁN LABBÉ GALILEA, *De Pinochet a Lagos*, Editorial Nuevo Extremo, Santiago, 2006, pág. 24.

<sup>12</sup> PAUL JOHNSON, *Héroes*, Ediciones B, Barcelona, 2009, pág. 281.

<sup>13</sup> Para una consideración general del tema, véase: STÉPHANE COURTOIS et. ál., *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Editorial Planeta, Madrid, 1998; GISELA SILVA ENCINA, *Sin derechos humanos*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1999.

antirreligión, le costó a la humanidad las vidas de unos cien millones de seres humanos.<sup>14</sup>

Una vez terminada la Guerra Fría, EEUU quedó como única superpotencia, sin rivalidad ni oposición de nadie. Así, la democracia liberal y el capitalismo neoliberal comenzaron a penetrar fuertemente en muchos países que habían formado parte del Imperio Soviético.

Cabe mencionar, por último, que el surgimiento del relativismo moral (la posición de que no existen absolutos: de bien y mal, del saber y, sobre todo, de valor), el declive de la responsabilidad individual, el rechazo a los valores judeocristianos y la no menos importante creencia arrogante de que los hombres y las mujeres podían resolver los problemas y misterios del universo gracias a su propio intelecto, provocaron todas las catástrofes y tragedias del siglo XX. ¿Podrán ser erradicados, o al menos desgastados, los males humanos señalados? «De eso dependerían las posibilidades de que el nuevo siglo llegara a ser una era de esperanza para la humanidad»,<sup>15</sup> afirma el legendario Paul Johnson.

<sup>14</sup> COURTOIS et. ál., *op. cit.*, pág. 18.

<sup>15</sup> JOHNSON, *Tiempos modernos*, pág. 968.



## II

La promulgación de la Constitución de 1925 (que reemplazó a la de 1833) respondió a un anhelo de restablecer un régimen presidencialista fuerte y eficiente, como el que Chile había tenido durante el régimen portaliano (1831-1891) y que había perdido durante el régimen parlamentario (1891-1924).<sup>16</sup> Ahora bien, el régimen de gobierno que resultó de la Carta de 1925 no se configuró en 1925 sino recién a partir de 1932. Esto, con el concurso de los partidos políticos (principalmente aquellos de origen decimonónico: Conservador, Liberal y Radical) que en 1925 habían rechazado la Constitución. Desde 1932 surgió lo que Bernardino Bravo Lira llamó «el principio fundamental del nuevo régimen», que consistía en «la negociación entre el presidente y los partidos políticos» y «cobró forma la figura institucional del presidente que lo define: un presidente en condiciones de negociar con los partidos».<sup>17</sup> Así las cosas, en 1932 la democracia chilena entraba en una nueva fase, cuyo marco sociológico ya no era aristocrático sino que uno de sociedad de masas.<sup>18</sup>

Era el comienzo de lo que Cristián Gazmuri denomina república mesocrática,<sup>19</sup> para diferenciarla de la república aristocrática. Es que, en el paso del siglo XIX al XX, el orden aristocrático había sucumbido y en su reemplazo se erigió uno nuevo, cuyo protagonista principal será la clase media. El cambio del orden aristocrático al mesocrático, «aunque no haya sido absolutamente pacífico, se manifestó como

<sup>16</sup> Para la consideración general del tema, véase: MARIO GÓNGORA DEL CAMPO, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Editorial Universitaria, 2003 (8ª edición) y ALBERTO EDWARDS VIVES, *La fronda aristocrática en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 2001 (16ª edición).

<sup>17</sup> BERNARDINO BRAVO LIRA, *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile. 1924-1973*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1978, pág. 18.

<sup>18</sup> JULIO CANESSA y FRANCISCO BALART, *Pinochet y la restauración del consenso nacional*, Impreso en Geniart, Santiago, 1998, pág. 15.

<sup>19</sup> En: MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ (editor), *La crisis de la democracia en Chile. Antecedentes y causas*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1993, pág. 210.

un flujo, no como un quiebre». Los consensos básicos, que mantenían unidos a los chilenos durante el período aristocrático, fueron: «el respeto a una autoridad indiscutida, el sentido de pertenencia nacional por sobre cualquier fracción accidental y la primacía de la religión católica como inspiradora de la ética social».<sup>20</sup> Pero, de forma sucesiva, fueron cayendo cada uno de estos pilares. Para 1910 nada unía a los chilenos.<sup>21</sup> «Una vez rotos sus vínculos esenciales», la nación cayó en decadencia, pero logró salir de este estado y entrar a una nueva fase histórica, al consolidarse un nuevo consenso nacional dentro de un orden social mesocrático. «De otra parte, en el plano social, en esos años de transición toma impulso la migración del campo a la ciudad y termina el largo proceso de fusión racial, consolidando un tipo humano cuyo modo de ser se aleja notoriamente de sus vecinos, lo que no deja de llamar la atención de los observadores extranjeros».

La consolidación de un nuevo consenso nacional «en torno a sus características -un cierto cosmopolitismo que desdeña el recuerdo del Chile guerrero y rural, el laicismo de los intelectuales que es insuflado a grupos más amplios desde los liceos y la estabilidad laboral, un bien precario porque es proporcionado por la condición de empleado- se fue ampliando con la inclusión progresiva de las capas más desposeídas de la población mediante la aplicación de una legislación de protección laboral y la elevación de su nivel educacional. Este resultado cristalizará gracias a la acción de una dupla de conductores muy distintos entre sí, el tribuno Arturo Alessandri y el general Carlos Ibáñez del Campo. El predominio de la clase media irá a la par con un nuevo rol asignado al Estado, considerado en adelante el motor del desarrollo, y con un régimen presidencial matizado por la creciente importancia de los partidos políticos». Durante

<sup>20</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, págs. 15 y 28-29.

<sup>21</sup> GONZALO VIAL CORREA, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I, Tomo II, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2001, pág. 850.



las décadas siguientes las transacciones de todo orden, que se daban en las negociaciones presidente-partidos políticos, permitieron el funcionamiento del régimen político:<sup>22</sup> «A saber, un cogobierno y coadministración de Chile por las colectividades políticas y el Supremo Mandatario». El país no podía marchar sin el transaccionalismo, pues cada bloque, derecha, centro e izquierda, carecía «de mayoría absoluta en lo social, político y electoral».<sup>23</sup> Eran los famosos tres tercios electorales. Las encuestas de la época confirman que la mayoría de los partidos, particularmente los de centro y de derecha, contaban con un apoyo pluriclasista.<sup>24</sup>

El parlamentarismo, en efecto, fue sustituido por una partidocracia, vale decir, el gobierno de los partidos, «caracterizado en los hechos –es decir, con independencia de lo que dispongan las normas jurídicas– por la pretensión de los partidos políticos de erigirse en únicos depositarios legítimos de la voluntad popular. Según sus postulados, la democracia, por ejemplo, solo será genuina en tanto los partidos controlen todos los resortes del sistema político». «El motor de la partidocracia lo constituyen minorías que se autoconsideran selectas, dotadas en exclusiva de la capacidad para resolver los grandes temas. Olvidando que la realidad social es más amplia que la realidad política, creen posible subsumir aquélla en ésta».<sup>25</sup> De ahí el empeño de los partidos por influir en ámbitos institucionales que por su naturaleza y función resultan ajenos al mundo de los partidos, como son los casos de la judicatura y de las Fuerzas Armadas y de Orden, o por controlar gremios, sindicatos, universidades y juntas de vecinos.

<sup>22</sup> CANESSA y BALART, *óp. cit.*, págs. 28-29.

<sup>23</sup> GONZALO VIAL CORREA, *Historia de Chile en el siglo XX*, Sociedad Comercial y Editorial Santiago Ltda., Santiago, 2003, para Empresa El Mercurio S.A.P., edición especial en fascículos coleccionables que circularon los días sábados y domingos con el diario *Las Últimas Noticias*, pág. 290.

<sup>24</sup> ARTURO VALENZUELA, *El quiebre de la democracia en Chile*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago, 2003, págs. 33-45.

<sup>25</sup> CANESSA y BALART, *óp. cit.*, pág. 72.

Pero los partidos políticos chilenos, por la falta de una legislación que los regulase, incurrieron en otras prácticas negativas, propias de la partidocracia, como: Los «cuoteos» y «negociados»; el «pase de partido», sin el cual ningún militante de una determinada colectividad podía integrarse al gabinete; la «orden de partido», que buscaba un comportamiento «monolítico» de los parlamentarios, en lo tocante a la aprobación o rechazo de determinadas leyes;<sup>26</sup> la falta de transparencia en el financiamiento, ya que no declaraban cuánto gastaban en sus campañas eleccionarias, ni menos de dónde habían obtenido los fondos; y la falta de disciplina interna, que provocó el desmembramiento de los partidos (radicales, radicales doctrinarios, radicales democráticos; socialistas, socialistas auténticos, socialistas populares; conservadores, conservadores socialcristianos, conservadores tradicionalistas... y así, sucesivamente).<sup>27</sup>

Por otra parte, el sufragio universal –como bien dijo el ex presidente Jorge Alessandri– trajo consigo la demagogia: los políticos, en general, buscaban y ganaban votos, ofreciendo y haciendo otorgar por el Congreso beneficios a cargo del Estado, sin importarles si lo que se estaba aprobando era justo, beneficioso o viable. Era frecuente que los grupos sociales con mayor capacidad de presión obtuvieran más beneficios, lo que iba en desmedro de los más pobres y necesitados.<sup>28</sup>

También es necesario señalar que, en el período 1944-1973, el Congreso, voluntariamente, resignó en ochenta ocasiones su capacidad de legislar, para relegarla en el presidente de la República, quien por este medio dictó normas con rango de ley sobre las materias más relevantes. No cabe

<sup>26</sup> CRISTIÁN LABBÉ GALILEA, *Un compromiso de honor*, Editorial Hernando de Magallanes, Santiago, 1993, 2ª edición, págs. 12-13.

<sup>27</sup> VIAL, *Historia de Chile en el siglo XX*, págs. 289-290.

<sup>28</sup> ALBERTO CARDEMIL HERRERA, *El camino de la utopía*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997, págs. 43-51.



duda de que en este período «el papel del Congreso en la legislación quedó reducido a asuntos menores».<sup>29</sup>

Pese a todo lo anterior, la república mesocrática (Gazmuri) se caracterizó por el respeto generalizado al orden jurídico, por la independencia de los poderes, por el control jurídico de la acción del gobernante, por la vigencia real de las garantías individuales y por la alternancia en el poder, sobre las bases de elecciones libres y regulares (Miguel Luis Amunátegui, Gazmuri y Bravo Lira).<sup>30</sup> También pudo la república mesocrática enfrentar con entereza y acierto algunas catástrofes naturales, como los devastadores terremotos de 1939 y 1960. Ahora bien, esta capacidad extraordinaria para enfrentar con hidalguía los embates de la naturaleza ha estado presente desde que Chile, «el *finis terrae*, el talón del globo», nació por obra del gobernador Pedro de Valdivia (1541-1553). Al respecto, Jaime Eyzaguirre dijo: «Los sismos y maremotos que han ultrajado inmisericordes el rostro y el cuerpo de la patria, lejos de abatir a sus hijos les han servido de acicate. Comenzar siempre de nuevo ya es una ley de nuestra historia, dictada desde los albores de la colonización. Encarar el dolor, la dificultad, con ánimo entero y voluntad no doblegada es parte esencial de nuestra fisonomía».<sup>31</sup>

Pero nuestra perfectísima democracia formal coexistió con un crecimiento económico lento (Gazmuri y Vial), producto de un deficiente manejo de las finanzas públicas y de una economía que «se tornó proteccionista y se volcó hacia el poder del Estado para provocar el desarrollo en forma protegida y planificada por el poder. En el largo plazo, esta tendencia terminó por restringir la iniciativa privada, la libertad, la propiedad, la libre competencia y la capaci-

<sup>29</sup> BRAVO LIRA, *Historia de las instituciones políticas de Chile e Hispanoamérica*, pág. 329.

<sup>30</sup> TAGLE (editor), *op. cit.*, págs. 7-8 y 208-209.

<sup>31</sup> JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del dolor*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969, págs. 22-23.

dad de crecer al ritmo de tasas más altas» (Amunátegui).<sup>32</sup> Cabe recordar que la inflación se transformó en parte de la estructura de la economía chilena.<sup>33</sup> Está claro que hubo directa relación entre el estatismo y el subdesarrollo.<sup>34</sup> Si bien la república mesocrática logró mejorar las condiciones de vida de los chilenos (reflejadas en los índices de salud, mortalidad y promedio de vida de la población) en comparación con las existentes en el período parlamentario, por los efectos negativos de «la cuestión social», un elevado porcentaje de la población (el campesinado y la marginalidad urbana) continuó viviendo en la extrema pobreza. El incremento de la libertad de sufragio proporcionó a los sectores marginales la herramienta política para demandar soluciones socioeconómicas, pero no existían herramientas económicas para implementarlas (Gazmuri). Como bien han dicho Gonzalo Vial y René Millar, la disociación que se produce entre el progreso político, el incremento de las aspiraciones y el desarrollo económico confabuló contra la estabilidad de la democracia chilena. Ya Arnold Toynbee había indicado que las crisis se producen precisamente cuando los desarrollos de los diversos aspectos de la sociedad no son armónicos.<sup>35</sup>

Entre los años 1932 y 1964, período en el que hubo seis gobernantes,<sup>36</sup> el transaccionalismo (que sirvió de lubricante para el funcionamiento del régimen político) tuvo vigencia. Pero desapareció entre los años 1964 y 1973, en la llamada década revolucionaria. El transaccionalismo había descansado, fundamentalmente, en los Partidos Radical,

<sup>32</sup> Todo, en: TAGLE (editor), *op. cit.*, págs. 8, 210 y 279-280.

<sup>33</sup> JOHNSON, *Tiempos modernos*, pág. 904.

<sup>34</sup> Para una consideración general del tema, véase: ADOLFO IBÁÑEZ SANTA MARÍA, *Herido en el ala. Estado, oligarquías y subdesarrollo. Chile 1924-1960*, Biblioteca Americana, Santiago, 2003.

<sup>35</sup> Todo, en: TAGLE (editor), *op. cit.*, págs. 209-210, 215-217, 279-280 y 283-284.

<sup>36</sup> Los mandatarios de este período fueron: Arturo Alessandri Palma (1932-1938), Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), Juan Antonio Ríos Morales (1942-1946), Gabriel González Videla (1946-1952), Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958) y Jorge Alessandri Rodríguez (1958-1964).



Liberal y Conservador, que ante todo creían en la virtud de la discusión, el poder de los argumentos y la ventaja de los compromisos. En el transcurso de los años 50, los partidos transaccionales fueron perdiendo apoyo electoral hasta que fueron superados (elección municipal de 1963) por las colectividades ideológicas: la Democracia Cristiana (DC) y los Partidos Comunista y Socialista.<sup>37</sup>

Los partidos ideológicos se caracterizaron por tener lo que Mario Góngora llamó «planificaciones globales»,<sup>38</sup> o sea, modelos completos de sociedad. Cada partido ideológico «tenía su propio modelo de sociedad, es decir, una concepción de lo que ella debía ser» no solo «en lo político, sino también en lo económico, en lo social, en lo educacional. En todo. Tenían perfectamente dibujada su utopía» (Vial).<sup>39</sup> Para ellos gobernar era sinónimo de imponer la propia ideología. Cualquier otra cosa se consideraba como una traición. Por eso rechazaban toda forma de negociación, acuerdo y compromiso interpartidista, que no fuera un mero acuerdo táctico, transitorio, destinado a allanar el camino para la imposición definitiva de la propia ideología.<sup>40</sup> Todas las prácticas de los partidos ideológicos (Bravo Lira) o de planificación global (Góngora) pueden aunarse en un concepto: sectarismo ideológico.

La primera fase de la década revolucionaria corresponde al Gobierno de Eduardo Frei y la DC (1964-1970). La *Revolución en libertad* de Frei, que se presentó como una alternativa a la revolución marxista, «nunca logró superar el umbral de las consignas más o menos ambiguas sobre una nueva cristiandad cuya forma sería el comunitarismo»,<sup>41</sup> y,

<sup>37</sup> BERNARDINO BRAVO LIRA, «La crisis de la idea de Estado en Chile, durante el siglo XX», en: *Política*, N° 5, junio de 1984.

<sup>38</sup> GÓNGORA, *op. cit.*, págs. 280-294.

<sup>39</sup> En: TAGLE (editor), *op. cit.*, pág. 276.

<sup>40</sup> BRAVO LIRA, «La crisis de la idea de Estado en Chile, durante el siglo XX», *op. cit.*

<sup>41</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 30.

pese a que obtuvo logros importantes en materia de educación y vivienda, las reformas estructurales (entre ellas la nefasta Reforma Agraria) que emprendió, lejos de encaminarse a la construcción de una sociedad renovada, tuvieron por desenlace el socavamiento del derecho a la propiedad y la pérdida del sentido de autoridad.<sup>42</sup> El fracaso de la *Revolución en libertad* «sirvió de antesala a otro impulso revolucionario, esta vez ya francamente contrario al ser nacional, el experimento marxista-leninista de inspiración castrista que llevó a cabo la Unidad Popular. Efectos de ese proceso serán el dislocamiento del Estado, puesto al servicio de la causa revolucionaria; el quiebre de la convivencia social hasta llegar al umbral de la guerra civil; y «la desorganización del sistema económico a un punto tal que llegó a amenazar el sustento diario de la población».<sup>43</sup>

<sup>42</sup> Para la consideración general del tema, véase: ARTURO FONTAINE ALDUNATE, *Todos querían la revolución. Chile. 1964-1973*, Editorial Zig-Zag, 2000 (3ª edición), págs. 37-68; ARTURO FONTAINE ALDUNATE, *Apuntes políticos*, Universidad Santo Tomás, Santiago, 2003, págs. 41-71; CARDEMIL, *op. cit.*, págs. 191-290; CLAUDIO VARAS FERRER, *Cómo la Democracia Cristiana entregó a Chile al marxismo*, sin editorial, Santiago, 1974, desde la página 13 en adelante; FABIO VIDIGAL XAVIER DA SILVEIRA, *Frei, el Kerevsky chileno*, Cruzada, Buenos Aires, 1968, desde la página 53 en adelante.

<sup>43</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 30.



## CAPÍTULO II

### EL PROYECTO TOTALITARIO DE LA UP

#### I

Los Partidos Comunista y Socialista fueron protagonistas del sistema político chileno del siglo XX.<sup>44</sup> Tras

<sup>44</sup> El Partido Comunista (PC) como tal se constituyó en 1922, pero sus orígenes se remontan al Partido Obrero Socialista, creado en enero de 1912, para relevar a los anarquistas en la representación de la clase obrera. El PC fue una colectividad provolchevique que asumió las tesis formuladas por Lenin en *El Estado y la revolución*, de 1917. «En ese texto se fundó la discusión permanente de los comunistas chilenos sobre el instante preciso en que el aparato estatal burgués debía ser destruido» (ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 15). Por alentar y propiciar la violencia y la revolución, el PC estuvo ilegalizado en dos periodos: 1927-1931 y 1948-1957 (véase: MANUEL FUENTES WENDLING, *Esto es el comunismo*, impreso por Sociedad Periodística de Chile, Santiago, 1974, págs. 117-136; LUIS HEINECKE SCOTT, *Chile, crónica de un asedio*, Sociedad Editora y Gráfica Santa Catalina S.A., Santiago, 1992, tomo II, págs. 24-97). Por su parte, el PS fue fundado el 19 de abril de 1933. Ya desde su fundación, «el PS había señalado su adhesión al marxismo, reconociendo a la lucha de clases como motor de la historia, así como la necesidad de una dictadura del proletariado» (ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 11). Pero, al contrario del PC, tuvo una trayectoria más moderada (PATRICIA ARANCIBIA CLAVEL, *Los orígenes de la violencia política en Chile, 1960-1973*, publicado por Fundación Libertad y Desarrollo y Universidad Finis Terrae, Santiago, 2001, págs. 14-15 y 18-19). Un año antes de la constitución del PS, concretamente el 4 de junio de 1932, su fundador, el comodoro del aire Marmaduke Grove, puso fin al Gobierno de Juan Esteban Montero y gobernó el país por 12 días, «pero la república socialista que él proclamó sobrevivió 103 días, y constituyó el primer paso para convertir a Chile en un Estado socialista permanente» (JAMES WHELAN, *Desde las cenizas. Vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile, 1833-1988*, Editorial Zig-Zag, 1995, pág. 69). En 1938 los Partidos Comunista y Socialista se unieron con los radicales en el Frente Popular para apoyar al candidato presidencial Pedro Aguirre Cerda. La creación del Frente Popular fue una invención soviética que cobró vida activa en la política de Francia, de España, al mismo tiempo que en la de Chile. El frentismo promovía la lucha contra el fascismo, pero realmente pretendía que los partidos comunistas infiltraran las democracias occidentales. En sus libros *La gran estafa* (Editorial del Pacífico, Santiago, 1957) y *El rescate de Chile* (Ediciones Soberanía, Santiago, 1974), el peruano Eudocio Ravín entrega todos los deta-



la participación de la izquierda en los gobiernos radicales (1938-1948), «el comunismo cesó de aparecer a los ojos de los chilenos comunes tan nefasto como se le estimó hasta 1934. Su teoría y su práctica clavarón en Chile la idea de que el comunismo no era un riesgo tan grave, ni peligro tan mortal como el presentado en la guerra fría. Se consolidó el criterio de que el “león no era tan fiero como le pintaban”. Los chilenos fueron refinadamente trabajados para aceptar, sin mayores resistencias, el asalto comunista en 1970». <sup>45</sup> Un año antes de la elección presidencial de 1970 se formó la coalición política que apoyaría a Salvador Allende: la Unidad Popular (UP). Era la cuarta vez que postulaba a la primera magistratura. La UP aunaba a las siguientes colectividades: Partido Socialista (PS), Partido Comunista (PC), Partido Social Demócrata, Partido Radical (PR), Partido Izquierda Radical (PIR), la Acción Popular Independiente (API) del senador Rafael Tarud y otros dos formados a partir de grupos disidentes de la DC, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC).

lles de cómo él y su equipo de agentes se concentraron en cumplir la orden impartida por el *Komintern*, en el sentido de constituir un Frente Popular en Chile. De los países mencionados, fue en Chile donde cumplió la existencia más prolongada, pues si bien la alianza entre los radicales y la izquierda no siempre se llamó Frente Popular, su esencia perduró hasta 1948. Ese año el presidente González Videla debió enfrentar al PC, que —mediante huelgas y otras acciones de masas que él mismo estimulaba, organizaba y desencadenaba— pretendía tomar el poder por la fuerza (FUENTES, *op. cit.*, págs. 133-136). Finalmente, González Videla logró el apoyo del Parlamento para aprobar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que puso fuera de la legalidad al PC. Los socialistas solidarizaron con los comunistas y se alejaron del Gobierno, poniendo fin a una alianza que duró diez años. En 1952 el PS se dividió. La mayor parte de los militantes se había ido con Raúl Ampuero y había constituido el Partido Unión Socialista Popular (USOPO), para apoyar la candidatura presidencial del general Ibáñez, mientras que el PS de siempre y un PC reducido a la impotencia apoyaron la candidatura de Salvador Allende. En 1957 el PS se reunifica y el PC vuelve a la legalidad. En las elecciones presidenciales de 1958 y 1964 los comunistas y socialistas (aunados en el Frente de Acción Popular, FRAP) apoyaron la candidatura de Allende (GONZALO VIAL CORREA, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005, págs. 53-55).

<sup>45</sup> RAVINÉS, *El rescate de Chile*, pág. 16.

Estos partidos (con la excepción de la Social Democracia, el API y un sector importante del radicalismo) no eran democráticos sino partidarios de la dictadura del proletariado. Pero hubo una fuerza más radical, más rupturista aún, un sector extraparlamentario, un partido militar, que criticaría la gestión gubernamental de la UP. Se trataba del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado el 5 de agosto de 1965 por un grupo de jóvenes que querían imitar a Ernesto *Che* Guevara. Hubo dos grupos que coexistieron en la izquierda durante el gobierno de la UP: los «revolucionarios» (el MIR, el PS, el MAPU de Óscar Guillermo Garretón y la IC) y los «reformistas» (Allende, el PC y el MAPU de Jaime Gazmuri).

Los primeros, con el MIR a la cabeza, solo podían pensar en un enfrentamiento armado, una guerra civil, para instaurar la dictadura del proletariado. Esta postura era la que el MIR y el PS habían adoptado durante la segunda mitad de la década de los 60. <sup>46</sup> Los segundos, principalmente Allende y el PC, que habían optado por la vía electoral para acceder a La Moneda, creían que, usando bien y audazmente las atribuciones del Poder Ejecutivo, era posible modificar radicalmente el sistema institucional y económico, prescindiendo del apoyo de los otros poderes del Estado. <sup>47</sup> Esta fue siempre la estrategia de Allende y el PC, el camino a la dictadura del proletariado. «Si tenemos éxito, y creo que lo tendremos, Cuba y Chile serán los dos ejemplos válidos, aunque sean distintos en su fase inicial. Por lo demás, no existen diferencias, nosotros haremos el socialismo como los cubanos», afirmaba Allende en 1964. <sup>48</sup>

<sup>46</sup> Las fuentes históricas primarias que corroboran todo lo dicho se encuentran en las siguientes obras: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 11-26; ARANCIBIA, *Los orígenes de la violencia política en Chile. 1960-1973*, págs. 72-75, 80-84, 87-94, 98-109 y 112-122.

<sup>47</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 16-17 y 36-38.

<sup>48</sup> En: FONTAINE, *Todos querían la revolución*, págs. 76-77.



Para el éxito de la táctica de los «reformistas» se requería mejorar la «correlación de fuerzas» (lo que en lenguaje leninista suponía que la izquierda superara el tercio electoral en que estaba confinada),<sup>49</sup> mantener una legalidad aparente, no atacar el régimen electoral, pactar con los sectores sociales «progresistas» y desvincular a las FFAA de la burguesía y asociarlas al gobierno.<sup>50</sup> Este era el sendero táctico de la «vía chilena al socialismo» de Allende, que ayudó a estructurar el politólogo marxista catalán Joan Garcés. No obstante, Allende y los comunistas nunca descartaron la viabilidad de la «vía armada» para el proceso chileno, sabían del papel que la violencia había jugado en las revoluciones marxistas.<sup>51</sup>

Es importante tener presente que las tácticas «revolucionaria» y «reformista» se aplicaron simultáneamente y que cada sector defendía las suyas. Allende no pudo imponer su táctica, no tuvo poder para hacerlo, pues él no podía tomar ninguna decisión importante sin la aprobación del órgano supremo de la coalición: el Comité de la UP.<sup>52</sup>

<sup>49</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 16.

<sup>50</sup> JOAN GARCÉS, «Nuevos caminos de la revolución latinoamericana», en: *Revista de Estudios Internacionales*, Santiago, V, 18, abril-junio 1972, pág. 70.

<sup>51</sup> Las fuentes históricas primarias que corroboran esta afirmación se encuentran en las siguientes obras: ARANCIBIA, *Los orígenes de la violencia política en Chile. 1960-1973*, págs. 123-124, 127, 138-140, 142-143, 167, 169-170, 177, 190-192, 194 y 203; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 16-17, 105, 107 y 114.

<sup>52</sup> VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, págs. 69-70.

## II

La figura oficial y paradigmática de la UP, el doctor Salvador Allende, fue un hombre de buena posición social y de trato agradable.

En lo público, Allende llegó a ser «un veterano político profesional, orador fluido con tendencias repetitivas»<sup>53</sup> y «un manipulador brillante de la política, maestro en el arte de dividir para gobernar, de lanzar a un hombre contra otro».<sup>54</sup>

En lo personal, fue un «pije, charlatán y siútico» (Oscar Wais, dirigente socialista),<sup>55</sup> acostumbrado a la buena vida, lo «que se evidenciaba en sus trajes cuidadosamente cortados, en sus mansiones lujosamente amobladas y en su evidente inclinación por la buena comida, bebidas y mujeres atractivas».<sup>56</sup> Esto último lo llevó a ser un adúltero. «Una vez en la Presidencia, ni siquiera trató de mantener la apariencia de una vida matrimonial normal» con su mujer Hortensia (*Tencha*) Bussi «y sus aventuras eran parte de la chismografía corriente en Chile».<sup>57</sup> Es conocido el romance que tuvo con su secretaria, la *Payita* (Miria Contreras), quien llegó a participar en los turbios negociados del entonces presidente.<sup>58</sup> Pero hay otra amante que tener en cuenta. En los últimos meses de su vida conoció a una guerrillera colombiana (Gloria Gaitán, hija de un importante político colombiano, Jorge Eliecer Gaitán, asesinado en 1948), a la que embarazó (según ella, Allende soñaba con tener un varón que prolongara su historia). Pero la extremista perdió a su hijo tres meses después de la intervención militar.<sup>59</sup>

<sup>53</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 26.

<sup>54</sup> ROBERT MOSS, *El experimento marxista chileno*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1974, pág. 33.

<sup>55</sup> En: ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 29, nota 48.

<sup>56</sup> MOSS, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>57</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 229.

<sup>58</sup> VÍCTOR FARIAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, Editorial Maye, Santiago, 2010, págs. 59-63 y 135-137.

<sup>59</sup> *The Clinic*, N° 205, 03/05/2007, págs. 3 y 10-16.



Hoy, gracias a las investigaciones del filósofo Víctor Farías, sabemos de nuevas e insólitas facetas de la trayectoria profesional y política de Allende. En su memoria (*Higiene Mental y Delincuencia*), presentada a la Universidad de Chile para obtener el título de médico-cirujano, se revela una concepción determinista, organicista e inhumana de la psiquiatría, que llega a promover tratamientos lesivos para homosexuales, epilépticos, débiles mentales, alcohólicos, etc. A todo ello se añade un extremo antisemitismo racista («los hebreos se caracterizan por determinadas formas de delito: estafa, falsedad, calumnia y, sobre todo, la usura», afirmaba Allende en su memoria). Como ministro de Salubridad de Pedro Aguirre Cerda, elaboró y defendió en 1939 un proyecto para la esterilización forzosa de enfermos mentales y alcohólicos que tuvo por modelo la ley entonces vigente en la Alemania nazi (la ley para precaver una descendencia con taras hereditarias).<sup>60</sup> También en 1939, junto a su camarada Marmaduke Grove, interviene para entregarle a la Alemania nazi una base para su flota de submarinos en el sur de Chile (la isla Ipún). Él y sus colegas ministeriales socialistas recibieron cuantiosas sumas por ese aporte, como lo consignan los documentos de la cancillería Alemana de entonces.<sup>61</sup> Está comprobado que, a mediados de la década del 50, cuando ostentaba el cargo de senador por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, era accionista mayor y director de una empresa capitalista de alto nivel: Sociedad Anónima y Comercial Pelegrino Cariola. ¿Qué pasó con la virulencia anticapitalista que caracterizaba al personaje? También intentó conseguir que la República Democrática Alemana le financiara una imprenta para su propio beneficio económico, a espaldas de su partido y del secretario general, Aniceto Rodríguez.<sup>62</sup> Se supo además

<sup>60</sup> Todo, en: VÍCTOR FARIÁS, *Salvador Allende: Antisemitismo y eutanasia*, Editorial Maye, Santiago, 2005, págs. 16-18 y 71-101.

<sup>61</sup> VÍCTOR FARIÁS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, Editorial Maye, Santiago, 2006, págs. 135-152.

<sup>62</sup> FARIÁS, *Salvador Allende: Antisemitismo y eutanasia*, págs. 22-24.

que, a partir de 1961, se desempeñó como colaborador de la KGB, «entregando regularmente informes que afectaban a la seguridad nacional chilena y también recibiendo fuertes remuneraciones».<sup>63</sup>

No es un secreto que Allende, al igual que Pablo Neruda, admiró al mayor genocida de la historia universal: José Stalin.<sup>64</sup> También sintió atracción por los principales santos seculares y asesinos en masa marxistas de la segunda mitad del siglo XX: Ho Chi Minh,<sup>65</sup> Fidel Castro<sup>66</sup> y Ernesto Che Guevara.<sup>67</sup> En la segunda mitad de la década del 60, Allende solidarizó con los movimientos guerrilleros latinoamericanos<sup>68</sup> y se dio la paradoja de que, siendo presidente del Senado, ejerció también la presidencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), un organismo creado por Castro para prestar ayuda logística y estratégica a las diversas guerrillas de la región.<sup>69</sup> Por esta razón, Allende utilizó sus contactos como presidente de la Cámara Alta para trasladar, desde Chile a Bolivia, armas y pertrechos a los guerrilleros que participaban en la fatal

<sup>63</sup> FARIÁS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, págs. 156-157. La documentación que compromete a Allende, en: CHRISTOPHER ANDREW y VASIL MITROKHIN, *The World was going our way. The KGB and the battle for the third war. The Mitrokhin Archive*, Editions Perseus Books Group, New York, 2005.

<sup>64</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 27-28.

<sup>65</sup> ENRIQUE BRAHM GARCÍA, «Retórica violentista de izquierda y miedo a la revolución en Chile 1964-1973», en: *Bicentenario: Revista de Historia de Chile y América/Centro de Estudios Bicentenario* (Santiago de Chile), Vol. 2, N° 2 (2003), págs. 138-139.

<sup>66</sup> DIANA VENEROS, *Allende*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2003, págs. 227-228.

<sup>67</sup> Véase: ARANCIBIA, *Los orígenes de la violencia política*, pág. 76; VENEROS, *op. cit.*, pág. 228.

<sup>68</sup> VENEROS, *op. cit.*, pág. 250.

<sup>69</sup> FONTAINE, *Apuntes políticos*, págs. 80-81. La OLAS era, asimismo, una rama de una organización que aunaba a todos los movimientos subversivos de Asia, África y Latinoamérica, la AALAPSO (Afro-Asian-Latinoamerican Peoples Solidarity Organization).



aventura del *Che* en ese país.<sup>70</sup> Posteriormente, ayudó a los supervivientes de la guerrilla a regresar a Cuba.<sup>71</sup>

Estos son algunos de los principales antecedentes del ciudadano que ganó la elección presidencial de 1970, con el 36% de los votos,<sup>72</sup> y que fue elegido presidente por el Congreso Pleno el 24 de octubre de 1973.<sup>73</sup> Los parlamentarios demócratacristianos votaron por él después de que los legisladores de la UP aceptaran aprobar un Estatuto de Garantías que, supuestamente, iba a dar mayor seguridad a los derechos de las personas (libertad de opinión, de reunión, de enseñanza, de propiedad, etc.). Este Estatuto fue incorporado a la Constitución Política. Con posterioridad, Allende admitió –al periodista marxista Régis Debray– que el Estatuto no alteró en nada el programa de gobierno de la UP, que se había tratado de «una necesidad táctica» y que «en ese momento lo importante era tomar el gobierno». Y, como si fuera poco, enfatizó: «Si no hubiera sido elegido, las calles de Santiago estarían llenas de sangre».<sup>74</sup>

<sup>70</sup> DANIEL ALARCÓN, *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la revolución*, Tusquets, Barcelona, 1997, pág. 202.

<sup>71</sup> VENEROS, *op. cit.*, pág. 250.

<sup>72</sup> Allende obtuvo 1.070.334 votos (36,22%), el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, logró 1.031.159 votos (34,89%) y el demócratacristiano Rado-miro Tomic se ubicó en tercer lugar, con 821.801 votos (27,81%).

<sup>73</sup> En esa época no existía la segunda vuelta presidencial. Cuando ninguno de los candidatos presidenciales obtenía más del 50% de los votos, correspondía al Congreso Pleno elegir al nuevo presidente entre los dos candidatos que obtuvieron mayor votación. Como se sabe, fue elegido Allende (153 parlamentarios sufragaron por Allende, 35 por Alessandri y 7 lo hicieron en blanco).

<sup>74</sup> Punto Final N° 126, 16/03/1971.

### III

No cabe duda de que el triunfo de Allende marcó «el comienzo de la destrucción completa de los bienes tradicionales de la sociedad chilena en el plano cívico y cultural, es decir, la democracia, la soberanía, la seguridad, el derecho y la economía. Poco importaba que el tipo de marxismo que se estuviese imponiendo fuese el stalinista del modelo ortodoxo soviético, el castrocomunista de la “vía armada” o el revisionista de la imaginaria “vía chilena”; siempre sería el marxismo-leninismo, ideología que es por naturaleza enemiga declarada de esos bienes».<sup>75</sup> El proyecto político de la UP sería rechazado por la mayoría de la ciudadanía. Prueba de ello es que en las elecciones parlamentarias de 1973 los candidatos de la UP obtuvieron algo más del 43% de los sufragios, mientras que las fuerzas opositoras (unidas en la Confederación Democrática, CODE), alcanzaron el 54,7% de los votos.<sup>76</sup>

Durante los 1.037 días de Allende, la izquierda estimuló socialmente el resentimiento social, el «amor por el odio», proclamado por el *Che*.<sup>77</sup> La violencia política, tanto en la retórica como en los hechos, llegó a niveles nunca antes vistos. Allende y los representantes de las colectividades marxistas (tales como Carlos Altamirano, Volodia Teitelboim, Luis Corvalán, Miguel Enríquez y tantos otros) señalaron en reiteradas ocasiones que el proceso revolucionario era «irreversible», que jamás entregarían el poder y que usarían la «violencia revolucionaria» para doblegar

<sup>75</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 43.

<sup>76</sup> En: BRAVO LIRA, *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile*, págs. 199-204.

<sup>77</sup> Fue un verdadero «pedagogo» del odio. Llegó a decir: «El odio implacable hacia el enemigo nos impele por encima y más allá de las naturales limitaciones del hombre y nos transforma en una efectiva, selecta y fría máquina de matar». Para una consideración general del tema, véase: NICOLÁS MÁRQUEZ, *La verdadera biografía del Che Guevara. La historia de un fracaso*, Editorial Maye, Santiago, 2010.



y/o eliminar a la oposición.<sup>78</sup> El Gobierno de la UP indultó a peligrosos delincuentes llamándolos «jóvenes idealistas»<sup>79</sup> y amparó a organizaciones paramilitares como el Grupo de Amigos Personales (GAP), el MIR y los aparatos militares del PS, el PC, el MAPU y la IC. El más poderoso de estos fue el MIR, con ramificaciones en todo el país. Estos grupos convirtieron a Chile en un verdadero campo de batalla. Los milicianos de la UP –según la información proporcionada por Altamirano, Corvalán y Andrés Pascal Allende– eran unos diez mil.<sup>80</sup> Los cubanos –que ingresaron por miles– ayudaron directamente a la estructuración de estas organizaciones, proporcionando instructores y armas. También hubo instructores rusos, norcoreanos, vietnamitas y checoslovacos. Los grupos armados criollos se fueron potencian-

<sup>78</sup> Las fuentes históricas primarias que corroboran lo dicho se encuentran en los siguientes libros: ARANCIBIA, *Los orígenes de la violencia política en Chile. 1970-1973*, págs. 113-204; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 14-15, 19-20, 22, 24-25, 51, 96-99 y 103-113; VÍCTOR FARIAS, *La izquierda chilena (1969-1973). Documentos para el estudio de su línea estratégica*, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 2000, tomo I (págs. 423-4 y 613), tomo II (págs. 1104-5 y 1124-5), tomo III (págs. 1275, 1304-5, 1509, 1524, 1734, 1738, 1740, 1762, 1763, 1775, 1852 y 1966), tomo IV (2788, 3048-9 y 3057), tomo V (págs. 3302, 3314, 3833-4, 3887-8, 3892-3 y 3903) y tomo VI (págs. 4296, 4425-6, 4504, 4692, 4709, 4721-2, 4739-40, 4787, 4804, 4808, 4855-6, 4868, 4882-3, 4885, 4894 y 5001-4); BRAHM, *Retórica violentista de izquierda y miedo a la revolución en Chile 1964-1973*, págs. 138-153; *Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile-11 de septiembre de 1973*, Editorial El Roble, Santiago, 1999 (2ª edición en español), págs. 30-37; ALFONSO MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El peligro totalitario*, Editorial El Roble, Santiago, 2002, págs. 76-77 y 79-86; ALFONSO MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Una persecución vergonzosa*, Editorial Andujar, Santiago, s/f, págs. 24-33; PHILIPPE CHESNAY, *Pinochet, la otra verdad*, Editorial Maye, Santiago, 2007, págs. 94-95 y 98; *Breve Historia de la Unidad Popular*, Editado por *El Mercurio*, impreso por Editorial Lord Cochrane S.A., Santiago, 1974, págs. 218, 300-301, 328-329, 331, 333, 335, 339, 342-343, 345, 348-349, 355, 369-372, 377-380 y 416.

<sup>79</sup> Véase: *Breve Historia de la Unidad Popular*, págs. 36-37; LUIS HEINECKE SCOTT, *Chile, crónica de un asedio*, Sociedad Editora y Gráfica Santa Catalina S.A., Santiago, 1992, tomo III, pág. 89.

<sup>80</sup> Véase: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 137-138; HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE, *Indebido proceso. Europa vs. Pinochet*, Editorial El Roble, Santiago, 1999, págs. 26-30 y 32-37; PATRICIA POLITZER, *Altamirano*, Ediciones Melquíades, Buenos Aires, 1989, pág. 33; LUIS CORVALÁN, *De lo vivido y lo peleado*, 1997, pág. 157.

do con la llegada de exiliados violentistas, venidos de Brasil, Uruguay, Bolivia, México, Santo Domingo, Honduras y Perú.<sup>81</sup> Es importante tener presente que el verdadero propósito de las milicias armadas de la UP era apoyar al sector de las FFAA que se mantuviese fiel al Gobierno en la eventualidad de una guerra civil.<sup>82</sup>

Pero hubo mucho más. El Gobierno de Allende promovió la instalación de una base, disfrazada de puerto pesquero, para submarinos soviéticos en el sur de Chile, en Colcura.<sup>83</sup> Protegió directa y deliberadamente a Walter Rauff, unos de los mayores criminales nazis, responsable directo del asesinato de 100.000 judíos y creador, por encargo de Adolf Eichmann, del sistema de camiones con que se exterminó a medio millón de seres humanos.<sup>84</sup> Cometió numerosos actos de corrupción<sup>85</sup> (tal era el grado de podredumbre, que en una oportunidad Allende utilizó a funcionarios de la Policía de Investigaciones para robar una alfombra gigante desde el apartamento de su «amigo» Darío Sainte-Marie, el dueño de *Clarín*,<sup>86</sup> al mismo que, en otras ocasiones, amenazó de muerte y extorsionó para quitarle su

<sup>81</sup> Varios libros dan cuenta de la presencia de estos extranjeros sediciosos. Al respecto, véase: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 129-136; HEINECKE SCOTT, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, págs. 28-31; MARIO SPATARO, *Pinochet: las incómodas verdades*, Editorial Maye, 2006, págs. 297-302; MANUEL CONTRERAS, *La verdad histórica. El ejército guerrillero*, Editorial Encina, Santiago, 2000, págs. 26, 30 y 71-72; WILLIAM F. JASPER, *Patriot Enchained*, The New American, New York, 1999, pág. 32; EMILIO FILIPPI y HERNÁN MILLAS, *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1999 (4ª edición), págs. 64 y 116.

<sup>82</sup> GONZALO VIAL CORREA, «La guerra civil de 1973: quiénes la querían y quiénes no. Quién la impidió», en: *La Segunda*, 15/07/2003.

<sup>83</sup> FARIAS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, págs. 153-156.

<sup>84</sup> FARIAS, *Salvador Allende: Antisemitismo y eutanasia*, págs. 12-14.

<sup>85</sup> Véase: FARIAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, págs. 45-51, 53-63, 65-68, 95-148 y 153-159; HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, Ediciones El Mercurio-Aguilar, Santiago, 2008, págs. 456-466; LUIS ÁLVAREZ, FRANCISCO CASTILLO y ABRAHAM SANTIBÁÑEZ, *Martes 11*, Ediciones Triunfo, Santiago, 1974, págs. 78-94.

<sup>86</sup> MAX MARAMBIO, *Las armas de ayer*, Editorial La Tercera/Debate, Santiago, 2008, pág. 79.



diario<sup>87</sup>). Amparó el tráfico de drogas<sup>88</sup> (entre 1970 y 1973, Chile se convirtió en el principal centro de distribución de cocaína para Sudamérica).<sup>89</sup> Financió a dos importantes grupos guerrilleros de Sudamérica, los Montoneros (Argentina) y los Tupamaros (Uruguay), con recursos del Banco Central.<sup>90</sup> Toleró las «tomas» de viviendas y terrenos en la capital.<sup>91</sup> Permitió la existencia de «territorios liberados» y el funcionamiento de «tribunales populares». <sup>92</sup> Incurrió en frecuentes detenciones ilegales por motivos políticos y toleró el uso de flagelaciones y torturas.<sup>93</sup> Arremetió contra los medios de comunicación contrarios al oficialismo.<sup>94</sup> Infringió gravemente la garantía constitucional que permitía salir del país, estableciendo para ello requisitos que ninguna ley contemplaba.<sup>95</sup> Desató una campaña de injurias y desprestigio contra los representantes de los otros poderes del Estado.<sup>96</sup> Reprimió violentamente las huelgas y protes-

<sup>87</sup> Véase: FARIAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, págs. 53-55; CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 181.

<sup>88</sup> Véase: RAFAEL VALDIVIESO ARIZTÍA, *Crónica de un rescate (Chile: 1973-1988)*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1988, págs. 122-123; LABIN, *op. cit.*, págs. 132-133; WHELAN, *op. cit.*, pág. 558; FARIAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, págs. 29-42.

<sup>89</sup> ROBIN HARRIS, *Pinochet y Allende vistos por un inglés*, publicado por Chilean Supporters Abroad, 1999, pág. 11.

<sup>90</sup> NICOLAS MÁRQUEZ, *La Mentira oficial - El setentismo como la política de Estado*, 3ª Edición, sin editorial, Buenos Aires, 2007, pág. 95.

<sup>91</sup> SUZANNE LABIN, *Chile: El crimen de resistir*, Editorial Semblanza, Santiago, s/f, págs. 86-87.

<sup>92</sup> Véase: LABIN, *op. cit.*, págs. 71-73; JULIO PINTO VALLEJOS (Coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Editorial Lom, Santiago, 2005, pág. 76.

<sup>93</sup> Véase: HEINECKE, *Chile crónica de un asedio*, tomo III, pág. 81; Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973.

<sup>94</sup> Véase: LABIN, *op. cit.*, págs. 59-69 y 143-144; WHELAN, *op. cit.*, págs. 384-388; SPATARO, *op. cit.*, págs. 109-117; FONTAINE, *Todos querían la revolución*, págs. 102-103, 134-135 y 174; ALFONSO MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1992, págs. 46-48; HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, pág. 82; Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973.

<sup>95</sup> Véase: HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, pág. 84; Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973.

<sup>96</sup> Al respecto, véase: MIGUEL GONZÁLEZ PINO y ARTURO FONTAINE

tas antigubernamentales.<sup>97</sup> Anunció la Escuela Nacional Unificada (ENU) para controlar la educación nacional.<sup>98</sup> Cometió un fraude de grandes proporciones en la elecciones parlamentarias de 1973, que implicó entre 200.000 y 300.000 votos ilegales.<sup>99</sup> Adoptó un conjunto de medidas económicas y políticas que provocaron la hiperinflación, la caída estrepitosa de la producción cuprífera, industrial y agrícola, el desabastecimiento, el mercado negro y la bancarrota fiscal.<sup>100</sup> En relación con el desastre económico, Marco Enríquez-Ominami dijo: «los resultados de Allende fueron como las huevas, las cosas se dieron al revés de lo que se quería; se fortaleció la oligarquía, las injusticias fueron más graves, los pobres más pobres». Y su padastro, Carlos Ominami, señaló: «la izquierda en el gobierno de Allende evidenció una tremenda incapacidad para desarrollar una política económica que permitiese que Chile se desarrollara. Lo que hizo fue más bien colapsar el sistema».<sup>101</sup>

TALAVERA (Editores), *Los mil días de Allende*, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 1997, tomo I, págs. 54, 58-61, 179-180, 183-187, 257-260, 262-263, 402-406, 419-420, 507-508, 599-600, 625-626, 661-663, 666-667, 673-675, 700-701, 708-709, 716, 726-727, 733-734 y 745-746.

<sup>97</sup> LABIN, *op. cit.*, págs. 139-160.

<sup>98</sup> Para una consideración general del tema, véase: VILMA MUÑOZ y SUSANA NIKLITSCHKE, *La ENU: una agresión contra la libertad de enseñanza en el gobierno de la UP*, Tesis para optar al grado de Licenciada en Derecho en la P. Universidad Católica de Chile, 1993.

<sup>99</sup> JULIO BAZÁN ÁLVAREZ, *Lo derrocó el pueblo*, Editorial Maye, 2009, págs. 238-245.

<sup>100</sup> Véase: PABLO BARAONA URZÚA, MARTÍN COSTABAL LLONA y ÁLVARO VIAL GAETE, *Mil días, mil por ciento. La economía chilena durante el gobierno de Allende*, Colección Universidad Finis Terrae, Santiago, 1993, pág. 21 y siguientes; *La economía de Chile durante el período de gobierno de la Unidad Popular. La vía chilena al marxismo*, preparado por la Escuela de Negocios de Valparaíso, Fundación Adolfo Ibáñez, impreso en Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, desde la página 7 en adelante; HEINECKE, *Chile crónica de un asedio*, tomo III, págs. 127-149; WHELAN, *op. cit.*, págs. 297-300, 307-311, 316-338 y 404; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 69-84; SPATARO, *op. cit.*, págs. 117-142; LABIN, *op. cit.*, págs. 113-128; MOSS, *op. cit.*, págs. 65-109; FILIPPI y MILLAS, *op. cit.*, págs. 49-56 y 89-110; CHESNAY, *op. cit.*, págs. 66-79.

<sup>101</sup> Estas opiniones se hallan en el libro *Animales políticos* (Editorial Planeta, 2004), que es un diálogo entre el socialista Carlos Ominami y su hijastro Marco Enríquez-Ominami, hijo del líder del MIR Miguel Enríquez y candidato en la elec-



El colapso de la economía no fue casual. En 1971, Pedro Vuskovic, desde hacía poco ministro de Economía, reconoció: «La finalidad de nuestra maniobra, que se conseguirá a través de la abolición de la propiedad privada, será la destrucción de las bases económicas del imperialismo y de la clase dominante».<sup>102</sup> Una parte del informe político del PS, de 1972, decía: «El Estado burgués en Chile no puede servir de base al socialismo y es necesario destruirlo. Para construir el socialismo, los trabajadores chilenos deben... apoderarse del poder total y expropiar gradualmente el capital privado. Esto es lo que se llama la dictadura del proletariado (...) Es posible para el gobierno (por medio de la acción ejecutiva) destruir las bases del sistema capitalista de producción. Creando y expandiendo el "área de propiedad social", a expensas de las empresas capitalistas y de la burguesía monopólica, podremos quitarles a ellos el poder económico».<sup>103</sup> En marzo de 1973, cuando la economía chilena estaba por los suelos, el ministro de Economía, Carlos Matus, admitió: «Si se considera con criterio económico convencional, nos encontramos, en efecto, en estado de crisis. Si, por ejemplo, el gobierno anterior se hubiera encontrado en nuestra situación, hubiese sido su final... Pero lo que es crisis para algunos, para nosotros es solución».<sup>104</sup> El colapso había sido provocado deliberadamente para destruir las bases del sistema capitalista.

El del presidente Allende fue «un proceso muy claro, un proceso muy deliberado en la búsqueda del poder total». Este se dividió en lo que Carlos Cáceres ha denominado «los tres momentos del gobierno de la UP. El momento

ción presidencial de 2009. Citado en: ALFONSO MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Cinco presidentes y el poder*, Editorial Maye, Santiago, 2006, págs. 79-80.

<sup>102</sup> En: SPATARO, *óp. cit.*, pág. 96.

<sup>103</sup> En: MOSS, *óp. cit.*, pág. 72.

<sup>104</sup> Entrevista concedida a la revista alemana *Der Spiegel*, citada en: MOSS, *óp. cit.*, pág. 71.

de las expropiaciones, el momento de la inflación y el momento del racionamiento. Cada uno de ellos encadenados en forma deliberada».

El momento de las expropiaciones fue el año 1971. El Gobierno tomó el control de la banca privada, de cientos de empresas estratégicas y de miles de predios agrícolas. «El proceso de intervención del sistema financiero determinó finalmente que la totalidad del mercado de capitales chilenos estuviera en manos» del Estado. ¿Qué buscaba el equipo económico de Allende? «Buscaba en el fondo que todo el otorgamiento de crédito tuviera precisamente una orientación de tipo político, de tipo ideológico, el aprovechamiento del poder político para finalidades de carácter económico».<sup>105</sup> Muchos años después, Gonzalo Martner expresó con claridad el objetivo de las expropiaciones de empresas y predios agrícolas: «Se pensó que un cambio profundo en la infraestructura de la sociedad llevaría al cambio de la superestructura».<sup>106</sup> En resumen, el objetivo no era otro que confiscar, estatizar y controlarlo todo.

En cuanto a la expropiación del aparato productivo urbano, es importante señalar que «el dominio efectivo de cada empresa implicaba, además, que cada una se entregaba a determinado partido y así pasaba a ser una fuente más de ingresos para esa colectividad; a esto se sumaba que, con el pretexto de que los distribuidores y comerciantes estaban en contra del Gobierno, se creaban otros canales de distribución clandestinos: el 60% de la producción se desvió a estos canales, que pasaron a alimentar el mercado negro. Paralelamente se mantenían los precios muy bajos, sin que importase que la empresa sufriera elevadas pérdidas, porque así la utilidad de los intermediarios -el Partido y determinados militantes- era mayor. Mademsa, por ejemplo,

<sup>105</sup> CARLOS CÁCERES, «Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)», conferencia organizada por la Fundación Presidente Pinochet, 27 de agosto de 2003.

<sup>106</sup> En: ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 70.



mantenía el precio de 20 mil escudos (20 dólares) por un refrigerador, aunque nadie (salvo los elegidos) pudo adquirirlo a ese valor. Su costo en el mercado negro era de 80 mil escudos, los que debían pagarse porque en los establecimientos comerciales los refrigeradores simplemente habían desaparecido». <sup>107</sup> Pero hubo más: el ausentismo laboral, la baja producción y el déficit presupuestario eran frecuentes en las empresas que el Gobierno controlaba mediante interventores de su plena confianza. <sup>108</sup> Pero no era lo único grave. «Los maoístas del PCR denunciaban que mientras un obrero de las empresas intervenidas ganaba 850 escudos, sus interventores se fijaban un sueldo de 16.000 escudos». <sup>109</sup>

El año 1972 se pone en marcha la segunda etapa, aquella de la inflación. Quienes están al tanto en las materias económicas, quienes han leído las páginas de la historia, saben perfectamente que Lenin tenía razón cuando dijo: «La mejor manera de destruir un sistema capitalista es por la vía de debilitar el papel moneda». Por ello, en 1972 el Gobierno de la UP se dedica «a destruir el valor de la moneda, a impedir que sea la moneda la que acarree la operatoria de los mercados, la que determine la compra, la que determine la adquisición, de los bienes y los servicios que se transan en la economía». <sup>110</sup> La inflación aumentó de 22% en 1971 <sup>111</sup> a 270,5% en 1972. <sup>112</sup> Se había desatado un proceso de hiperinflación. ¿Qué se pretendió? «Destruir el valor de la moneda». No será el mercado monetario el que «entrará a determinar la adquisición de los bienes; ahora hay que buscar una operatoria distinta y esa operatoria distinta es la que se inicia en el tercer momento» del Gobierno de la UP: la etapa del racionamiento.

<sup>107</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 82.

<sup>108</sup> MOSS, *óp. cit.*, págs. 87-90.

<sup>109</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 82.

<sup>110</sup> CÁCERES, «Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)», *óp. cit.*

<sup>111</sup> BARAONA et ál., *óp. cit.*, pág. 31.

<sup>112</sup> VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, pág. 125

Efectivamente, en enero de 1973 el ministro de Economía de esa época, senador entre 2004 y 2010, «don Fernando Flores, anuncia el inicio del racionamiento». La formación «de las denominadas Juntas de Abastecimientos y Precios, las famosas JAP. ¿Qué es lo que está detrás de ese proceso de formación de las Juntas de Abastecimientos y Precios? Está detrás el racionamiento de todos los alimentos y la entrega de bienes específicos a personas específicas. Se ha destruido el rol del mercado por la vía de la inflación». La autoridad pasa a determinar quién va a comprar y qué es lo que va a comprar.

«¿Qué se ha logrado finalmente en este camino deliberado de expropiación, inflación y racionamiento? Acrecentar la dependencia de los ciudadanos respecto» del Estado. Si yo quiero encontrar alimento, debo «formar parte de la Junta de Abastecimientos y Precios. Debo integrar el aparato» del Estado, «para efectos de acceder a los bienes y servicios. Se ha completado así la tercera etapa» del Gobierno de la Unidad Popular, «que ha buscado... un camino deliberado en la búsqueda de la totalidad del poder, en la búsqueda de generar las dependencias de todos los ciudadanos respecto» del Estado, «respecto del gobierno. Veamos algunas cifras. Qué pasaba el año 65 y qué pasa el año 1973 con el tamaño» del Estado.

«El año 1965 la minería, el 13% en manos» del Estado «y el año 73 el 85% en manos» del Estado. <sup>113</sup> Frei llevó a cabo la «chilenización» de la gran minería del cobre, que consistió en la compra, por parte del Estado chileno, de grandes paquetes de acciones de las compañías cupríferas norteamericanas. Luego, la UP logró la nacionalización del cobre (ley N° 17.450). Bajo esta administración la producción de este metal tuvo una baja sostenida: 600.000 toneladas en 1970, 533.000 toneladas en 1971, 509.000 toneladas en 1972 y

<sup>113</sup> CÁCERES, «Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)», *óp. cit.*



450.000 toneladas en 1973. «Si se tiene presente que el 83% de la divisas provenían del cobre, se puede medir la magnitud de la catástrofe que supuso el manejo de la minería del cobre por la UP». <sup>114</sup>

En otra área, los servicios de utilidad pública, el 25% el año 1965 estaba en manos del Estado y el año 1973 el 100%: «toda la propiedad en manos» del Estado. «El transporte, el 24% el 65 y el 70% el 73»; las comunicaciones, el 11% el 65 y el 70% en 1973 y el sistema financiero, el 85% en manos del Estado el 73.

¿Qué había ocurrido con el campo? Desde 1965 hasta el fin del Gobierno de la DC, la administración de Frei expropió un total de 1.408 predios. Durante el Gobierno de Allende el total de predios expropiados subió a 5.036. <sup>115</sup> «Como los fundos expropiados no eran entregados en propiedad privada a los campesinos, sino que la CORA los organizaba en “asentamientos” colectivos o cooperativos (CERA), dependientes del Estado, cabe concluir que alrededor del 60% del área cultivada de Chile había pasado a manos del Estado, en coherencia con una política socialista». <sup>116</sup> ¿Qué pasaba con la producción agrícola? «En el año 70 Chile se abastecía en un 82% con la producción interna de trigo. El año 1973 solamente el 45% del consumo de trigo en Chile era abastecido internamente». <sup>117</sup> Nadie puede negar que la Reforma Agraria, que iniciara Frei con el propósito de destruir el poder político de la derecha, y que finiquitara la UP con el propósito de lograr la conquista total del poder político, provocó una mayor dependencia de los campesinos respecto del Estado, destruyó gran parte del aparato productivo rural y llevó al país a las puertas de la hambruna. <sup>118</sup>

<sup>114</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 73-75.

<sup>115</sup> Todo, en: CÁCERES, *Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)*, óp. cit.

<sup>116</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 76-77.

<sup>117</sup> CÁCERES, *Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)*, óp. cit.

<sup>118</sup> Para una consideración general del tema, véase: ARTURO FONTAINE AL-

Ahora bien, los índices de producción de las diferentes áreas de la economía mostraban resultados negativos. <sup>119</sup> La política cambiaria llegó a un plano de absoluta distorsión. En efecto, en 1973 había siete áreas distintas de tipo de cambio y, fíjense bien, el tipo de cambio del año 1973 oficialmente fluctuaba entre 25 escudos para importar los productos llamados esenciales hasta un valor final de 1.300 escudos. En el mercado negro el dólar se llegó a transar en 2.800 escudos. La diferencia extrema entre las tasas cambiarias refleja la magnitud de la distorsión que presentaba el sistema de precios. <sup>120</sup>

¿Qué pasaba con las finanzas públicas el año 1973? El déficit respecto del gasto: 53%; el déficit respecto del producto: 21%; el gasto total como parte del producto nacional: 40%. «Las empresas del área social, el área que había sido expropiada, un 40% de déficit. Esa era la realidad en lo que se refería a las finanzas públicas. Y en materia de inflación, el país en un proceso de hiperinflación. La emisión monetaria del Banco Central tenía que alimentar el crecimiento» del Estado «y esa alimentación tenía que terminar en un creciente proceso de elevación de precios, un proceso de hiperinflación. Así termina el régimen de la Unidad Popular, con una economía destrozada, una economía en manos» del Estado, «una economía que había generado lo que buscaba» el presidente Allende «cuando asume la Presidencia de la República. La generación en Chile de las condiciones para el imperio de una sociedad eminentemente socialista». <sup>121</sup>

DUNATE, *La tierra y el poder. Reforma Agraria en Chile (1964-1973)*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2001.

<sup>119</sup> CÁCERES, *Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)*, óp. cit.

<sup>120</sup> *La economía de Chile durante el período de gobierno de la Unidad Popular. La vía chilena al marxismo*, óp. cit., pág. 26.

<sup>121</sup> CÁCERES, *Gobierno Militar: Transformación económica de Chile (1973-1989)*, óp. cit.



El Gobierno de la UP, que jamás contó con mayoría parlamentaria, pudo aplicar su proyecto político burlando sistemáticamente las leyes y al Poder Judicial, usurpando las facultades del Congreso de legislar y fiscalizar, violando dictámenes de la Contraloría y atropellando las garantías y derechos fundamentales establecidos en la Constitución de 1925.<sup>122</sup> Para atropellar sistemáticamente las atribuciones de los demás poderes del Estado, el Poder Ejecutivo procedió del modo que Eduardo Soto Kloss ha denominado «el máximo esplendor de la arbitrariedad gubernativa».<sup>123</sup> En su puesta en práctica fue fundamental la habilidad de dos juristas, Eduardo Novoa Monreal y José Antonio Viera-Gallo, quienes dieron forma a la doctrina de «los resquicios legales»,<sup>124</sup> es decir, «del manejo de disposiciones olvidadas o de vacíos legales o la interpretación torcida de normas administrativas, para conseguir fines revolucionarios, entre ellos la confiscación de bienes muebles e inmuebles cubierta por una legalidad aparente».<sup>125</sup>

Es necesario comentar el funcionamiento de los principales «resquicios legales». Para tomar el control del sistema financiero, se instrumentó por vía de la CORFO un «poder comprador de acciones bancarias». Pero ni el Estado ni la CORFO podían comprar acciones de instituciones financieras, ni tampoco tenían facultades para establecer un monopolio bancario. Para intervenir industrias y establecimientos comerciales, se utilizaron las huelgas prefabricadas, con vistas a la «reanudación de faenas labo-

<sup>122</sup> Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973.

<sup>123</sup> En: ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 71.

<sup>124</sup> Al respecto, véase: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 37 y 72; ENRIQUE BRAHM, *Propiedad sin libertad: Chile 1925-1973*, Universidad de los Andes, Santiago, 1999, desde la pág. 225 en adelante; EDUARDO NOVOA MONREAL, «El difícil camino de la legalidad», en: *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, 7, abril de 1972, págs. 19-21; JOSÉ ANTONIO VIERA-GALLO, «Problemática institucional de la experiencia chilena», en: *Revista de Derecho*, Universidad de Concepción, 152, 1972, pág. 81.

<sup>125</sup> FONTAINE, *Todos querían la revolución*, pág. 95.

rales». También se promovieron, indiscriminadamente, las «tomas». Y se fijaron precios irrealmente bajos. Esto último «creaba situaciones de aumentos explosivos de demandas imposibles de satisfacer». En estas oportunidades se aplicaba el Decreto Ley 520, del 31 de octubre de 1932. «Este no autorizaba a requisar industrias ni establecimientos comerciales, como se utilizó, sino sólo mercaderías cuando fueran objeto de ocultación o negativa de ventas». Para apoderarse del campo, pasó a llevar la Ley de Reforma Agraria<sup>126</sup> y promovió y amparó más de 1.500 «tomas» ilegales de predios agrícolas.<sup>127</sup> Para impedir el cumplimiento de resoluciones judiciales, negó la fuerza pública. Así, hizo caso omiso a los fallos que ordenaban la devolución de industrias o fundos expropiados.<sup>128</sup> «Referente al hecho el profesor Angelo Codvilla, de la Boston University, en una entrevista, afirmó que el régimen de Allende ignoró voluntariamente más de 7.000 sentencias judiciales que declararon ilegales aquellas expropiaciones y por lo tanto debió ser considerado como un Gobierno bajo todo punto de vista fuera de la ley».<sup>129</sup> También negó la fuerza pública para el cumplimiento de órdenes de detención contra guerrilleros miristas.<sup>130</sup> Para burlar la labor fiscalizadora del entonces contralor general de la República, Héctor Humeres Magnan, que rechazaba las expropiaciones ilegales, el Gobierno recurrió a los decretos de «insistencia», «que debían ser firmados conjuntamente por el Presidente y todos los ministros de Estado. Concebidos por el legislador como un procedimiento excepcional y provisorio para casos graves y urgentes, como las catástrofes, las guerras, los terremotos, la UP convirtió este recurso en un mecanismo rutinario y permanente, gracias al cual se burló de todos los controles».<sup>131</sup> Para eludir y desafiar las destituciones que el Senado impuso a ministros

<sup>126</sup> Todo, en: BARAONA et ál., *op. cit.*, págs. 37-44 y 46-50.

<sup>127</sup> Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973.

<sup>128</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, Tomo III, págs. 89-90.

<sup>129</sup> JASPER, *op. cit.*, págs. 32-33.

<sup>130</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, Tomo III, pág. 90.

<sup>131</sup> LABIN, *op. cit.*, pág. 51.



por haber violado escandalosamente la ley, Allende utilizó el «enroque».<sup>132</sup> ¿En qué consiste?: «A saber, el Presidente nombra titular de otra cartera al ministro destituido y designa en la vacante dejada» por este funcionario «al ministro que servía en la cartera que pasa al destituido». Hasta aquí los principales «resquicios legales».

En relación con estos mecanismos antidemocráticos, Arturo Fontaine dijo: «Los “resquicios legales” prescinden de la Constitución y le dan al poder político un título falso para “saltarse” al Congreso y para construirse, sin ley y sin pagar indemnización, un poder político y económico que llegó a abarcar la mayor parte de la economía particular chilena (...) Los “resquicios legales” trastornan profundamente el orden institucional y legal de la República, se burlan de los poderes públicos, atropellan las garantías y derechos constitucionales de los ciudadanos y quiebran el sistema democrático representativo de gobierno. En estas condiciones, la “vía legal” o “vía chilena” no es legal y el Gobierno de Allende no es democrático. Precisamente, el rasgo característico de todo régimen totalitario, no es el rigor policial, ni el “Gulag”, ni son tampoco los controles despóticos. Todo eso viene naturalmente a su tiempo. El fondo perverso de la aspiración totalitaria es erigir un programa o una ideología en la regla absoluta y única del Estado y de la sociedad, a la cual deben someterse leyes, legisladores, jueces, sentencias, militares y ciudadanos todos, sin que nadie pueda invocar una carta constitucional o una ley para moderarla. La ambición de poder total, inherente a las formas totalitarias marxistas, se deja sentir en la Unidad Popular, desde el Presidente Allende hasta el último de sus partidarios. Los “resquicios legales” o formas astutas y rabulescas de burlar la ley por parte de la autoridad son, pues, las manifestaciones más evidentes de la actitud antidemocrática de la Unidad Popular».<sup>133</sup>

<sup>132</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, pág. 97.

<sup>133</sup> Todo, en: FONTAINE, *Todos querían la revolución*, págs. 95-97.

## VI

El Gobierno de la UP contó con el apoyo de gran parte de la clase trabajadora, particularmente del campesinado y la marginalidad urbana. Estos grupos, que a partir del Gobierno de Frei irrumpieron en la arena política, carecían de una cultura política democrática asentada, lo que «contribuyó sin duda a desestabilizar el juego democrático, ya que esta masa era en extremo permeable a dejarse ilusionar por utopías o simple demagogia» (Cristián Gazmuri).<sup>134</sup> Los funcionarios del Gobierno y los partidos de la UP y el MIR provocaron «una movilización y un incremento de la vida política con estilo paramilitar». De hecho, en los tres años de gestión de Allende, quienes en realidad condicionaron la vida de Chile fueron las bandas armadas del MIR y de los otros grupos armados marxistas, que efectuaron manifestaciones callejeras violentas, que lograron disuadir al menos en 1971 toda expresión pública de la oposición,<sup>135</sup> que provocaron la muerte de medio centenar de personas (entre ellas el ex vicepresidente de la República, Edmundo Pérez Zujovic),<sup>136</sup> que perpetraron muchos secuestros, que atentaron contra los medios de comunicación opositores, que contribuyeron a la usurpación de gran parte del aparato productivo urbano y rural,<sup>137</sup> que usufructuaron de los recursos fiscales y de las empresas y fundos del área social,<sup>138</sup>

<sup>134</sup> En: TAGLE (editor), *op. cit.*, pág. 216.

<sup>135</sup> Todo, en: JOAQUÍN FERNANDOIS, «Transición al socialismo y confrontación en Chile, 1970-1973», en: *Bicentenario: Revista de Historia de Chile y América/Centro de Estudios*, (Santiago de Chile), Vol. 2, N° 2 (2003), págs. 20-21.

<sup>136</sup> SPATARO, *op. cit.*, págs. 489-493.

<sup>137</sup> Véase: ARTURO CASTILLO (editor), *La verdad olvidada del terrorismo en Chile 1968-1996*, Editorial Maye, 2007, págs. 62-82; PATRICIA ARANCIBIA CLAVEL, M. DE LOS ÁNGELES AYLWIN RAMÍREZ, SOLEDAD REYES DEL VILLAR, *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción*, Publicado por Fundación Libertad y Desarrollo y Universidad Finis Terrae, 2003, desde la pág. 236 en adelante; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 113-126; HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, Tomo III, págs. 40-52.

<sup>138</sup> Véase: ÁLVAREZ et. ál., *op. cit.*, págs. 84 y 88-90; *Libro Blanco*, pág. 23 y 26;



que infiltraron a las FFAA y de Orden,<sup>139</sup> que crearon escuelas de guerrillas y fábricas de explosivos, que traficaron y acumularon armas provenientes de Cuba y la URSS,<sup>140</sup> que recibieron entrenamiento de instructores cubanos y de otras nacionalidades, que engrosaron sus filas con guerrilleros extranjeros, que formaron los «cordones industriales» (Cerrillos, San Miguel, Vicuña Mackenna, San Bernardo, etc.) y los campamentos revolucionarios (*Nueva La Habana, Lo Hermita, Che Guevara, Fidel Castro*, etc.) para tomar el control del centro administrativo y los servicios vitales de la capital en la eventualidad de una guerra civil.<sup>141</sup>

Por todo lo anterior, las fuerzas políticas opositoras (la DC, el Partido Nacional, el Partido Democrático Nacional, la Democracia Radical y el Partido Izquierda Radical) llegaron a la conclusión de que no podían defenderse de la UP utilizando «los mecanismos jurídicos y políticos acostumbrados». Por ello, «se recurrió a una contramovilización, que al final llegó a ser permanente».<sup>142</sup> Mujeres,<sup>143</sup> vecinos y pobladores, estudiantes de enseñanza media y universitaria, profesionales (ingenieros, abogados, médicos, den-

ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 74 y 77.

<sup>139</sup> Existían varios uniformados, principalmente en las tropas, que pertenecían o tenían contactos con el MIR, el PS, etc. Esto queda perfectamente corroborado en: RICARDO BOIZARD, *Proceso a una traición. Detalles íntimos del sumario de la FACH*, Ediciones Encina Ltda., Santiago, 1974; JORGE MAGASICH, *Los que dijeron que no*, tomo I (2006) y tomo II (2007), Editorial Lom, Santiago.

<sup>140</sup> Véase: LABIN, óp. cit., págs. 99-104; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 114-115, 117-118, 123-126 y 142-143; PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 38-45.

<sup>141</sup> Véase: HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, págs. 36-39; MOSS, óp. cit., págs. 111-113.

<sup>142</sup> FERMANDOIS, «Transición al socialismo y confrontación en Chile, 1970-1973», óp. cit., pág. 22.

<sup>143</sup> Para conocer la lucha que las mujeres libraron contra el régimen allendista, véase: MARGARET POWER, *Right-Wing women in Chile: Feminine power and the Struggle Against Allende 1964-1973*, University Press, Pennsylvania, 2002; MARÍA CORREA MORANDÉ, *La guerra de las mujeres*, Editorial Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1974; TERESA DONOSO LOERO, *La epopeya de las ollas vacías*, Editora Nacional Gabriela Mistral, Santiago, 1974.

tistas, periodistas, docentes, arquitectos, etc.), empresarios, comerciantes y trabajadores autónomos o dependientes privados o públicos (camioneros, taxistas, micreros, marinos mercantes, vendedores, empleados de banco, pilotos de líneas aéreas, campesinos, mineros, obreros, etc.) hicieron sentir su rechazo al proyecto totalitario de la UP por la vía de la protesta pública, conscientes de que toda debilidad podría implicar una derrota definitiva para Chile.<sup>144</sup> Los sectores medios fueron el motor de la lucha contra Allende. La UP sentía desprecio por la clase media<sup>145</sup> y la veía como un enemigo al que había que debilitar expropiando el capital privado.<sup>146</sup> También se manifestaron sectores de la elite, «tradicionalmente más remolones a la hora de salir de la conversación social e ingresar en el trabajo callejero de la política moderna».<sup>147</sup> La desastrosa administración del área social, la casi desaparición de los sueldos por causa de la inflación, el desabastecimiento, la campaña contra la actividad privada y la discriminación del personal no comprometido con la UP provocaron que al menos un tercio de los trabajadores participaran en las huelgas contra Allende. Estos trabajadores, simplemente, no querían transformarse en esclavos del Estado.<sup>148</sup> Pero hubo más que movilizaciones. Como los grupos paramilitares de la UP actuaban im-

<sup>144</sup> Para una consideración general del tema, véase: JULIO BAZÁN ÁLVAREZ, *Lo derrocó el pueblo*, Editorial Maye, Santiago, 2009; GONZALO ROJAS SÁNCHEZ, «11 de septiembre de 1973: Los militares terminaron lo que los civiles comenzaron», en: *Bicentenario: Revista de Historia de Chile y América/Centro de Estudios Bicentenario* (Santiago de Chile), Vol. 2, N° 2 (2003), págs. 85-96; GUILLERMO CAMPERO, *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, Santiago, 1984; LESTER SOBEL (ed.), *Chile and Allende*, Facts on File, New York, 1974.

<sup>145</sup> ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Editorial Planeta/Ariel, Santiago, 2001, pág. 147.

<sup>146</sup> Informe Político del PS, de 1972, citado en: MOSS, óp. cit., pág. 72.

<sup>147</sup> FERMANDOIS, «Transición al socialismo y confrontación en Chile, 1970-1973», óp. cit., pág. 22.

<sup>148</sup> Véase: SPATARO, óp. cit., pág. 150 y nota 5; LABIN, óp. cit., págs. 144-151; MOSS, óp. cit., págs. 90-91.



punemente, sectores de la oposición organizaron grupos de autodefensa: PROTECO (Protección de la Comunidad), SOL (Solidaridad, Orden y Libertad), Brigada Rolando Matus (Partido Nacional), la Guardia Blanca y grupos de choque de la Juventud Demócrata Cristiana. En una dimensión más abiertamente paramilitarizada estaba el grupo nacionalista Patria y Libertad. Si bien perpetró enfrentamientos, actos de sabotajes y provocó algunas muertes, no puede ser comparado ni mucho menos compartir responsabilidades en la generación de violencia con el MIR.<sup>149</sup>

No cabe duda de que la mayoría de la ciudadanía se opuso al proyecto totalitario de la UP. En los multigremios se unieron las más variadas organizaciones sociales, sindicales, gremiales, profesionales y estudiantiles que combatieron contra el marxismo. Entre los principales hitos de esta heroica resistencia cabe destacar la exitosa, multitudinaria, famosa y emblemática «Marcha de las Cacerolas Vacías» (1 de diciembre de 1971), que marcó el debut del «Poder Femenino» en la lucha contra el marxismo; el poderoso y cohesionado paro de los gremios en octubre de 1972, en el que se demostró el valor y la decisión de las fuerzas antimarxistas para enfrentar a la UP; y la huelga de los mineros de El Teniente, entre abril y julio de 1973 (77 días), que concitó el apoyo de los mineros de Chuquicamata, de los más variados gremios y organizaciones sindicales, sociales y estudiantiles. En los últimos días de Allende, las protestas y paros se fueron generalizando. El 10 de septiembre de 1973, «el país estaba totalmente paralizado, no había transporte terrestre, aéreo ni marítimo; la educación estaba en huelga de profesores; la electricidad estaba en huelga; el cobre estaba en huelga; los trabajadores de la salud estaban en huelga; el acero en huelga; la Marina Mercante estaba en huelga; la COMACH estaba en huelga; los médicos estaban en huelga; los camio-

<sup>149</sup> Véase: CASTILLO (editor), *La verdad olvidada del terrorismo en Chile 1968-1996*, págs. 62-82; ARANCIBIA et ál., *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción*, desde la página 236 en adelante; SPATARO, *op. cit.*, págs. 489-495.

neros y transportistas habían parado sus camiones, las micros, los taxis; el comercio detallista, incluidos los "800.000 bolicheros", estaba cerrado; la distribución de combustibles también adhería... las líneas aéreas estaban en huelga; los ferrocarriles estaban en huelga». Para ese día «se tenía programado el retiro de los turnos de emergencia de Endesa y de Chilectra, de los hospitales y los consultorios». Este paro indefinido buscaba, nada más y nada menos, el término del régimen allendista. «La izquierda todo lo ha distorsionado, no es conveniente para su imagen reconocer la verdad: que el Gobierno de Allende fue derrocado por la base social de Chile, que el pueblo no lo respaldaba, que el repudio al Gobierno de la Unidad Popular nació desde lo más profundo del alma del pueblo chileno. El pueblo organizado, a través de múltiples y valerosas manifestaciones, las mujeres clamando protección, con decisión inquebrantable, mostró su fuerza y voluntad, obligando a las Fuerzas Armadas a actuar».<sup>150</sup>



<sup>150</sup> BAZÁN, *op. cit.*, págs. 285-287.



## VII

Al término de la llamada década revolucionaria, la acción concatenada de la partitocracia, el sectarismo ideológico y la violencia política habían provocado la destrucción de la democracia y la ruina económica. La población había perdido los hábitos y las normas que antaño regulaban su convivencia cívica.<sup>151</sup> El país se hallaba al borde de la guerra civil.<sup>152</sup> Al respecto, el prestigioso historiador Mario Góngora dijo: «La perspectiva general de esos años, sobre todo la del último, 1972-3, es la de una guerra civil todavía no armada, pero catastrófica, análoga a la de los últimos meses de la república española antes de julio de 1936. Fue un reflejo de la guerra ideológica mundial entre concepciones irreconciliables: más que una guerra de clases, una lucha de pasiones, que destruyó para siempre la imagen convencional del Chile moderado y equilibrado».<sup>153</sup>

Está ya suficientemente documentado que, en los últimos meses del Gobierno de la UP, las fuerzas marxistas chilenas habían aunado criterios en hacer uso de la «vía armada» para instaurar la Dictadura del Proletariado. Con «Plan Z» o sin «Plan Z», con «Golpe de Praga» o sin «Golpe de Praga», la UP había decidido provocar una «guerra civil», la más violenta que pudiera desatar,<sup>154</sup> pues sus principales líderes creían (por una promesa que les había hecho el co-

mandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats) que enfrentarían a los jefes castrenses «golpistas» y a la «reacción» con el apoyo de un sector de las FFAA que combatiría junto a las fuerzas paramilitares marxistas.<sup>155</sup> Pero Prats, a esas alturas un miembro más de la UP,<sup>156</sup> colapsó emocionalmente,<sup>157</sup> no pudo «hacer la opción ineludible –que conocía perfectamente– entre golpe institucional y guerra civil; prefirió irse a decidirse».<sup>158</sup>

El 22 de agosto de 1973, Augusto Pinochet asumió la comandancia en jefe del Ejército en reemplazo de Prats. «Durante cuarenta años fue un militar intachable, escalando exclusivamente por méritos, sin protecciones de ninguna especie, ni desvíos políticos, todos los grados y todos los cargos del Ejército, hasta los máximos». «No participó para nada en decidir ni planear el golpe del 11 de septiembre de 1973. Fue eficazmente leal a su superior, el Comandante en Jefe General Prats, mientras éste desempeñó su cargo, según reconocen las memorias del mismo Prats».<sup>159</sup> Pero, como Prats, debía optar entre «golpe institucional y guerra civil». La opción era suya. Tan pronto asumió el cargo, hizo que generales de su extrema confianza asumieran el mando de las dos mayores concentraciones de efectivos del Ejército: los generales Hernán Brady y César Benavides reemplazaron a los hombres de Prats. El primero reemplazó a Mario Sepúlveda (División y Guarnición de Santiago) y el segundo a Guillermo Pickering (Comando de Institutos Militares). No podía Pinochet, a esas alturas, evitar la intervención militar:

<sup>151</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 15.

<sup>152</sup> Véase: GONZALO VIAL CORREA, *1964-1973: La violencia pone a Chile al borde de la guerra civil*, serie histórica de 10 capítulos, distribuidos en fascículos por *La Segunda* entre el 11 de diciembre de 1998 y el 12 de febrero de 1999; VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, pág. 163; JOAQUÍN FERNANDOIS, *Transición al socialismo y confrontación en Chile, 1970-1973*, *op. cit.*, págs. 28-31; ASCANIO CAVALLO y MARGARITA SERRANO, *Golpe. 11 de septiembre*, Editorial Aguilar, Santiago, 2003, págs. 53-54; JOHN-SON, *Héroes*, pág. 307.

<sup>153</sup> GÓNGORA, *op. cit.*, págs. 293-294.

<sup>154</sup> Véase: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 103-113; PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 24-30 y 36-37; FARÍAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, págs. 69 y 79-80.

<sup>155</sup> FARÍAS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, págs. 172-187.

<sup>156</sup> Véase: VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, págs. 111-122; GONZALO VIAL CORREA, «Errores comunes sobre fuerzas armadas», en: *La Segunda*, 21/03/2006; FARÍAS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, págs. 170-171 y 191-193; FARÍAS, *Los documentos secretos de Salvador Allende*, págs. 81-82.

<sup>157</sup> GONZALO VIAL CORREA, *Pinochet, la biografía*, Ediciones El Mercurio-Aguilar, 2002, Tomo I, desde la página 173 en adelante.

<sup>158</sup> VIAL, «La guerra civil de 1973: quiénes la querían y quiénes no. Quién la impidió», *op. cit.*

<sup>159</sup> GONZALO VIAL CORREA, «En el aniversario de Augusto Pinochet», en: *La Segunda*, 11/12/2007.



el almirante José Toribio Merino Castro, el general Gustavo Leigh Guzmán y un grupo de generales lo darían de todos modos. Merino y Leigh tenían el control de sus respectivas instituciones.<sup>160</sup>

¿Por qué iban a poner fin al Gobierno de la UP? Porque se lo pidieron sectores mayoritarios del país y las principales instituciones de la República. La segunda razón es que las FFAA temieron que si no intervenían, la crisis política las iba a dividir. Si esto ocurría, la guerra civil era inevitable. El tercer factor que empujó a las FFAA a intervenir en la crisis fue que el país estaba en peligro exterior, podía ser atacado por Perú -se acercaba el centenario de 1879- y por Argentina, en un momento de extrema debilidad. A juicio de los militares, y con razón, la situación económica-social de Chile, debido a la crisis política, lo debilitaba frente a enemigos externos. Estas son, según Vial, las principales razones de la intervención militar.<sup>161</sup> No está demás recordar que el plebiscito discurrido a última hora por Allende y que implicaba -en caso de perderlo- su propia renuncia, era una farsa, no tenía viabilidad jurídica. Plegándose finalmente a la intervención militar, el 9 de septiembre de 1973, el general Pinochet evitó «la guerra civil entre las fuerzas del Ejército que bajo su mando hubieran respaldado al gobierno de la UP y Allende, más Carabineros, por una parte, y por la otra las que hubiesen obedecido a los siete generales comprometidos, más la Armada y la Aviación». Las milicias marxistas, como dijimos, hubieran apoyado a los uniformados «leales» a la UP. Este choque fratricida a gran escala hubiera causado, según el general Prats, entre quinientos mil y un millón de muertos.<sup>162</sup>

<sup>160</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, desde la página 193 en adelante.

<sup>161</sup> En: TAGLE (editor), *óp. cit.*, págs. 269-270.

<sup>162</sup> VIAL, «En el aniversario de Augusto Pinochet», *óp. cit.* A comienzos de julio de 1973 el general Prats le dijo a Eduardo Frei Montalva que, en una asonada, podrían morir hasta un millón de personas (CAVALLO y SERRANO, *óp. cit.*, pág. 49).

Es importante destacar que en la etapa 1970-1973 «se acrecentó el papel político y mediador de los militares en el conflicto político ideológico. Esto trajo como consecuencia que fueron invocados como pacificadores y mediadores y una garantía para la persistencia de la institucionalidad». Fue Allende quien colocó a los comandantes en jefe ante responsabilidades políticas concretas. Por ejemplo, el general Carlos Prats fue ministro del Interior y de Defensa. Hubo otros uniformados que cumplieron labores ministeriales: el vicealmirante Ismael Huerta, el general Claudio Sepúlveda, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, César Ruiz Danyau, etc. Se puede afirmar que los militares mantuvieron una actitud proactiva hacia el Gobierno. Pero la magnitud de la crisis hizo que las FFAA tomaran un camino propio, nuevo y desconocido, que terminó proyectando al general Pinochet a la cima del poder político.<sup>163</sup>

Para entender el significado del Pronunciamiento Militar, se debe recordar que el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, sostuvo un consejo de generales, realizado el 23 de julio de 1970, en medio de la agitada elección presidencial. Luego de afirmar que el Ejército respetaba la Constitución y las leyes, advirtió que esta posición y este pensamiento eminentemente legalista tenía como única limitación el hecho de que sean «los poderes del Estado quienes abandonen su propia posición legal, caso en el cual, dado que las Fuerzas Armadas se deben a la nación que es lo sustancial y permanente, más que al Estado que constituye lo accidental y temporal, ellas quedan en libertad para resolver una situación absolutamente anormal y que sale de los marcos jurídicos en que se sustenta la conducción del país».<sup>164</sup>

<sup>163</sup> Para la consideración general del tema, véase: CRISTIÁN GARAY, «Las relaciones civiles-militares durante Allende, 1970-1973», en: *Bicentenario: Revista de Historia de Chile y América/Centro de Estudios Bicentenario* (Santiago de Chile), Vol. 2, N° 2 (2003), págs. 81-83.

<sup>164</sup> En: VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, pág. 120.



Cuando Pinochet y las FFAA intervinieron para poner fin al Gobierno de la UP, la Corte Suprema, la Contraloría General de la República, la Cámara de Diputados y el Colegio de Abogados ya habían denunciado, fundadamente, que el presidente Allende, a pesar de ser elegido democráticamente, se había rebelado contra la Constitución y las leyes.<sup>165</sup> Todos los integrantes de la CODE (Confederación Democrática) y los ex presidentes Eduardo Frei Montalva, Jorge Alessandri Rodríguez y Gabriel González Videla justificaron y apoyaron el Pronunciamiento Militar. Igual postura adoptaron el presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, y el contralor general de la República, Héctor Humeres Magnán. También desde la Iglesia Católica hubo voces manifestando comprensión por la decisión suprema de las FFAA y de Orden, y otras dando gracias a Dios por el Pronunciamiento.<sup>166</sup>

Por último, como era de esperar, la mayoría de los chilenos aplaudió la intervención militar.<sup>167</sup> «No fue posible celebrar la ocasión como el país habría querido. La seguridad de las personas obligó a decretar medidas como el toque de queda... Era indispensable que la población civil permaneciera en sus hogares, para evitar al máximo el peligro de que se produjeran víctimas inocentes. Eso hizo descartar de plano la posibilidad de efectuar desfiles y concentraciones en apoyo al Pronunciamiento, que sin duda habrían alcanzado rasgos de carnaval y que habrían copado de alegría las calles de todo Chile».<sup>168</sup>

En resumidas cuentas, el Pronunciamiento Militar salvó a Chile de la guerra civil y «de la tragedia sin fondo ni regreso que hubiera constituido su caída bajo el comunismo totalitario».<sup>169</sup>

<sup>165</sup> Para la consideración general del tema, véase: *Antecedentes Históricos-Jurídicos: años 1972-1973*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1980.

<sup>166</sup> LABBÉ, *Un compromiso de honor*, págs. 43-48.

<sup>167</sup> ALAN ANGELL, «La mirada de un historiador inglés», en: *El Mercurio*, 24/08/2003.

<sup>168</sup> LABBÉ, *Un compromiso de honor*, pág. 41.

<sup>169</sup> LABIN, *óp. cit.*, págs. 300-301.

## VIII

No es verdad que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) haya tenido alguna participación en la intervención militar del 11 de septiembre de 1973.<sup>170</sup> Más aún, hasta donde hoy se sabe, nada supo del Pronunciamiento Militar, tal cual quedó demostrado en un informe desclasificado de este organismo, con fecha del 16 de septiembre de 1973.<sup>171</sup> Pero no cabe duda de que los EEUU nunca vieron con buenos ojos a Allende. Ya en la elección presidencial de 1964, con la finalidad de provocar la derrota de Allende, la CIA «canalizó tres millones de dólares a la campaña de Frei, la que también recibió considerables sumas de dinero de parte de fuentes europeas y de la empresa privada chilena».<sup>172</sup> En 1964 perdió Allende. Pero su derrota no se debió a la intervención norteamericana, sino que a la decisión de la derecha de apoyar sin condiciones la candidatura de Frei Montalva. En 1970, los norteamericanos no creían en las posibilidades de Allende, por lo que invirtieron una cifra menor: un millón de dólares.<sup>173</sup> La victoria del candidato de la UP fue un duro golpe para Washington. La división de las fuerzas políticas no marxistas explica la victoria de Allende. La CIA intentó, infructuosamente, impedir que el Parlamento eligiera a Allende.<sup>174</sup> Tras fracasar las maniobras de

<sup>170</sup> Véase: VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, pág. 158; RICARDO ISRAEL, *Chile 1970-1973. La democracia que se perdió entre todos*, Editorial Mare Nostrum, Santiago, 2006, pág. 285; LABIN, *óp. cit.*, pág. 203.

<sup>171</sup> VIAL, *Salvador Allende: El fracaso de una ilusión*, págs. 158-159.

<sup>172</sup> VALENZUELA, *óp. cit.*, págs. 77-78.

<sup>173</sup> JOAQUÍN FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005, págs. 326-327.

<sup>174</sup> Primero, impulsó la iniciativa Track I: convencer a los parlamentarios de votar por Alessandri, la segunda mayoría. Este renunciaría sin asumir para que se realizara una nueva elección en la que debería triunfar Frei. Pero Track I naufragó en la DC, pues sus parlamentarios decidieron votar por Allende a cambio del Estatuto de Garantías. Segundo, puso en marcha el Track II: armar algún incidente que causara una conmoción nacional tan grande, que obligara a las FFAA a asumir el poder. «No hubo compromiso institucional de ninguna rama castrense, pero sí en cada una por lo menos



la CIA destinadas a impedir que el Poder Legislativo eligiera a Allende presidente, la intervención norteamericana consistió, fundamentalmente, en la entrega de ayuda económica a las fuerzas políticas, gremiales y sociales de oposición, que se encontraban cercadas en lo financiero por la acción gubernamental, para que pudiesen mantenerse con vida y resistir a un gobierno que pretendía convertir a Chile en una segunda Cuba.<sup>175</sup>

Tampoco es cierto que la intervención norteamericana haya sido la causa del colapso económico. Esto es un mito. Es cierto que EEUU redujo la ayuda económica directa y multilateral (BID, Banco Interamericano de Desarrollo; AID, Agency for International Development...) a Chile. A esto se refería Allende con el «bloqueo invisible». Era comprensible que la Casa Blanca no ayudara a un gobierno que atentaba «contra los intereses norteamericanos, en lo político y en lo económico».<sup>176</sup> Como se sabe, este Gobierno

un alto jefe implicado». Finalmente Track II se organizó alrededor del general (r) Roberto Viaux. «Este había sido el protagonista del "tacnazo" contra Frei, el año 1969, una especie de rebelión gremial de los militares, que protestaban por sus bajos sueldos y deficiente equipo bélico. Salió Viaux del Ejército, pero conservando en él una fuerte popularidad». Un comando derechista, que encabezó el propio Viaux, resolvió que la «conmoción nacional» fuese el secuestro del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider. (GONZALO VIAL CORREA, «Salvador Allende (II)», fascículo, en: *La Segunda*, 23/10/1998). «Todo el mecanismo del golpe se derrumbó cuando, por torpeza de la improvisación, uno de los secuestradores disparó sobre Schneider después de que este hiciera un gesto de alcanzar su pistola (...) Que la intención no era matarlo, se vio cuando la armadura del golpe se vino abajo, en forma instantánea, y el Gobierno se dio a la tarea ahora sí que eficaz, de dismantelar todo intento de toma de poder por los militares. El ejército, horrorizado por la muerte pocos días después del general Schneider, cerró filas en torno al orden constitucional. (...) Todo este episodio, no mostró un poder muy grande del "imperialismo"; por el contrario, es un ejemplo de la incapacidad de Washington de imponer un curso de acción que difiera de la fuerza de las cosas» (FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, págs. 332-333).

<sup>175</sup> «Los recursos de acuerdo a las fuentes norteamericanas, se autorizaron por el llamado "Comité 40" de la Casa Blanca, y sumaron un total de 8,8 millones de dólares, de los cuales se gastaron hasta 1973, 6,5 millones de dólares» (FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, págs. 374-376).

<sup>176</sup> FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 376.

nacionalizó, sin indemnización, las compañías norteamericanas del cobre.<sup>177</sup> Pero la reducción de la ayuda económica norteamericana no perjudicó mayormente al Gobierno de la UP, ya que este logró obtener préstamos de la URSS y otros países marxistas, pero también de países capitalistas (Italia, Bélgica, Francia, Alemania Occidental, Canadá y otros).<sup>178</sup> Incluso, consiguió que la banca norteamericana le otorgara préstamos para una reestructuración de la deuda a comienzos de 1972.<sup>179</sup> Tampoco tuvo inconvenientes para exportar cobre. La campaña legal de las compañías norteamericanas expropiadas, en especial Kennecott, para impedir las ventas del cobre chileno en Europa, no tuvo mayor éxito y, por ende, no afectó a la economía nacional.<sup>180</sup> No hubo, por lo tanto, un complot capitalista mundial contra Allende. No fue el gran capital internacional, sino que los asesores económicos de Allende quienes destruyeron la economía nacional. ¿Tenía acaso la CIA, en sus nóminas secretas, a los miles de obreros, campesinos, interventores, capataces, ingenieros, contadores, agrónomos, molineros, ganaderos, tractoristas, que se necesitaban para alterar o bloquear la producción del área social? ¿Pudo acaso movilizar por sí sola a los cientos de miles de camioneros, trabajadores, mineros y profesionales? ¿Controló a las cientos de miles de mujeres que golpearon sus cacerolas vacías? ¿Pudo originar un déficit en el presupuesto nacional, provocar las co-

<sup>177</sup> No se debe olvidar que Allende no aceptó la propuesta del embajador norteamericano en Chile, Edward Korry, quien le dijo que si pagaba la indemnización a las empresas cupríferas Anaconda y Kennecott, la Casa Blanca respaldaría los bonos chilenos. «Esto permitiría a las compañías presentarlos como pagarés al Tesoro en Estados Unidos, el que los aceptaría y los suscribiría, de modo que el gobierno norteamericano asumiría la deuda». La deuda de Allende hubiera sido con el gobierno de EEUU y no con las empresas. La idea era que los bonos se pagaran a 15 o 20 años, al interés más bajo posible («El embajador Edward M. Korry en el CEP», en: *Estudios Públicos*, N° 72, Santiago, 1998, pág. 104).

<sup>178</sup> Véase: LABIN, óp. cit., págs. 204-207; MOSS, óp. cit., pág. 92.

<sup>179</sup> Véase: LABIN, óp. cit., págs. 205-206; FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 378.

<sup>180</sup> FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 377.



las memorables y organizar el enorme mercado negro, si el Banco Central, la mayoría de la producción industrial y agrícola y las Juntas de Abastecimientos y Precios estaban en manos del Poder Ejecutivo? «Ni las supersticiones medievales otorgaron tanto poder a Satanás».<sup>181</sup>

La izquierda chilena nada dice de su sectarismo ideológico extremo y de la intervención soviética y cubana que permitió. Desde 1920 en adelante, el PC chileno recibió colaboración de la URSS.<sup>182</sup> No olvidemos que Allende fue colaborador regular de la KGB desde 1961. Para la elección presidencial de 1970, los comunistas soviéticos entregaron a sus pares chilenos la suma de 400.000 dólares.<sup>183</sup> Un agente especial cubano, Evaristo Centeno, alias *Virulo*, afirmó que Fidel Castro ayudó a costear la campaña presidencial de Allende de 1970.<sup>184</sup> El líder soviético Leonid Brezhnev describió el triunfo electoral de Allende y la UP en 1970 como «el evento más importante en la historia de los pueblos de América Latina».<sup>185</sup> Durante el Gobierno de la UP, la URSS pasó a ser el «hermano mayor» de Chile. «Fue Allen-

<sup>181</sup> LABIN, *op. cit.*, pág. 121.

<sup>182</sup> «La URSS venía ayudando por décadas al comunismo criollo. Esta ayuda era fundamentalmente material, de impresos, herramientas de publicación, propaganda, invitaciones y becas de estudios, tanto para cuadros como para técnicos y profesionales en la estela de partido» (FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 327). Pero también hubo cooperación en moneda dura. Los primeros aportes monetarios se refieren a fines de los años 20 y primera mitad de los años 30. Eran, eso sí, modestísimos. Pero, a partir de 1955, la ayuda entregada por el Partido Comunista Soviético de la URSS al Partido Comunista de Chile se hace orgánica y constante. En los años 1961 y 1962 el PC chileno recibió US\$ 100.000 y US\$ 150.000, respectivamente. En 1965 el monto es de US\$ 275.000. Entre los años 1966 y 1969, el comunismo chileno habría recibido US\$ 300.000 anuales (OLGA ULIÁNOVA y EUGENIA FEDIAKOVA, «Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría», en: *Estudios Públicos*, N° 72, Santiago, 1998, págs. 120-127).

<sup>183</sup> ULIÁNOVA y FEDIAKOVA, «Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría», *op. cit.*, pág. 127.

<sup>184</sup> JUAN VIVES, *Los amos de Cuba*, Emecé, Buenos Aires, pág. 300.

<sup>185</sup> En: ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 92.

de el que pronunció esta declaración de leal sumisión a un país extranjero; lo que no tiene equivalente en la historia de Chile».<sup>186</sup> Moscú tenía un importante interés en Chile. La combinación de Cuba y Chile le permitiría expandir el comunismo por la región.<sup>187</sup> También Chile «era, al fin y al cabo, una demostración de tubo de ensayo de un gobierno marxista controlando a una sociedad democrática, y el éxito o el fracaso del experimento de Allende provocaría reacciones en Francia y en Italia; al menos entre la intelligentsia socialista, si no entre los votantes corrientes».<sup>188</sup> Pero había mucho más. Los soviéticos, siguiendo los consejos del gran operador del marxismo internacional, Boris Panomariiev, pretendían convertir al Chile de los años 70 en una base de operaciones bélicas soviético-cubanas.<sup>189</sup> Ya dijimos que los soviéticos tenían planificado construir una base para submarinos en Colcura. Pero «los soviéticos no querían financiar una segunda Cuba. Querían que Chile fuera otra Cuba, pero de manera lenta, para no asumir los costos de mantenerla con vida».<sup>190</sup> Moscú tenía «el consuelo de que Chile era un país básicamente más rico que Cuba, con un artículo de exportación mayor (el cobre), que encontraría muchos mejores mercados que la azúcar cubana. Tal vez Chile no se convertiría en un pensionado al modelo cubano, por lo menos no después del período de ajuste inicial».<sup>191</sup>

En los mil días de Allende, Chile «obtuvo créditos equivalentes a 600 millones de dólares provenientes de países socialistas; sin embargo, su utilización se encontraba atada a fines específicos y solo se podía ocupar en forma gradual».<sup>192</sup> A la ayuda crediticia se debe añadir una se-

<sup>186</sup> LABIN, *op. cit.*, pág. 208.

<sup>187</sup> Carta del ex presidente Eduardo Frei Montalva al presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, Mariano Rumor, 8 de noviembre de 1973.

<sup>188</sup> MOSS, *op. cit.*, pág. 210.

<sup>189</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 140-141.

<sup>190</sup> «El embajador Edward M. Korry en el CEP», *op. cit.*, pág. 106.

<sup>191</sup> MOSS, *op. cit.*, pág. 210.

<sup>192</sup> ISRAEL, *op. cit.*, pág. 185.



rie de convenios de cooperación económica y tecnológica suscritos entre Chile y la URSS y otros países marxistas.<sup>193</sup> Entre los beneficios obtenidos por los soviéticos, podemos destacar los siguientes. Primero, buques factoría soviéticos operaban libremente en aguas territoriales chilenas.<sup>194</sup> Segundo, una empresa naval rusa, la *Baltic Steamships*, se hizo cargo de la mayoría del transporte del cobre. Tercero, los «técnicos» soviéticos tuvieron acceso a los secretos industriales chilenos.<sup>195</sup> Para evaluar la ayuda soviética se debe tener en cuenta que la URSS, aparte de sus compromisos económicos con sus satélites europeos y Cuba, estaba entregando créditos a la India y a países prosoviéticos, pero no marxistas, del mundo árabe, como Siria. «Para colmo, tenía que financiar al régimen comunista de Vietnam, en una guerra costosa y decisiva para el prestigio de Moscú». Demasiado esfuerzo para un país cuya disponibilidad de moneda dura era muy limitado.<sup>196</sup> Pero en recursos militares, la disponibilidad soviética era enorme. Por ello, Moscú concedió a Chile un crédito por US\$ 100.000.000 (de la época) para comprar armamento pesado del más alto poder de fuego (100 tanques y un número parecido de cañones), que estuvo a punto de materializarse. El general Nikolai Leonov, vicedirector de la KGB, informó que solo después del atentado contra el edecán de Allende, comandante Arturo Araya, esto es, a fines de julio de 1973, la dirección soviética ordenó cambiar el curso del convoy dirigido a Chile, por temor a que las armas no llegaran a las manos de los militares aliados de la UP.<sup>197</sup>

<sup>193</sup> Véase: HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo III, págs. 18-20; ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 90-96.

<sup>194</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 135.

<sup>195</sup> LABIN, *óp. cit.*, págs. 208-209.

<sup>196</sup> FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 385.

<sup>197</sup> Al respecto, véase: FARIAS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, págs. 173-174; NIKOLAI LEONOV, «La Inteligencia Soviética en América Latina durante la Guerra Fría», en: *Estudios Públicos*, N° 73, Santiago, 1999, págs. 55-57; «El general Nikolai Leonov en el CEP», en: *Estudios Públicos*, N° 73, Santiago, 1999, págs. 73-74.

La intervención soviética estuvo a cargo de Fidel Castro. Poco después de la llegada al poder de Allende, en noviembre de 1971, el tiránico dictador cubano aterrizó en Chile por diez días y prolongó su visita por tres semanas. Durante su permanencia, Castro se permitió opinar sobre asuntos internos y atacar a la oposición, injuriarla, tratarla de «fascista», de «momia» y de «reaccionaria». Pero, además, dictó «cátedras de dictadura política a Allende» y, antes de irse, reforzó la presencia cubana en el país.<sup>198</sup> «En el Chile de Allende -recuerda el soldado cubano Daniel Alarcón, alias *Benigno*- los que mandaban eran prácticamente los cubanos», el Departamento América para la insurrección continental, «y gran parte de Tropas Especiales se encontraban en Chile en aquel período».<sup>199</sup> El jefe del Departamento América era Manuel Piñeiro Losada, alias *Barbarroja*, quien -según el escritor socialista mexicano Jorge G. Castañeda- «pasó muchos meses en Chile; varios de sus ayudantes más cercanos trabajaron en ese país. No obstante, Piñeiro no controló las operaciones cubanas en Chile»; se hicieron cargo de ellas las Tropas Especiales, destacando el papel de los hermanos gemelos De la Guardia Font, oficiales del Ejército cubano: Antonio «se ocupó de la seguridad de Allende, y su hermano..., Patricio, preparó la estancia de Fidel en Chile... y permaneció allí hasta el golpe, para dirigir la presencia cubana en ese país».<sup>200</sup> Esto último ha sido reconocido por el propio Patricio de la Guardia Font.<sup>201</sup>

<sup>198</sup> LABIN, *óp. cit.*, págs. 209-210.

<sup>199</sup> En: DANIEL ALARCÓN, *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la revolución*, págs. 228-229.

<sup>200</sup> JORGE CASTAÑEDA, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 1995, págs. 65 y 92.

<sup>201</sup> En 1989, Patricio de la Guardia Font enfrentaba un juicio en su país, por «narcotráfico». En esa oportunidad reconoció al juez Julio A. González que había tenido una misión en nuestro país: «Recibí la Medalla Internacional de Primer Grado, ya que me encontraba en Chile al mando de tropas cuando ocurrió el golpe de Estado en Chile. También llevé a cabo otras tareas especiales, otras operaciones especiales» (En: *El Mercurio*, Santiago, 21 de septiembre de 1989, A-12; *La Segunda*, Santiago, 20 de septiembre de 1989;



Además, está probada la presencia en Chile de varios otros oficiales del Ejército cubano y de la Dirección General de Inteligencia (DGI). Un caso paradigmático de esta presencia es el de Luis Fernández de Oña, un jefe de este organismo, quien a pesar de estar casado en Cuba, se declaró soltero y –por sugerencia de Barbarroja– sedujo y desposó a la hija favorita de Allende, Beatriz Tati Allende, convirtiéndose en secretario privado del presidente y cuarto jefe del GAP.<sup>202</sup> Es evidente, por lo tanto, la presencia militar cubana en Chile. Los cubanos proporcionaron instrucción y armas a los grupos paramilitares de la UP, que integraban extremistas chilenos y extranjeros. Tanta injerencia tuvo Castro en los asuntos chilenos, que, a fines de julio de 1973 se sintió con autoridad para incitar a Allende a la guerra civil y al suicidio.<sup>203</sup>

En definitiva, no hubo guerra civil y Allende murió. Durante varios años la izquierda acusó a los militares de haberlo asesinado. Pero, finalmente, se admitió que el personaje se había suicidado.<sup>204</sup> No obstante, el año 2005, el oficial Patricio de la Guardia Font «afirmó haber recibido directamente de Fidel Castro la orden de combatir en La Moneda junto a Allende, pero también la de liquidarlo en caso de que quisiera rendirse y pedir asilo. El oficial cubano aseguró haber cumplido personalmente la orden y haber eliminado» al mandatario cuando este, «ya en un estado de pánico, había resuelto rendirse y pedir asilo político».<sup>205</sup> La hija de Allende, Beatriz, también tuvo una muerte extraña. Una vez depuesto Allende, Fernández de Oña se separó de Beatriz en Cuba, revelándole que su trabajo político

ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 131; PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, pág. 44; *Vindicación de Cuba 1989*, Editorial Política, Belascón N° 864, La Habana, Cuba, pág. 291).

<sup>202</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 133-134.

<sup>203</sup> Carta de Fidel Castro a Salvador Allende, 29/07/1973.

<sup>204</sup> Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, edición del diario *La Nación*, Santiago, 5 de marzo de 1991, pág. 28.

<sup>205</sup> FARIAS, *Salvador Allende: El fin de un mito*, pág. 16.

con ella había terminado. Según la versión oficial, Beatriz se quitó la vida;<sup>206</sup> según otros, fue asesinada.<sup>207</sup> Quizás el término del régimen castrista permita despejar las dudas que rodean las muertes de Allende y de su hija. Lo que está ya suficientemente documentado es que en Cuba se formó «el contingente militar y político que, trasladado a Chile en los años de Allende, se proponía convertir al país en una colonia soviética».<sup>208</sup> Pero, como se verá más adelante, la intervención del marxismo internacional no terminó con la caída de Allende.

<sup>206</sup> Véase: CARLOS FRANQUI, *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Editorial Planeta, Barcelona, 1988, págs. 403-406; ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 134.

<sup>207</sup> SPATARO, *óp. cit.*, págs. 281-282.

<sup>208</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 140.



Todo lo que hemos querido demostrar escribiendo estas páginas es que cuando los militares asumieron el poder no había democracia ni institucionalidad en Chile. Como bien escribió el general Pinochet: «Las Fuerzas Armadas y de Orden no destruyeron una democracia ejemplar, ni interrumpieron un proceso de desarrollo y de bienestar, ni era Chile en ese momento un modelo de libertad y de justicia. Todo se había destruido y los hombres de armas actuamos como reserva moral de un país que se desintegraba, en manos de quienes lo querían someter a la órbita soviética».<sup>209</sup> Dos prestigiosos politólogos de la Concertación (que citaremos con cierta frecuencia), Carlos Huneeus y Genaro Arriagada, se manifestaron en la misma línea. El primero, dijo: «Los militares en Chile no buscaron el poder, sino que éste les cayó en sus brazos a consecuencia de la crisis política y económica».<sup>210</sup> El segundo, reconoció: El «sistema político estaba agotado con anterioridad al golpe militar. La democracia chilena no fue quebrada por un complot de los uniformados ni fue la aspiración de ellos de asirse con el poder el motivo central del pronunciamiento. La democracia venía malherida desde antes. El once de septiembre habían estallado dos graves crisis superpuestas. Una, la del gobierno de Allende. La otra, las muy graves fallas del sistema político en funcionamiento a partir de 1932 que, más allá de que hubiera existido o no el gobierno de la Unidad Popular, venían afectando de manera muy importante la vida política, económica y social del país».<sup>211</sup>

Como bien ha dicho Gonzalo Vial Correa, la intervención militar fue «la culminación de una gran crisis nacio-

<sup>209</sup> AUGUSTO PINOCHET, *Carta a los chilenos*, Londres, diciembre de 1998.

<sup>210</sup> CARLOS HUNEEUS, *El régimen de Pinochet*, Editorial Universitaria, Santiago, 2000, págs. 79-80.

<sup>211</sup> GENARO ARRIAGADA, *Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1998, pág. 32.

nal», fundamentalmente una crisis del sistema político que establecía la Constitución de 1925. Esta crisis, planteada desde 1952,<sup>212</sup> se intensifica durante la época revolucionaria (1964-1973), por la acción concatenada de la partidocracia, el sectarismo ideológico y la violencia política, que en los mil días de Allende provocó el colapso de la estructura institucional, el quiebre de la convivencia social y la desorganización del sistema económico, a un punto tal que llegó a amenazar el sustento diario de la población.<sup>213</sup>

Nada de esto fue obra del azar. «En Chile, en los años de la UP, no regía la casualidad sino la causalidad. De cada causa su efecto; y la causa de las causas era una sola: el marxismo».<sup>214</sup> Ni más ni menos. El ex diputado comunista e intendente de la Región de Valparaíso en el Gobierno de Ricardo Lagos, Luis Guastavino, reconoció que el gobierno de la UP postulaba un socialismo «donde no iba a haber sino una educación, una televisión, un diario, una filosofía, partido único, todo lo que ocurría en el socialismo real».<sup>215</sup> Un diplomático de carrera y miembro del Comité de Relaciones Exteriores del *Bundestag* alemán (Parlamento), el conde Hans von Huyn, dijo: «Chile puede reclamar para sí el privilegio de haberse liberado por sus propias fuerzas de una dictadura marxista, en la que se había transformado el gobierno de Allende».<sup>216</sup> En la misma línea, uno de los mayores especialistas mundiales en soviología, el inglés Brian Crozier, sostuvo: «Durante sus tres años en el poder, Allende transformó su país, de hecho, en un satélite cubano, y por lo tanto una adición incipiente al Imperio Soviético... para entonces Chile podía ser francamente descrito como un estado marxista en términos ideológicos y econó-

<sup>212</sup> En: TAGLE (editor), *op. cit.*, pág. 269.

<sup>213</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 30.

<sup>214</sup> ROJAS, *La agresión del oso*, pág. 103.

<sup>215</sup> *El Mercurio*, 3 de agosto de 2003, citado en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Cinco presidentes y el poder*, pág. 57.

<sup>216</sup> CONDE HANS VON HUYN, *Victoria sin guerra. El zarpazo de Moscú por el dominio del mundo*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1987, págs. 279-280.



micos...» (*The Rise and Fall of the Soviet Empire*, publicado en 1999).<sup>217</sup> Por último, Cristián Labbé señaló: «El peor crimen de la Unidad Popular no es que demoliera el edificio que había —que, deficiente y todo, permitía el desenvolvimiento de la vida—; el peor crimen de la Unidad Popular es que a cambio de ese edificio quería levantar una prisión. De ambos propósitos logró casi del todo el primero: destruir. El segundo lo evitó el Pronunciamiento Militar».<sup>218</sup>



La intervención militar «constituyó el ejercicio legítimo del derecho a la rebelión contra un Gobierno ilegítimo, inmoral y fracasado que, alejándose grave y deliberadamente del bien común, estaba sumiendo al país en el hambre y en el enfrentamiento fratricida».<sup>219</sup> Una Junta de Go-

<sup>217</sup> En: PIÑERA, *Una casa dividida*, págs. 35-36.

<sup>218</sup> LABBÉ, *Un compromiso de honor*, pág. 22.

<sup>219</sup> JAIME GUZMÁN ERRÁZURIZ, *Escritos personales*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1993 (3ª edición), pág. 95.

bierno, compuesta por los comandantes en jefe de las FFAA y de Orden —general de Ejército Augusto Pinochet Ugarte, almirante José Toribio Merino Castro, general del aire Gustavo Leigh Guzmán y general director de Carabineros César Mendoza Durán—, asumió el «Mando Supremo de la Nación, con el patriótico compromiso de restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantada».<sup>220</sup>

Las nuevas autoridades especifican que asumen «el Poder por el lapso en que las circunstancias lo exijan».<sup>221</sup> Pero «se encontraron con un país al que un sordo y artero terremoto político, social y económico había afectado hasta sus cimientos... Al ser analizado cada sector de la vida nacional, apareció una realidad mucho más caótica y desastrosa que el más pesimista informe previo pudiera haber consignado. Por esta razón, se tomó tempranamente una decisión trascendental. El Gobierno Militar no podía ser un paréntesis entre dos gobiernos políticos tradicionales. Debía transformarse en un proyecto fundacional, operando en forma drástica todos los cuerpos sociales gravemente afectados y enfermos. No hacerlo significaría no cumplir realmente con los objetivos del pronunciamiento y dejar a Chile en condiciones para que en un corto plazo se repitiera la dolorosa situación vivida».<sup>222</sup>

Cabe mencionar, por último, que las FFAA y de Orden emprendieron la reconstrucción de Chile porque «no son solamente el brazo armado del Estado, sino también la columna vertebral de la nación», pues, ante todo, «existen para garantizar, con el eventual empleo de los medios, la continuidad histórica de la nación. Son, pues, el último reducto de la soberanía».<sup>223</sup>

<sup>220</sup> Decreto Ley N° 1, Acta de Constitución de la Junta de Gobierno, 18 de septiembre de 1973.

<sup>221</sup> Bando N° 5 de la Junta Militar de Gobierno de Chile, 11 de septiembre de 1973.

<sup>222</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 55.

<sup>223</sup> CANESSA y BALART, *óp. cit.*, pág. 390.



### CAPÍTULO III

## EL RÉGIMEN DE AUGUSTO PINOCHET

### I

El Pronunciamiento Militar fue la culminación de una contrarrevolución que sectores mayoritarios de la ciudadanía, de los partidos políticos de la CODE (que constituían la mayoría absoluta del Parlamento) y de las principales instituciones de la república impulsaron contra el proyecto totalitario de la UP. Ya se dijo que una Junta de Gobierno asumió «el Mando Supremo de la Nación». Eran los inicios de un Gobierno que se extendería hasta el 11 de marzo de 1990. Es importante recalcar que en el apoyo transversal a la intervención castrense está la legitimidad de origen del Gobierno Militar. La legitimidad de ejercicio de este gobierno quedó demostrada en su actuar, dirigido incesantemente a la consecución del bien común, es decir, el «bien de las personas conseguido en comunidad».<sup>224</sup>

Como bien ha dicho Alfonso Márquez de la Plata, este Gobierno «tuvo que sacar a Chile del fondo del pozo del desastre social, político y económico».<sup>225</sup> La gestión gubernativa del régimen de Pinochet fue la de mayor coherencia de la historia patria. «Desde el punto de vista del avance del Gobierno Militar hacia una renovada y sólida institucionalidad, es posible distinguir tres períodos. Una fase de emergencia, que cubre el primer año que sigue al Pronunciamiento. Se inicia luego una fase arquitectónica», en la que se moderniza la administración del Estado, se diseña una nueva estructura jurídico-institucional y se reorganiza la economía sobre las bases del mercado. Esta fase «culmi-

<sup>224</sup> LABBÉ, *Un compromiso de honor*, pág. 48.

<sup>225</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Cinco presidentes y el poder*, pág. 75.



na el 11 de marzo de 1981 con la puesta en vigencia de la Constitución ratificada por la ciudadanía seis meses antes». Se trataba de un texto de 14 capítulos, 120 artículos permanentes y 29 disposiciones transitorias. Por último, entre el 11 de marzo de 1981 y el 11 de marzo de 1990 transcurre la fase de transición, cuya regulación está en el articulado transitorio. Es «una etapa que tiene por objeto consolidar el nuevo rumbo del país, preparándolo para una democracia plena (según el articulado permanente) y estable en el tiempo».<sup>226</sup>

Desde un principio el general Augusto Pinochet había asumido la presidencia de la Junta de Gobierno, por ser el Ejército la rama más antigua de la defensa nacional.<sup>227</sup> La Junta clausuró el Congreso y concentró en sí las funciones constituyentes, ejecutivas y legislativas del Estado.<sup>228</sup> También fue disuelto el Tribunal Constitucional, «en razón de que su función era resolver las diferencias que en materia de formación de la ley surgieran entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo, asunto que ya no podría suceder pues se había disuelto el parlamento».<sup>229</sup> El Poder Judicial continuó actuando en forma independiente;<sup>230</sup> y rápidamente se normalizó el funcionamiento de la Contraloría General de la República.<sup>231</sup>

En los primeros días la Junta emitió bandos para dar instrucciones a la población civil y tomar resoluciones. Pero, rápidamente, comenzó a promulgar «una serie de decretos leyes para establecer su legitimidad y un marco legal».<sup>232</sup>

<sup>226</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, págs. 244-245.

<sup>227</sup> ASCANIO CAVALLO, MANUEL SALAZAR y ÓSCAR SEPÚLVEDA, *La historia oculta del régimen militar*, Editorial Grijalbo-Mondadori, Santiago, 2001, pág. 30.

<sup>228</sup> Decreto Ley N° 128, 12 de noviembre de 1973. Este decreto aclara el concepto de «Mando Supremo de la Nación» del Decreto Ley N° 1.

<sup>229</sup> ARRIAGADA, *op. cit.*, pág. 38.

<sup>230</sup> GONZALO ROJAS SÁNCHEZ, *Chile escoge la libertad. La presidencia de Augusto Pinochet Ugarte 11-IX.1973- 11.III.1990*, Editorial Zig-Zag, Santiago, tomo I, págs. 144-147 y tomo II (2000), págs. 611-614.

<sup>231</sup> ROBERT BARROS, *La Junta Militar. Pinochet y la Constitución de 1980*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2005, págs. 138-140.

<sup>232</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 530.

Materias que habían sido reguladas a través de bandos fueron legalizadas como decretos leyes. Así, por ejemplo, aunque el Congreso había sido disuelto por el bando N° 28 el 13 de septiembre de 1973, diez días después fue disuelto nuevamente mediante el Decreto Ley N° 27. La Junta utilizó distinciones en la nomenclatura para diferenciar los actos legislativos (decretos leyes) de los actos ejecutivos (decretos supremos y resoluciones). La conversión de los bandos en decretos leyes implicó a veces modificar la legislación promulgada por los gobiernos anteriores, «con lo cual, los cambios decretados por la Junta fueron incorporados al corpus formal del marco legal anterior».<sup>233</sup>

En junio de 1974 se produce un cambio en el funcionamiento de la Junta. Ella dejó de ejercer las funciones ejecutivas, las que quedaron a cargo del presidente del organismo, quien se convirtió en jefe supremo de la Nación.<sup>234</sup> En diciembre de ese mismo año, Pinochet recibió el título de presidente de la República.<sup>235</sup> «Así pues, el presidencialismo vigorizado existente en Chile hasta 1973, permite a Pinochet recogerlo y fortalecerlo en su continuidad histórica».<sup>236</sup> Desde 1974 el presidente Pinochet gobernó y administró el país y, paulatinamente, mediante artículos de legislaciones posteriores, pudo nombrar y remover a su criterio a ministros, intendentes, gobernadores, embajadores, alcaldes y a cualquier civil que fuese funcionario público –salvo de la Contraloría y el Poder Judicial–, sin necesitar el visto bueno de la Junta.<sup>237</sup>

En 1976, la Junta dictó cuatro Actas Constitucionales, normas jurídicas que constituyeron «el reemplazo gradual de la Carta de 1925» y «la primera armazón jurídica del Go-

<sup>233</sup> Todo, en: BARROS, *op. cit.*, págs. 70-71.

<sup>234</sup> Decreto Ley N° 527, 26 de junio de 1974.

<sup>235</sup> Decreto Ley N° 806, 17 de diciembre de 1974.

<sup>236</sup> ENRIQUE CAÑAS KIRBY, *Proceso político en Chile: 1973-1990*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997, pág. 59.

<sup>237</sup> VIAL, *Historia de Chile en el siglo XX*, pág. 399.



bierno Militar». <sup>238</sup> Algunos años después, con la aprobación de la Constitución del 80, el general Pinochet se transformó en el primer presidente constitucional (11/03/81), dejando definitivamente su lugar en la Junta, que ocuparían otros generales del Ejército designados por él, <sup>239</sup> y asumió, con facultades especiales, de acuerdo con los 29 artículos transitorios, la función de encabezar un «período de transición», claramente definido por la Constitución de 1980, hacia la plena democracia. Antes de finalizar este período, la Junta tuvo que elegir y plebiscitar un candidato presidencial. Este candidato fue el propio Pinochet. Como se sabe, el plebiscito de 1988 se perdió. Si Pinochet hubiese ganado, habría gobernado ocho años más con validez plena de la Constitución. Como no fue así, la Junta y Pinochet continuaron un año más, sin innovaciones, y tuvieron que llamar a elección de presidente y parlamentarios (1989).

Pero lo anterior no significa que el general Pinochet tuviera un poder omnímodo. «Los registros del funcionamiento de la Junta como cuerpo legislativo muestran que no existe una base empírica para caracterizar a la Junta como un Poder Legislativo al servicio de los caprichos del general Pinochet». <sup>240</sup> La Junta ejerció su función legislativa <sup>241</sup> con la

<sup>238</sup> CRISTIÁN LABBÉ, *Biografía política del Estado de Chile*, Editorial Nuevo Extremo, Santiago, 2002, pág. 221.

<sup>239</sup> Los representantes del Ejército en la Junta fueron: teniente general César Raúl Benavides, de marzo 1981 a noviembre de 1985; teniente general Julio Canessa Robert, de diciembre de 1985 a diciembre de 1986; teniente general Humberto Gordon Rubio, de enero de 1987 a noviembre de 1988; y teniente general Santiago Sinclair Oyaneder, de noviembre de 1988 a marzo de 1990.

<sup>240</sup> BARROS, *op. cit.*, pág. 97.

<sup>241</sup> En cuanto al desarrollo de la función legislativa de la Junta de Gobierno, digamos que: «De su asesoría inicial, constituida por los integrantes de los Servicios de Justicia Militar de las instituciones castrenses y algunos abogados externos que generosamente les auxiliaron, instalada provisoriamente en la Subsecretaría de Marina, se pasó a un grupo legislativo más amplio y numeroso, radicado en el 9º piso del Edificio Diego Portales, y durante un tiempo trabajó a través del Comité Asesor de la Junta» (CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 260). Posteriormente, se organizó una asesoría más amplia en materia legislativa, pues se crearon tres Comisiones Legislativas, las que quedaron formalmente establecidas con el Decreto Supremo

Nº 220 (21 de abril de 1976). Cada Comisión estaba a cargo de un miembro de la Junta y abarcaba distintas áreas políticas. «Basándose en el principio de que el general Pinochet debía quedar excluido de la elaboración de los decretos leyes no se creó ninguna comisión para él». La Armada quedó a cargo de la Comisión I (Hacienda, Economía, Fomento y Reconstrucción, Minería y Relaciones Exteriores), la Fuerza Aérea de la Comisión II (Interior, Trabajo y Previsión Social, Educación, Salud y Justicia) y Carabineros de la Comisión III (Agricultura, Tierras y Colonización, Obras Públicas, Vivienda y Transportes). «El sistema de las comisiones legislativas funcionó hasta el término del régimen militar en 1990, siendo modificada sólo levemente en el año 1981 para adecuarlo a la constitución de 1980» (BARROS, *op. cit.*, págs. 86 y 88 y nota 59 del respectivo capítulo). Como se sabe, el presidente Pinochet dejó la Junta en 1981, pero «el Ejército mantuvo su representación en el organismo a través de su vicecomandante en jefe, quien dirigió una nueva Comisión Legislativa, la IV, creada precisamente para permitir la participación de esa rama de las FF.AA.». Las comisiones quedaron estructuradas de la siguiente forma: La Comisión I se encargó de los temas constitucionales y en cuanto a sus áreas políticas perdió Relaciones Exteriores; la Comisión II perdió Interior; la Comisión III perdió Transporte y Telecomunicaciones; la Comisión IV tuvo a su cargo el estudio de los proyectos de los Ministerios de Interior, Relaciones Exteriores, Defensa Nacional y Transportes y Telecomunicaciones (HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 274 y nota Nº 32 del respectivo capítulo). Cada comisión tenía un staff permanente de 25 miembros (civiles y uniformados), todos especialistas del mejor nivel (CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 261). Los proyectos de ley enviados por el Ejecutivo «entraban al sistema a través de la Secretaría de Legislación, que confirmaba que el proyecto entraba con la documentación requerida, lo asignaba a la comisión correspondiente, distribuía el proyecto a las otras comisiones y preparaba una revisión puramente jurídica de las implicancias legales sustantivas del mismo, su articulación formal, efectos en la legislación existente y correlación con el sistema legal en su totalidad. La Secretaría de Legislación no revisaba el mérito o la conveniencia de los proyectos revisados. Estos asuntos políticos y técnicos eran la prerrogativa de las comisiones legislativas» (BARROS, *op. cit.*, págs. 86-88 y nota 59 del respectivo capítulo). Una vez que el proyecto era visto en todas las comisiones, «se realizaba una reunión en la que estaba radicado el proyecto y se pulían todos sus errores y defectos (...) Siempre eran invitados los ministros, subsecretarios y asesores de los ministerios para defender sus proyectos en todas las instancias de su tramitación y generalmente en esas reuniones se perfeccionaban éstos a través de las proposiciones de los especialistas de las Comisiones Legislativas (...) Estas también requerían, si era el caso, la opinión de personas ajenas al Gobierno, por su calidad profesional o la experiencia sobre el tema, aportando antecedentes importantes que enriquecieran estos futuros cuerpos legales (...) Agotadas todas las instancias a través de asesores de las Comisiones, con consulta permanente de éstos a los Comandantes en Jefe, General Director de Carabineros o el representante del Ejército, según fuera el caso, el proyecto llegaba a



más absoluta independencia. No aceptó injerencia de ningún tipo. Antes y después de la puesta en vigencia de la Constitución de 1980, hubo tres factores que garantizaron la independencia del Poder Legislativo. 1) La adopción de la regla de la toma de decisiones por unanimidad le garantizó a cada miembro «el derecho a preservar sus propios intereses contra los de los otros miembros». 2) la inamovilidad de los comandantes en jefe y el general director de Carabineros. Esta inamovilidad, por cierto, se extendía al cargo de miembro de la Junta. La única provisión para el reemplazo de los integrantes de este organismo era en caso de «muerte, renuncia o cualquier clase de imposibilidad absoluta». 3) Pinochet no tenía autorización para intervenir en los ascensos y retiros de las demás instituciones uniformadas, lo que reforzaba aún más la independencia de los máximos jefes castrenses.<sup>242</sup>

Hubo un miembro de la Junta, el general del aire Gustavo Leigh Guzmán, que fue expulsado por sus pares. El 24 de julio de 1978, estos acordaron «declarar la imposibilidad absoluta» del alto oficial para ejercer sus cargos, «por faltar reiteradamente a los principios y postulados que inspiraron el movimiento del 11 de septiembre de 1973».<sup>243</sup> La salida de Leigh «no produjo ninguna modificación en la regla de toma de decisiones por unanimidad, ni atribución alguna de poderes de elección a Pinochet.» El general Fernando Matthei reemplazó a Leigh en sus cargos. Y, por último, hubo un integrante de la Junta que renunció a sus cargos

la Junta de Gobierno. Esta sesionaba una o dos veces a las semanas para estos efectos (...) Ahí se analizaba al más alto nivel y, si había acuerdo, se aprobaba y si existían discrepancias, volvía a las Comisiones (...) A estas reuniones de la Junta concurrían ministros para aclarar las dudas existentes (...) Secretario de la Legislación de la Junta durante casi todo el período fue el Comandante Mario Duvauchelle Rodríguez, un excepcional marino» de «gran tino, acuciosidad e inteligencia» (MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 64-65).

<sup>242</sup> Todo, en: BARROS, *óp. cit.*, págs. 79-98 y 310-312.

<sup>243</sup> En: SERGIO FERNÁNDEZ, *Mi lucha por la democracia*, Editorial Los Andes, Santiago, 1994, pág. 41.

(marzo de 1985): El general director de Carabineros, César Mendoza, quien debió irse por la participación que tuvo un grupo antiterrorista de su institución, la DICOMCAR, en el asesinato de tres militantes comunistas. Mendoza, que ninguna responsabilidad tenía en tan lamentables hechos, fue sustituido por el general Rodolfo Stange.

Cabe mencionar, por último, que la Constitución de 1980 complementó las restricciones internas producto de la regla de unanimidad y la separación de poderes, estableciendo límites para el régimen como un todo. Mencionemos que puso un límite de tiempo al régimen militar y fijó un procedimiento –el plebiscito de 1988–, por medio del cual la ciudadanía podía rechazar o aceptar la continuidad de Pinochet en el poder. También la Junta perdió la atribución de promulgar normas constitucionales a su voluntad. Cualquier enmienda a la Constitución debía someterse a un plebiscito. Asimismo, el Gobierno Militar «se encontraba ahora limitado por una detallada carta de garantías constitucionales, por las atribuciones preexistentes de control de la Corte Suprema» y de la Contraloría General de la República, como también por las atribuciones de control del nuevo Tribunal Constitucional, «que ponían a disposición de la Junta y de Pinochet nuevos e importantes mecanismos mediante los cuales cada uno podía hacer que el otro se atuviera a los términos de su acuerdo global».<sup>244</sup>

En resumen, el régimen militar construyó un orden jurídico que provocó una autolimitación del poder, que impidió que cualquier actor individual moldeara las normas a su voluntad.<sup>245</sup>

<sup>244</sup> Todo, en: BARROS, *óp. cit.*, págs. 252 y 315-316.

<sup>245</sup> Esta es la tesis central del libro de BARROS.



## II

El régimen de Pinochet fue «militar», pues las FFAA y de Orden proporcionaron un sector importante de la clase política. Muchos uniformados ejercieron cargos políticos y públicos por quererlo el presidente Pinochet (aunque en los primeros años las designaciones dependían de la Junta), pero lo hicieron como individuos que se integraban a la gestión gubernamental y permanecieron en sus puestos todo el tiempo que el mandatario estimó conveniente. Más aún, los altos mandos fueron informados y consultados por sus respectivos comandantes en jefe, pero no como requisito, y por supuesto no tuvieron injerencia en las decisiones que adoptaba el régimen. Podemos decir que Pinochet gobernó en nombre de las FFAA y de Orden; pero como no quería politizarlas, las marginó de la gestión directa del Estado y del Gobierno en su calidad de instituciones.<sup>246</sup>

Aunque consideramos que lo más correcto es hablar de un régimen cívico-militar, ya que además del personal de las FFAA y de Orden hubo numerosos civiles que ocuparon diversos cargos de responsabilidad política y de asesoría. De todas formas, no se puede negar que las FFAA y de Orden fueron la «columna vertebral» del sistema político.<sup>247</sup> Los civiles que se incorporaron a las tareas gubernamentales no provinieron de ningún partido político. En octubre de 1973, la Junta de Gobierno disolvió y prohibió los partidos de la UP y declaró en receso a todas las demás colectividades políticas. Es que Pinochet, tempranamente, había decidido que el Gobierno Militar no se iba a asociar a ningún partido determinado;<sup>248</sup> ni siquiera aceptó jamás que sus propios seguidores organizaran uno.<sup>249</sup> El de Pinochet fue un régimen suprapartidista. ¿De dónde provenían los civiles que ocuparon cargos políticos? De distintos grupos que accedieron a colaborar con las nuevas autoridades:

<sup>246</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 42.

<sup>247</sup> CAÑAS, *óp. cit.*, pág. 56.

<sup>248</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 89-90 y 133-134.

<sup>249</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 369.

1) los nacionalistas, cuyo líder era el abogado Pablo Rodríguez, fundador de Patria y Libertad; 2) los simpatizantes del ex presidente Jorge Alessandri, los llamados «alessandristas»; 3) los ex militantes del autodisuelto Partido Nacional (PN),<sup>250</sup> entre ellos: Sergio Onofre Jarpa, el héroe y líder indiscutido de la derecha durante la UP; 4) los gremialistas, cuyo líder era el abogado Jaime Guzmán; y 5) los *Chicago Boys*, un grupo de economistas chilenos, principalmente de la Universidad Católica, con posgrados (magísteres o doctorados) en la Universidad de Chicago.

Todos estos grupos colaboraron con el Gobierno Militar porque estaban conscientes de que la intervención militar había impedido que Chile se transformara en una segunda Cuba. Pero, también, porque querían participar de la reconstrucción de Chile, entregando sus respectivos puntos de vista. Los nacionalistas «atribuían los males sufridos por el país, a su democracia. Auspiciaban un nuevo sistema político, nacionalista, antiimperialista, autoritario y “orgánico” (es decir, una forma de corporativismo: que los gremios empresariales y de trabajadores legislaran y gestionaran la economía). El sistema, en sus puntos fundamentales, sería irreformable. El sufragio universal se minimizaba o desaparecía».<sup>251</sup> Los «alessandristas», y particularmente el ex gobernante, proponían la elaboración de una constitución parecida a la de 1925, pero que incorporase mecanismos de protección, para eliminar (nunca suprimir) el impacto del sufragio universal y la demagogia financiera de los partidos políticos, que –en su afán de buscar y ganar votos– ofrecían y hacían otorgar por el Congreso beneficios de cargo del Estado que no tenían financiamiento. Esto es lo que recibió el nombre de «democracia protegida».<sup>252</sup> En lo económico, este

<sup>250</sup> Este partido se autodisolvió, sus militantes entendían que debían colaborar con el esfuerzo de reconstrucción nacional que encabezaban las FFAA y de Orden, pero sin esperar nada a cambio (ANA VICTORIA DURRUTY, *La derecha desatada*, Editorial Planeta, Santiago, 1999, pág. 47).

<sup>251</sup> GONZALO VIAL CORREA, *Chile, cinco siglos de historia*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2010, Tomo II, pág. 1335.

<sup>252</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 373-374.



grupo puede incluirse entre los partidarios de avanzar hacia un orden más liberal, pero de forma gradual y sin que el Estado deje de tutelar las principales materias económicas.<sup>253</sup> Los ex militantes del disuelto PN compartían, en líneas generales, el planteamiento político y económico del «alessandrismo». Los gremialistas, que proclamaban la autonomía de los cuerpos intermedios (v. gr., la Universidades, frente al Estado y los partidos), compartieron -inicialmente- la propuesta de los nacionalistas. Después la desecharon y optaron por la «democracia protegida». En lo económico, este grupo era partidario de instaurar una economía de libre mercado, tal cual recomendaban los *Chicago Boys*,<sup>254</sup> quienes eran discípulos de Milton Friedmann y Friedrich von Hayek.<sup>255</sup> Este grupo era partidario de la democracia protegida<sup>256</sup> y proponía un modelo económico «alternativo al de Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI) de la CEPAL y, obviamente, distante del socialismo marxista». «La base ideológica del grupo quedó resumida en *El Ladri- llo*, texto que fue redactado por algunos *Chicago Boys*, tales como Emilio Sanfuentes, Pablo Baraona, Sergio de Castro, Sergio Undurraga y Alvaro Bardón, entre otros». <sup>257</sup> Dicho escrito fue elaborado durante el Gobierno de la UP, a petición de ciertos representantes de la Armada, como un plan para ser aplicado en un eventual cambio de gobierno.<sup>258</sup>

Pero, igualmente, hubo políticos, profesionales, empresarios y representantes de gremios que, sin estar vinculados a los grupos de apoyo referidos, ocuparon distintos cargos, ya sea en el Gobierno, en distintas reparticiones de la administración pública o en los equipos asesores del ré-

<sup>253</sup> ARRIAGADA, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>254</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 367 y 373.

<sup>255</sup> Véase: AXEL KAISER, *La fatal ignorancia*, Instituto Democracia y Mercado, 2009, pág. 50; CAÑAS, *op. cit.*, pág. 66.

<sup>256</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 373.

<sup>257</sup> ALEJANDRO SAN FRANCISCO y ÁNGEL SOTO, «El Gobierno del General Augusto Pinochet en Chile 1973-1990» Publicado en *Aportes*, Año XIX, N° 55, 2004.

<sup>258</sup> ARTURO FONTANE ALDUNATE, *Los economistas y el presidente Pinochet*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1988, págs. 18-20.

gimen. Entre los que ocuparon cargos ministeriales, cabe mencionar a: Sergio Fernández (ministro del Trabajo y del Interior), Hernán Cubillos (ministro de Relaciones Exteriores), Fernando Léniz (ministro de Economía), Carlos Cáceres (ministro de Hacienda e Interior), José Piñera (ministro del Trabajo y de Minería), Jorge Cauas (ministro de Hacienda), Hernán Büchi (ministro de Hacienda), Alfonso Márquez de la Plata (ministro de Agricultura, del Trabajo y secretario general de Gobierno), Jaime del Valle (ministro de Justicia y de Relaciones Exteriores), Ricardo García (ministro del Interior y de Relaciones Exteriores), Hernán Felipe Errázuriz (ministro secretario general de Gobierno y de Relaciones Exteriores), Miguel Ángel Poduje (ministro de Vivienda y secretario general de Gobierno), Modesto Collados (ministro de Vivienda y de Economía), Hugo Rosende (ministro de Justicia), Mónica Madariaga (ministra de Justicia y de Educación), Samuel Lira (ministro de Minería), Jorge Prado (ministro de Agricultura), Vasco Costa (ministro del Trabajo), Guillermo Arthur (ministro del Trabajo), María Teresa Infante (ministra del Trabajo).





Durante los primeros años del Gobierno Militar, la mayoría de los ministerios estuvieron a cargo de uniformados en servicio activo.<sup>259</sup> Pero, gradualmente, los civiles fueron tomando más protagonismo en el Gobierno. En 1978 se consagró la participación de civiles en el gabinete.<sup>260</sup> Desde ese año y hasta el término del régimen de Pinochet, las siguientes carteras estuvieron solamente en manos de civiles: Relaciones Exteriores, Justicia, Agricultura y Trabajo y Previsión Social. En los restantes ministerios hubo alternancia, aunque en Hacienda, Economía e Interior hubo predominio civil.<sup>261</sup> Durante el Gobierno Militar hubo 133 ministros, de los cuales 66 fueron civiles y 67 provenientes de las FFAA y Carabineros, «con un tiempo promedio de permanencia en el cargo de diez meses». De los 67 ministros uniformados, 37 pertenecieron al Ejército (55%), 11 a la Armada (16%), 11 a la Fuerza Aérea (16%) y 8 a Carabineros (12%). En cuanto a los ministros civiles, conviene mencionar que, si se suman las carteras y no los titulares, pues hubo personas que ocuparon más de una cartera, los *Chicago Boys* tuvieron treinta y un ministerios, los «gremialistas» veintiséis, los «alessandristas» veinte, los independientes diecisiete y los gremios trece.<sup>262</sup>

En las subsecretarías la presencia civil fue mayor que en los ministerios. Prueba de ello es que, entre 1973 y 1986, «las subsecretarías estaban constituidas en un 66,3% por personal civil, 25,4% por personal del Ejército y 8,1% por personeros militares de los otros institutos matrices».<sup>263</sup> Era común que un ministro perteneciente a una rama castrense tuviera a un subsecretario de otra o a un civil, y cuando el titular era un civil, el subsecretario podía ser uniformado. En cuanto a las intendencias y gobernaciones, señalemos que estuvieron mayoritariamente en manos de militares, con abrumadora representación del personal del Ejército

<sup>259</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 312.

<sup>260</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 198-200.

<sup>261</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 312-313.

<sup>262</sup> *Ídem*, págs. 189, 304 y 306.

<sup>263</sup> CAÑAS, *op. cit.*, págs. 62-63.

sobre las demás ramas de las FFAA.<sup>264</sup> La estructura cívico-militar del régimen de Pinochet también podía percibirse en los cargos de directores de empresas estatales, en el servicio exterior<sup>265</sup> y en las rectorías de las universidades. En relación con los municipios (gobierno local), después del 11 de septiembre de 1973 el alcalde pasó a ser la única autoridad comunal, desapareciendo los regidores (el equivalente a los concejales de hoy). La inmensa mayoría de los alcaldes fueron civiles, principalmente gremialistas<sup>266</sup> y ex militantes del PN.<sup>267</sup>

Así como hubo partidarios, también existieron opositores. Entre ellos, moderados y radicalizados. En los primeros se hallaban los demócratacristianos, socialdemócratas, radicales, izquierdistas renovados y una gran parte de la jerarquía de la Iglesia Católica, representada por varios obispos y la Conferencia Episcopal. De estos grupos, podemos decir que, con la excepción de izquierdistas y un sector de los radicales, todos apoyaron la intervención militar. Pero, gradualmente, se pasaron a la oposición. Los demócratacristianos lo hicieron tras percatarse de que los militares no pensaban entregarles el poder (1974), tal cual lo habían

<sup>264</sup> Todo, en: HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 189-196. Un dato interesante para consignar es que Juan Emilio Cheyre, comandante en jefe del Ejército (2002-2006), fue intendente de la Región de Atacama (1987-1988).

<sup>265</sup> Entre 1973 y 1986, el 52,5% de los representantes chilenos en el exterior eran civiles. El resto (47,5%), eran militares; «de estos, el 48,7% pertenecía al Ejército, 18,9% a la Fuerza Aérea y la Armada, y un 13,5% a Carabineros» (CAÑAS, *op. cit.*, pág. 63).

<sup>266</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 370-375.

<sup>267</sup> ANA VICTORIA DURRUTY, *op. cit.*, pág. 47. El alcalde más emblemático del régimen militar fue Patricio Mekis, un ex militante del Partido Nacional. Fue jefe comunal de Rancagua y Santiago. «Su labor en la capital es conocida. Cambió la cara de la ciudad con obras de bien público. Orientó el accionar de muchos jefes edilicios en el resto del país en un sentido: la máxima autoridad de la ciudad no sólo debe administrar los fondos municipales, sino ser un motor que logre, con los recursos del comercio, la industria y la población, realizar importantes cambios en beneficio de la comunidad» (MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 141).



previsto Eduardo Frei y Patricio Aylwin,<sup>268</sup> ni que tampoco querían crear una alianza política con la DC.<sup>269</sup> Por su parte, la izquierda renovada surgió de un proceso de fragmentación que se da en el seno del PS y de los otros partidos de izquierda (IC, MAPU...), exceptuado el Comunista, y que provocó que ese sector se dividiera en dos grupos: el renovado, alejado de la dictadura del proletariado y reencantado de la democracia liberal, y el tradicionalista, fiel custodio de la ideología marxista-leninista. Este proceso de fragmentación tomó fuerza a fines de los años 70 y se consolidó en los años 80.<sup>270</sup> Durante gran parte de la década de 1980 los sectores moderados buscaron forzar la renuncia de Pinochet de forma pacífica. Entre los opositores radicalizados se encontraban los comunistas, miristas y todos los sectores de las diferentes colectividades que se mantuvieron leales al ideario marxista-leninista. Comunistas y miristas utilizaron el terrorismo y la subversión para combatir al régimen militar, puesto que auspiciaban el derrocamiento de Pinochet por la fuerza.<sup>271</sup> Provocaron cientos de bajas entre uniformados y civiles.<sup>272</sup> El Gobierno Militar, a través de los organismos de seguridad, no les dio tregua a estos paladines de la violencia y el caos.<sup>273</sup>

Pero, de los opositores, el más importante fue ese sector de la jerarquía de la Iglesia Católica que lideraba el

<sup>268</sup> Véase: CRISTIÁN GAZMURI, *Eduardo Frei Montalva y su época*, Editorial Aguilar, Santiago, 2000, tomo II, pág. 856; ALFREDO JOCELYN-HOLT, *El Chile Perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, págs. 202-203.

<sup>269</sup> A fines de diciembre de 1973, uno de los pocos demócratacristianos que no había apoyado el «11», Radomiro Tomic, le envió una carta al general Leigh, en la cual le dijo: la DC «sigue estando dispuesta a integrarse a un programa revolucionario auténtico» (En: PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, pág. 71).

<sup>270</sup> CAÑAS, *op. cit.*, págs. 110-112. Para una consideración general del tema, véase: IGNACIO WALKER, «Un nuevo socialismo democrático en Chile», en: *Estudios CIEPLAN*, N° 24, junio de 1988, págs. 5-36.

<sup>271</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1342.

<sup>272</sup> CASTILLO (editor), *op. cit.*, desde la pág. 83 en adelante.

<sup>273</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, págs. 264-269 y 345-349.

cardenal Raúl Silva Henríquez y que Rafael Valdivieso llamó la «disidencia clerical». Este grupo protegió a todos los opositores, a través de la Vicaría de la Solidaridad (1976-1990), incluso a aquellos que asesinaban a uniformados y civiles.<sup>274</sup> Pero, además, la «disidencia clerical» utilizó a la Vicaría para oponerse a las reformas políticas y económicas que quería implementar el régimen. ¿Por qué? Porque este grupo había apoyado los cambios estructurales impulsados por los gobiernos de Frei y Allende, aunque discrepando de los métodos empleados por este último.<sup>275</sup> Era el período de la Teología de la Liberación y de la creencia de que el sistema capitalista debía ser reemplazado.<sup>276</sup> En consecuencia, la «disidencia clerical» proporcionó a la disidencia política, sindical y docente espacios de expresión para que pudieran organizarse y criticar las políticas oficialistas.<sup>277</sup> En la misma década, la «disidencia clerical» trabajó lo indecible para conseguir la unión de las fuerzas políticas moderadas, teniendo pleno éxito.<sup>278</sup> Como veremos más adelante, los opositores moderados terminaron acatando la Constitución de 1980 y ganando el plebiscito de 1988. Es importante tener presente que, además del apoyo logístico de la Vicaría, los opositores pudieron mantener o crear diversos centros de investigación en ciencias económicas, políticas y sociales, que generaban información, crítica y estrategias dirigidas contra el régimen militar. También desempeñaron un rol importante los «talleres», que desarrollaban activida-

<sup>274</sup> PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 140-143.

<sup>275</sup> CAÑAS, *op. cit.*, págs. 116-117.

<sup>276</sup> SPATARO, *op. cit.*, desde la pág. 51 en adelante. Se recomienda la lectura de los siguientes libros: *Historia de los cristianos por el socialismo en Chile* (Editorial Vaitea, 1975), de TERESA DONOSO, y *La Iglesia del Silencio en Chile* (Santiago, 1976), de la Sociedad Chilena de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad.

<sup>277</sup> Para la consideración general del tema, véase: GILBERTO ARANDA, *Vicaría de la Solidaridad, una experiencia sin fronteras*, Ediciones Chile-América-Cesoc, Santiago, 2004.

<sup>278</sup> Es una de las principales conclusiones del libro de Aranda.



des teatrales y folclóricas para oponerse al autoritarismo.<sup>279</sup> Incluso, la oposición contó con medios de comunicación, como radios (*Chilena* y *Cooperativa*), diarios (*La Época* y *El Fortín Mapocho*) y revistas (*Análisis*, *Apsi*, *Cauce*, *Hoy*, *La Bicicleta*). En la década de 1980 hubo más revistas políticas antagonistas que partidarias al régimen y la radio *Cooperativa* llegó a ser la de mayor audiencia a nivel nacional.

El de Pinochet fue, asimismo, un régimen autoritario, porque él y la Junta de Gobierno se atuvieron siempre a la ley. Pinochet «en ninguna ocasión empleó... el decreto de insistencia para forzar la implementación de actos inconstitucionales y/o ilegales».<sup>280</sup> Y, como dijimos, no podía cambiar la ley sin la voluntad de los miembros de la Junta. «Miradas así las cosas, es perfectamente sostenible que el régimen militar no fue dictatorial, sino autoritario».<sup>281</sup> Otra prueba de que el de Pinochet fue un régimen autoritario es el hecho de que toleró la existencia de una oposición que llegó a alcanzar un alto grado de organización. No hubo, entonces, un control total de las estructuras políticas (sincronización plena), rasgo característico del totalitarismo. En consecuencia, tal como afirma Huneeus, «no se trató de un régimen fascista, como lo denunciaron sectores de izquierda en los años '70, ya que hubo una sincronización limitada y careció de instituciones del totalitarismo, como el partido único y una ideología rectora».<sup>282</sup> Incluso, hasta Tomás Moulian reconoce que no fue un régimen fascista.<sup>283</sup>

Pero se trató de un autoritarismo predemocrático y revolucionario. Predemocrático,<sup>284</sup> porque asumió y cumplió

<sup>279</sup> Todo, en: CAÑAS, *op. cit.*, págs. 126-130.

<sup>280</sup> BARROS, *op. cit.*, págs. 139-140.

<sup>281</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1321. Lo mismo opina Miguel Nantes en su libro *Ojo: no tropieces en la misma piedra* (Editorial Universitaria, Santiago, 1999), págs. 42-43.

<sup>282</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 67-68.

<sup>283</sup> TOMÁS MOULIAN, *Chile actual, anatomía de un mito*, Editorial LOM, Santiago, 2002, págs. 245-246.

<sup>284</sup> «Existen dos tipos de gobiernos autoritarios:» 1. «Predemocrático: Cuando

el compromiso de reconstruir la democracia que los partidos ideológicos habían destruido. Y revolucionario, porque llevó a cabo una profunda transformación económica del país. Es que, como bien ha dicho el periodista estadounidense James Whelan, el Gobierno del general Pinochet llevó a cabo «una revolución, que puso fin a medio siglo de marcha casi ininterrumpida hacia el socialismo e instaló en su lugar el sistema más decididamente libremercadista ("capitalista") quizás de todo el hemisferio, incluido Estados Unidos de 1988».<sup>285</sup> Lo que había ocurrido en Chile «era una auténtica revolución capitalista», dijeron los analistas internacionales Juan Martínez y Álvaro Díaz, quienes tipificaron la instalación del modelo neoliberal en el mundo.<sup>286</sup> Moulian también reconoce que el Gobierno Militar materializó una «revolución capitalista», que «era compatible con la época histórica y representaba un avance dentro del desarrollo capitalista» y que «generó posibilidades de romper el estancamiento precedente, de desarrollar las fuerzas productivas y de impulsar nuevas energías de creatividad, todo esto en un marco dado de relaciones sociales, las del mercado de trabajo flexibilizado y de posfordismo».<sup>287</sup>

Como se ha demostrado, Chile tuvo un régimen autoritario en el período 1973-1990, específicamente predemo-

es transitorio y contempla los mecanismos para derivar en un gobierno democrático. Ejemplo: Gobierno Militar de Chile». 2. «No democrático: El gobierno es de carácter permanente y no existen esos mecanismos para derivar en la democracia. Este esquema se institucionaliza, transformándose en un Estado autoritario. Ejemplo: España con Franco, Uruguay con Bordaberry». «El Estado totalitario siempre será ilegítimo. Para determinar la legitimidad de los gobiernos democráticos y autoritarios hay que atenderse a la eficacia, al rumbo ético que adopte y su justificación» (GONZALO ROJAS S., MARCELA ACHURRA G. y PATRICIO DUSSAILLANT B. -editores, *Derecho político. Apuntes de las clases del profesor Jaime Guzmán Errázuriz*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1996, págs. 108-109.

<sup>285</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 928.

<sup>286</sup> J. MARTÍNEZ y A. DÍAZ, *The great transformation*, Genova, 1996. Citado en: GABRIEL SALAZAR y JULIO PINTO, *Historia contemporánea de Chile*, volumen I, Editorial Lom, Santiago, 1999, pág. 100.

<sup>287</sup> MOULIAN, *op. cit.*, pág. 247.



crático y revolucionario. No fue una mísera y cerrada dictadura como la de Fidel Castro. Pinochet siempre se refería a su Gobierno como una «dictablanda». «Si la de Pinochet fue una dictadura, fue una dictadura provisoria» y, «cuando las circunstancias lo permitieron, tolerante», dijo el periodista italiano Mario Spataro. Con respecto a los regímenes de Pinochet y Castro, el papa Juan Pablo II se pronunció en 1987: «Pinochet», le explicó el Papa a un periodista italiano que cubría su visita a Chile, «es por decisión propia un dictador ocasional, que un día, tarde o temprano, no estará más en el poder. Fidel Castro, al contrario, hace parte de un sistema dictatorial y, por lo tanto, a su muerte, si no se verifica un sorprendente cambio del cuadro político, el sistema dictatorial por él instaurado le sobrevivirá».<sup>288</sup> Nadie puede, fundadamente, negar que el análisis comparativo del Santo Padre sea certero.



<sup>288</sup> Todo, en: SPATARO, *óp. cit.*, pág. 238.

### III

En este estado del relato es cuando conviene tratar la figura del general Augusto Pinochet Ugarte (1915-2006), líder del régimen militar.

El 11 de septiembre de 1973 Pinochet tenía 58 años. Era alto (un metro ochenta y tres centímetros, aproximadamente), «erguido como una baqueta y de fuerte complexión».<sup>289</sup> «En un rostro usualmente adusto e impenetrable», destacaban «los ojos vivos, pequeños y azules...».<sup>290</sup> Su cara se veía «coronada por una tupida mata de pelo negro, gris en las sienes, partido al medio y cepillado hacia atrás». Tenía «cejas gruesas, una nariz leonina», «mejillas prominentes» y «un bigote fino».<sup>291</sup> Era un individuo preocupado de su apariencia, impresionaba de uniforme y tenía buen gusto para elegir su vestuario de civil. «Buen terno, buena corbata y buena facha tiene el general Pinochet» -suspiran todavía, acercándose los años 90, Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux.<sup>292</sup>

El reconstructor de Chile fue un hombre inteligente,<sup>293</sup> «muy equilibrado»,<sup>294</sup> «disimulado, desconfiado, sagaz y ladino».<sup>295</sup> También fue un individuo de pocas palabras,<sup>296</sup> de «fuerte carácter»<sup>297</sup> (aunque podía llegar a ser «extraordinariamente simpático»), tenía «sentido del humor» y «una

<sup>289</sup> WHELAN, *óp. cit.*, pág. 577.

<sup>290</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1321.

<sup>291</sup> WHELAN, *óp. cit.*, pág. 577.

<sup>292</sup> En: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 440.

<sup>293</sup> «Nadie puede dudar de su capacidad (la de Pinochet) para aislar dos o más variables cruciales de un problema y atinar en su solución. Es lo que se suele llamar inteligencia, ¿verdad?» (Sergio de Castro a Patricia Arancibia, 2003, citado en: VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1319).

<sup>294</sup> PATRICIA ARANCIBIA y FRANCISCO BALART, *Conversando con el general Julio Canessa Robert*, Editorial Biblioteca Americana, Santiago, 2006, pág. 172.

<sup>295</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1321.

<sup>296</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 439.

<sup>297</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 162.



capacidad de ironía sorprendente»),<sup>298</sup> de acción (el «terrible hombre de los hechos»),<sup>299</sup> de «rapidez en las decisiones»<sup>300</sup> y de «una extraordinaria autodisciplina y capacidad de trabajo».<sup>301</sup>

En el plano profesional, Pinochet era un militar «conocido por su capacidad de trabajo y de organizar bien las cosas»,<sup>302</sup> experto en geopolítica y, además, tenía una sólida formación en historia y geografía, tanto de Chile como universal.<sup>303</sup> Antes de convertirse en jefe de Estado, había escrito varios libros (*Geografía Militar*, 1967; *Geopolítica*, 1968; *Síntesis Geográfica de Chile, Argentina, Perú y Bolivia*; *Geografía de Chile*, 1968; *La Guerra del Pacífico: Campaña de Tarapacá*, 1972), que en opinión del diario comunista *Puro Chile* eran «muy interesantes y didácticos» y habían «interesado también a los lectores civiles, por el gran conocimiento y pedagogía con la que desarrolla sus materias; por su lenguaje objetivo y claro, y porque siempre se encuentran en ellos un

<sup>298</sup> RAQUEL CORREA y ELIZABETH SUBERCASEAUX, *Ego sum Pinochet*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1989, pág. 12.

<sup>299</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 375.

<sup>300</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 24.

<sup>301</sup> FERNANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 397. «Era un hombre muy activo. En una ocasión, Pinochet reconoció: "Nunca descanso. No siento necesidad". Dormía siete horas ("De acuerdo al reglamento", decía). Todo lo hacía por reloj» (FREDDY TIMMERMANN, *El factor Pinochet*, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, 2005, pág. 408). «Le encantaba el deporte: practicó, en diversos grados de competencia y momentos, la lucha romana, la esgrima, el karate y el tiro -tenía excelente puntería-, y con enorme esfuerzo -pues carecía de habilidades ecuestres- llegó a ser un jinete diestro» (VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 51). «En la década del ochenta, aún se levantaba a las 5:30 hrs. a hacer pesas y en la noche realizaba gimnasia» (TIMMERMANN, *op. cit.*, pág. 408). Desde joven Pinochet tuvo una dieta moderada (VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 52), la que (producto de una diabetes progresiva) se tornó muy estricta a partir de la década de 1980 (VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 439-440). No fumaba (TIMMERMANN, *op. cit.*, pág. 408), casi nunca bebía alcohol y su vida social era más bien escasa (VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 439-440).

<sup>302</sup> FERNANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 397.

<sup>303</sup> ALVARO PINEDA DE CASTRO, *Pinochet: Verdad y ficción*, Vassallo de Mumbert, Madrid, 1981, págs. 46 y 65-67.

gran fondo e interpretaciones trascendentes».<sup>304</sup> Durante y después de ejercer la presidencia, escribió otros libros, entre ellos: *El Día Decisivo. 11 de septiembre de 1973* (1980), *Política, politiquería y demagogia* (1983) y *Camino recorrido. Memorias de un soldado* (1991).

Antes de la madrugada del 11 de septiembre de 1973, Pinochet había tenido una experiencia política: intendente subrogante de Tarapacá (1969). El presidente Frei Montalva lo nombró en el cargo. Pinochet desempeñó este cargo como civil, no como militar.<sup>305</sup> No cabe duda, como dice Gonzalo Rojas, de que Pinochet pudo ejercer el cargo de presidente gracias a su formación como general.<sup>306</sup> Augusto Pinochet es el gobernante que, en Chile, ha ostentado por más tiempo la categoría de jefe de Estado (16 años y medio), superando a los gobernadores del período colonial, con los que compartió el título de capitán general, pues ejerció la jefatura del Estado y la dirección del Ejército «con celosa simultaneidad».<sup>307</sup> «La estructura de legitimación de su poder y autoridad tuvo un doble origen: castrense, por ser comandante en jefe del Ejército, y legal-institucional por lo que le confiere su carácter de Presidente de la República».<sup>308</sup> En pocos casos de la historia de Chile la asimilación presidencia-presidente ha sido tan intensa. «Augusto Pinochet es por sobre todo, ante la mirada histórica, presidente, y toda su acción es directiva, gubernamental, de mando supremo de la nación».<sup>309</sup>

Pinochet logró mantener la unidad de las instituciones de la Defensa Nacional y la adhesión (hasta la crisis económica que estalla en 1982) de al menos dos tercios de

<sup>304</sup> *Puro Chile*, 13/10/1972, citado en: GONZÁLEZ y FONTAINE, *op. cit.*, pág. 481.

<sup>305</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 110.

<sup>306</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 17.

<sup>307</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>308</sup> CAÑAS, *op. cit.*, pág. 58.

<sup>309</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 9.



la población.<sup>310</sup> Durante su Gobierno hubo varias concentraciones populares de respaldo a su persona. Pinochet no temía a las multitudes y, antes bien, solía mezclarse con ellas.<sup>311</sup> Pinochet recorrió el país de punta a cabo, hasta sus menores localidades (fue el primer jefe de Estado en visitar la Isla de Pascua), para interiorizarse de las necesidades y problemas de sus compatriotas.<sup>312</sup> No se puede dejar de mencionar el trabajo social de la señora Lucía Hiriart, primera dama de la Nación, quien a través de CEMA-Chile y otros organismos prestó una útil y extensa asistencia social. La popularidad de Pinochet se manifestó en los triunfos que el mandatario obtuvo en la consulta de 1978<sup>313</sup> y en el plebiscito de 1980.<sup>314</sup> El primero le otorgó apoyo ante los ataques de Naciones Unidas, sobre los que se dan detalles más adelante. El segundo significó la aprobación de una nueva Constitución y la prolongación de su mandato. Si bien es cierto que la consulta y el plebiscito se efectuaron

<sup>310</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, pág. 244.

<sup>311</sup> PINEDA DE CASTRO, *op. cit.*, pág. 55. El ex presidente Eduardo Frei Montalva, en una carta que le envió a Eugenio Ortega, el 7 de marzo de 1977, da cuenta de la popularidad de Pinochet: «Ayer (6 de marzo de 1977) fui al Estadio a ver el partido Chile-Perú. Nunca he visto un Estadio más repleto. A ese Estadio repleto y ya oscuro porque había luz artificial, llegó Pinochet. Hubo un aplauso de todo el Estadio. No puedo asegurarle si las galerías se pusieron de pie, pero en la parte en que yo estaba, en las galerías colindantes a las marquesinas, en una de cuyas orillas estaba, vi que se ponían de pie. No hubo un solo chiflido. Quedé muy impactado. A mí todo el mundo me saludó en forma especialmente cordial. Donde yo estaba había mucho pueblo, y la verdad es que cuando llegó Pinochet se pararon como movidos por un resorte y aplaudían a rabiar. Este es el Chile de hoy» (En: GAZMURI, *op. cit.*, tomo II, pág. 902).

<sup>312</sup> Véase: LABBE, *Un compromiso de honor*, pág. 79; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 164-166, 263-264, 366-367, y tomo II, págs. 506-507, 605-606 y 795.

<sup>313</sup> «Más de 4,1 millones se pronunciaron afirmativamente. Ello equivalía al 75,3%. Incluso en la Región Metropolitana, tradicionalmente más crítica, el "Sí" obtuvo un 69% (...) Por el "No" se pronunciaron 1.130.185 personas, esto es, el 20,39%» (FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 21).

<sup>314</sup> «Concurrieron a las urnas 6.271.869 (un 12,68% más que en la Consulta Nacional del 4 de enero de 1978), de los que un 67,04% votó por el "Sí" y un 30,19% por el "NO"» (RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 222).

sin registro electoral y bajo estado de excepción vigente en todo el territorio nacional, era evidente que la mayoría de la ciudadanía apoyaba a Pinochet y su régimen.<sup>315</sup> No es un misterio que la crisis económica de la primera mitad de la década de 1980 mermó enormemente la popularidad de Pinochet.<sup>316</sup> Pero, de todas formas, siguió disfrutando de un significativo respaldo ciudadano. «No fue una casualidad que obtuviera el 43% de los votos en el plebiscito de 1988, resultado que no logró ninguno de los dictadores de Europa del Este, quienes en su momento debieron abandonar el poder presionados por el pueblo».

Pinochet «aprendió con bastante rapidez a desenvolverse en política» y exhibió habilidad para escoger a sus colaboradores.<sup>317</sup> Mostró un notable poder de persuasión para atraer a importantes líderes políticos, como los ex presidentes Jorge Alessandri y Gabriel González Videla y distinguidos ex ministros y parlamentarios. Y, como dijimos, contó con el apoyo de los nacionalistas, de los «alessandristas», de los gremialistas, de los ex militantes del PN y de los *Chicago Boys*. Pinochet fue capaz de involucrar en su proyecto a todas estas personalidades y grupos, «lo que fue acompañado de un gran pragmatismo para conciliar sus discrepancias y para las designaciones del personal burocrático y político, ejerciendo... un poder arbitral». Si contemplamos en una mirada de conjunto el período, resulta claro que gremialistas y *Chicago Boys* fueron los principales grupos de poder del régimen militar.

El elevado número de ministros (133) «se explica por la tendencia de Pinochet a no realizar enroques ministeriales, sino a incorporar nuevas caras». Tampoco «llevó

<sup>315</sup> Véase: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, págs. 280-281 y tomo II, págs. 422-423; FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 21.

<sup>316</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 580.

<sup>317</sup> Todo, en: HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 131 y 133. Los historiadores Gonzalo Rojas Sánchez y Alan Angell señalan que Pinochet fue hábil para elegir a sus colaboradores (ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 29 y nota 102).



al gabinete a personas ligadas a él, ya sea por amistad o relaciones familiares, por lo que no pudo ser acusado de nepotismo».<sup>318</sup> Es importante señalar que «la salida del gabinete no dejaba resentimientos que provocaran un rechazo político a Pinochet, puesto que» el capitán general «se preocupaba de que los ex ministros siguieran vinculados al Gobierno, y mantenía con ellos una relación personal, siendo invitados a las principales ceremonias del Ejército. En caso de que la salida del gabinete no hubiese sido fácil se le ofrecía otro cargo, como el de embajador».<sup>319</sup> También Pinochet tuvo «interés y entusiasmo por incorporar y entregarle altas responsabilidades a la juventud de nuestra patria. Algunos llegaron directamente del sector privado a cargos ministeriales y otros colaboradores en cargos menores fueron nombrados ministros por su capacidad».<sup>320</sup>

Pinochet tuvo «gran capacidad de absorber nuevas ideas, después de desconfiar de ellas en primer lugar». Así, pudo «seleccionar las políticas que han quedado como la marca de la modernización».<sup>321</sup> Medía «adecuadamente los tiempos para tomar las decisiones más acertadas». «Analizaba detenidamente las distintas materias que debía resolver, tanto como miembro de la Junta de Gobierno, como en su calidad de Presidente».<sup>322</sup> Trabajaba «con planificación, apreciación, idea general de acción, objetivos y metas, misiones y control», era «una secuencia que una y otra vez»

<sup>318</sup> Y argumenta Huneeus: «Las únicas excepciones tuvieron sólidas justificaciones. Su prima, Mónica Madariaga, quien fue su asesora legal, era una eficiente funcionaria de la Contraloría General de la República y tenía un cargo académico en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Su amigo, el empresario Manuel Martín, que fue por algunos meses ministro de Economía en 1983, entró al gabinete en un momento en que no disponía de funcionarios de confianza para ocupar puestos en el equipo económico, y era una persona que gozaba de prestigio en el sector empresarial» (Todo, en: HUNEEUS, *óp. cit.*, págs. 65 y 159).

<sup>319</sup> HUNEEUS, *pág.* 159.

<sup>320</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 163-164.

<sup>321</sup> FERNANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, *pág.* 400.

<sup>322</sup> HUNEEUS, *óp. cit.*, págs. 133 y 145.

se repetía, «hasta formar cultura y –más aún– naturaleza de conducción política estratégica y táctica». Tenía «el talento excepcional de combinar la determinación estratégica con la habilidad táctica». Impresionaba «especialmente su sentido de ordenar las cosas para alcanzar los objetivos y metas trazados. Su comprensión de la realidad y sus densidades e intensidades» era «táctil».<sup>323</sup> No cabe duda de que «demostró ser un táctico magistral capaz de emplear con gran agudeza sus considerables recursos de poder para así ir sorprendiendo a sus opositores, tanto dentro como fuera del gobierno».<sup>324</sup>

Para resolver sobre materias de importancia, Pinochet consultaba diversas opiniones, con sus respectivos respaldos, para conocer todos los matices sobre un tema. Es que no se conformaba con la opinión que le daba un ministro en particular. No porque desconfiara. Simplemente no se entregaba a ninguno, porque el que mandaba era él, y para eso requería independencia. Por esta razón, constituyó órganos asesores que le facilitaron la tarea de examinar minuciosamente las informaciones y propuestas que emanaban de los ministros. Estos órganos estuvieron a cargo de militares excepcionales: el Comité Asesor que creó y dirigió el coronel Julio Canessa Robert; el Estado Mayor Presidencial dirigido sucesivamente por los generales Sergio Covarrubias (su creador), René Escauriaza y Santiago Sinclair; el Comité Asesor Presidencial a cargo del entonces brigadier Roberto Guillard; la Secretaría General de la Presidencia, dirigida por el ya mencionado Sinclair y otros generales que le sucedieron. Pero, igualmente, consultaba a todo aquel que consideraba competente (uno de los civiles más consultados fue el genial Jaime Guzmán). Lo importante era contrastar

<sup>323</sup> Francisco Javier Cuadra, ministro secretario general de Gobierno desde noviembre de 1984 hasta julio de 1987, citado en: TIMMERMANN, *óp. cit.*, *pág.* 384.

<sup>324</sup> ARTURO VALENZUELA, *Los militares en el poder: la consolidación del poder unipersonal*, págs. 77-78, citado en: TIMMERMANN, *óp. cit.*, *pág.* 384.



opiniones para la toma de decisiones.<sup>325</sup> «Otro aspecto que hay que destacar era su capacidad para mantenerse firme en las resoluciones adoptadas». Nunca zanjaba situaciones «y luego, sin haber razones de peso», cambiaba «su parecer. En él primaba sí un gran pragmatismo y si lo resuelto no ayudaba a solucionar el problema, reanalizaba la situación y adoptaba un nuevo camino».<sup>326</sup>

Digamos, por último, que la capacidad de «maniobra en crisis» de Pinochet era un «talento excepcional» que este poseía.<sup>327</sup> El presidente Pinochet crecía en la adversidad,<sup>328</sup> que fue una constante de su Gobierno.

<sup>325</sup> Al respecto, véase: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 27-39, y tomo II, Editorial Zig-Zag, Santiago, 2000, págs. 492 y 501-502; CANESSA y BALART, *op. cit.*, págs. 258-262; HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 144-148 y 153-160; VIAL, Pinochet, la biografía, tomo II, págs. 374-375.

<sup>326</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 163.

<sup>327</sup> Francisco Javier Cuadra, citado en: TIMMERMANN, *op. cit.*, pág. 381.

<sup>328</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 162-164.

## IV

El proceso de reconstrucción nacional tuvo que enfrentar serios obstáculos, que trataremos sucintamente.

### 1. Una guerra subversiva

El 11 de septiembre de 1973 no hubo guerra civil. Al contrario de lo que creía la izquierda, las FFAA y de Orden no se dividieron. Esta cohesión, dijimos, la permitió el general Pinochet. Él evitó la guerra fratricida que hubiera causado, según predecía el general Carlos Prats, cientos de miles de muertos. Los militares tomaron rápidamente el control del país e impidieron la proliferación de focos de resistencia generalizados. Al finalizar 1973, tras un breve período de resistencia armada, los grupos armados de la UP podían considerarse derrotados.<sup>329</sup>

Entonces, ¿qué pasó con la presencia paramilitar extranjera? Es plausible sostener que los cubanos usaron sus credenciales diplomáticas para regresar a Cuba<sup>330</sup> y que los guerrilleros de diversas nacionalidades se camuflaron entre los miles de extranjeros que obtuvieron salvoconductos para abandonar Chile. «Luego del 11 de septiembre y hasta marzo siguiente, más de 3 mil 500 extranjeros salieron de Chile en calidad de asilados, refugiados o expulsados».<sup>331</sup> También fueron miles de chilenos los que atiborraron las embajadas buscando asilo. Es lógico pensar que la mayoría de estos individuos se refugiaron porque habían cometido tropelías durante el Gobierno de la UP. No pocos paramilitares nacionales y extranjeros huyeron hacia la Argentina y

<sup>329</sup> PÉREZ DE ARCE, *Indebido proceso*, pág. 25.

<sup>330</sup> La mayoría de los cubanos que ingresaron al Chile de Allende figuraban como diplomáticos. Es el caso de Patricio de la Guardia Font y de Manuel Piñeiro Losada, alias *Barbarroja* (ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 132-134 y nota 253).

<sup>331</sup> *La Segunda*, 13/07/1990, págs. 16-17.



otras latitudes a través de la enorme cantidad de pasos no controlados.<sup>332</sup> «En medio del éxodo de extranjeros y chilenos pasó inadvertido el hecho de que retornaron aproximadamente veinte mil chilenos que habían huido durante los años de Allende. Ese número fue aproximadamente igual al número de chilenos que se fueron después del golpe».<sup>333</sup>

Lamentablemente, los derrotados por el 11 de septiembre de 1973 no se resignaron. Y, con el apoyo económico y militar de la URSS y sus satélites, especialmente Cuba y Alemania del Este, organizaron entonces la subversión armada que se desarrolló durante todo el Gobierno Militar.<sup>334</sup> Entre 1974 y 1982, el MIR lideró las acciones terroristas y subversivas contra el orden establecido. En 1983, el PC creó el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Desde ese año, el MIR y el FPMR combatieron simultáneamente contra el Gobierno Militar, aunque los rodriguistas pasaron a ser los actores principales y los miristas los secundarios. Estos grupos actuaban bajo los mismos cánones: terrorismo selectivo, emboscadas urbanas, guerrilla rural, sabotaje contra los servicios públicos y asaltos financieros. En 1988 apareció otro grupo subversivo: el Movimiento Lautaro, que adquirió su propio «récord» de atentados criminales de distinta tipificación.<sup>335</sup> Para hacerse una idea de la tenaz perseverancia de la actividad subversiva en Chile, es útil recordar

<sup>332</sup> JOSÉ ANTONIO QUINTEROS, *El espíritu a la cárcel*, Editorial Fiat Lux Editora, Santiago, 2004, pág. 305.

<sup>333</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 543.

<sup>334</sup> Véase: SPATARO, *op. cit.*, págs. 234-237 y 303-311; VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 446-450, 481 y 540; JOHN O. KOEHLER, *Stasi, The untold story of the East German secret police*, West view Press, 1999, págs. 311-315; MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Una persecución vergonzosa*, págs. 92-98; ORLANDO MILLAS, *Memorias 1957-1991: Una digresión*, Editorial Lom, Santiago, 1996, págs. 186-190; HANS VON HUYN, *op. cit.*, pág. 281.

<sup>335</sup> Véase: CASTILLO (editor), *op. cit.*, desde la página 83 en adelante, LUIS HEINECKE SCOTT, *Chile crónica de un asedio*, Sociedad Editora y Gráfica Santa Catalina S.A., Santiago, 1992, tomo IV, desde la página 16 en adelante; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 60-76 y 215-246 y tomo II, págs. 541-580.

que en 1986 el FPMR intentó asesinar al presidente Pinochet después de que los servicios de seguridad descubrieran que (con la ayuda de marxismo internacional y particularmente de Cuba) este grupo había internado al país (concretamente en Carrizal Bajo, distante unos noventa kilómetros de Vallenar, Región de Atacama) varias decenas de toneladas de armamentos, municiones y explosivos para equipar varios batallones de combate guerrillero y desatar una sublevación popular con el fin de terminar con el régimen.<sup>336</sup>

El Gobierno Militar combatió con decisión a los grupos subversivos. Los organismos de seguridad más importantes fueron la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y la Central Nacional de Inteligencia (CNI). Como en todo enfrentamiento entre fuerzas regulares e irregulares, hubo bajas. De acuerdo con los polémicos y cuestionados informes de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991) y de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (1996),<sup>337</sup> entre 1973 y 1990, el total de víctimas fatales habría sido de 3.197, incluyendo a los ejecutados (muchos de ellos desaparecidos hasta hoy) por agentes del Estado, a los terroristas muertos en combate y a los civiles y uniformados muertos por acciones terroristas y subversivas. No podemos dejar de mencionar que entre fines de 2008 y principios de 2009 se descubrieron siete casos de falsos detenidos-desaparecidos, lo que cuestionó aún más la credibilidad del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación y redujo el número total de víctimas fatales a 3.190. Más de la mitad de las muertes se produ-

<sup>336</sup> Para la consideración general del tema, véase: PAULA AFANI, *Carrizal, veinte años después*, Editorial Maye, Santiago, 2006; LUIS HEINECKE SCOTT, *Verdad y justicia en caso arsenales y atentado presidencial. Operaciones subversivas político militares Chile 1986*, Centro de Estudios Nacionales del Cono Sur, Santiago, 1996.

<sup>337</sup> Véase: PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 107-123; y la crítica de la Corte Suprema al informe en: *Estudios Públicos*, N° 42, otoño de 1992, págs. 273-250.



jeron en los últimos cuatro meses de 1973. Hubo un alto número de personas que perdieron la vida en los tres años siguientes a 1973 (421 en 1974, 150 en 1975 y 164 en 1976), disminuyendo luego la cantidad: 44 en 1977, 21 en 1978, 22 en 1979, 27 en 1980, 44 en 1981 y 14 en 1982. Durante el período 1983-1986 nuevamente se eleva el número de muertos (94 en 1983, 90 en 1984, 79 en 1985 y 67 en 1986),<sup>338</sup> lo que se debió a las violentas protestas acaecidas en el contexto de la grave crisis económica desencadenada en 1982, pero también por el incremento de la actividad terrorista.<sup>339</sup> En el período 1987-1990, el número de muertos se redujo aún más: 51 en 1987, 48 en 1988, 33 en 1989 y 5 en 1990.<sup>340</sup>

De acuerdo con un informe de dudoso valor histórico y jurídico, la prisión política y tortura, a lo largo del Gobierno Militar, habría afectado al 0,3% de la población (unas 27.000 personas) y no alcanzaría ni al 2% de los electores de la UP en las parlamentarias de 1973. Y del total de detenidos, la inmensa mayoría obtuvo rápidamente la libertad (a menudo de muy contados días).<sup>341</sup> La tortura no era ajena a la tradición histórica de nuestro país. En Chile, antes de 1973 y por largos años, hubo varios casos de tortura por motivos políticos, que afectaron a personas de distintas tendencias y que fueron perpetrados por ciertos funcionarios policiales. Durante el Gobierno de la UP las denuncias de torturas implicaron al director (Eduardo Paredes) y al subdirector (Carlo Toro, de militancia comunista). Más aún, se puede sostener que los apremios ilegítimos eran habituales, tradicionales y antiguos en los procedimientos policiales

<sup>338</sup> En: HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 41.

<sup>339</sup> LUIS HEINECKE SCOTT, *Chile, crónica de un asedio*, Sociedad Editora y Gráfica Santa Catalina S.A., Santiago, 1992, tomo I, pág. 95.

<sup>340</sup> En: HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 41.

<sup>341</sup> Véase: Especial de GONZALO VIAL sobre el Informe de la Tortura, I, II y III, en: *La Segunda*, 1, 2 y 3 de diciembre de 2004; *Réplica de historiadores: Disenso con la historia*, Concepción, Chile, viernes 17 de diciembre de 2004; PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 153-158.

chilenos. En consecuencia, «era difícil esperar que bajo un régimen autoritario, inicialmente improvisado, no preparado para gobernar, surgido de una emergencia histórica y amenazado por miles de guerrilleros y terroristas armados, no hubieran existido casos de tortura».<sup>342</sup>

Otro tema por mencionar es el de la Operación Cóndor, pues se ha logrado mostrarlo como un acuerdo delictual de los gobiernos del Cono Sur en los años 70 para «liquidar» a los «opositores políticos». La verdad es muy diferente, pues fue un sistema de inteligencia que permitió a los organismos de seguridad de los países sudamericanos hacer frente a la Junta Coordinadora Revolucionaria, integrada por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros de Uruguay y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile. La Junta Coordinadora Revolucionaria –con el patrocinio de Cuba– logró fortalecer y coordinar las acciones subversivas y terroristas en América del Sur. El terrorismo latinoamericano no fue una travesura de críos.<sup>343</sup> Jorge Masseti, un ex guerrillero argentino, ha hecho una estremecedora confesión: «Hoy puedo afirmar que por suerte no obtuvimos la victoria, porque de haber sido así, teniendo en cuenta nuestra formación y el grado de dependencia de Cuba, hubiéramos ahogado el continente en una barbarie generalizada. Una de nuestras consignas era hacer de la Cordillera de los Andes la Sierra Maestra de América Latina, donde primero hubiéramos fusilados a los militares, después a los opositores, y luego a los compañeros que se opusieran a nuestro autoritarismo» (*Furor y delirio*, 1999).<sup>344</sup>

<sup>342</sup> Todo, en: PÉREZ DE ARCE, *Indebido proceso*, págs. 95-116.

<sup>343</sup> Véase: PÉREZ DE ARCE, *Indebido proceso*, págs. 138-142; PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 227-230.

<sup>344</sup> En: PIÑERA, *Una casa dividida*, pág. 38.



Debe tenerse presente que no existe hasta hoy ningún hecho concreto que vincule al presidente Pinochet con ningún crimen de los que se les imputan a varios miembros de los institutos uniformados u organismos de seguridad,<sup>345</sup> incluyendo el caso de la llamada «Caravana de la muerte»<sup>346</sup> y los asesinatos de dos ex autoridades de la UP en el extranjero.<sup>347</sup> Entonces, ¿qué pasa con la «verticalidad del mando»? Dicha «verticalidad» puede justificar la responsabilidad administrativa de Pinochet, pero no criminal, pues no demuestra su conocimiento ni menos haber dispuesto el delito. Es un hecho que Pinochet no tuvo nada que ver con la operatoria de ninguno de los organismos de seguridad. No le correspondía hacerlo. La operatoria dependía exclusivamente del director del organismo.<sup>348</sup> Pero esto no significa que no hubiese hecho nada. Dijimos que a partir de 1974 las víctimas fatales fueron disminuyendo año tras año. Esto, como consecuencia directa de la revisión y modificación de las medidas de seguridad y de las políticas antisubversivas llevadas a cabo por él.<sup>349</sup> Una de las decisiones más importantes fue la de disolver la DINA (organismo que había te-

<sup>345</sup> Véase: GONZALO VIAL, «Augusto Pinochet (1915-2006)», en: *La Segunda*, 11 de diciembre de 2006; VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, desde la página pág. 693 en adelante.

<sup>346</sup> Fusilamiento de algunas decenas de personas en distintas ciudades del país -septiembre-octubre de 1973-, asociadas al viaje de una comitiva cuyo jefe era un «oficial delegado» de Pinochet: el general Sergio Arellano Stark. En el libro *La verdad del juicio a Pinochet* (Editorial El Roble, Santiago, 2001), de Hermógenes Pérez de Arce, que refuta el libro *Los zarpazos del puma*, de Patricia Verdugo, se establece que: 1) la misión del «oficial delegado» era revisar, acelerar y uniformar los juicios de guerra y garantizar a los presos su derecho a defensa y 2) ni Arellano ni Pinochet tuvieron participación en los crímenes que se le imputan a la comitiva, si bien, en rigor, hubo miembros de ella que, por sí y ante sí y sin conocimiento de sus mandos, participaron en ellos, junto con elementos de los regimientos locales.

<sup>347</sup> Nos referimos al general Carlos Prats y su señora (Buenos Aires, 30/09/74) y al ex ministro Orlando Letelier y su secretaria (Washington, 21/09/76). Todo, en: PÉREZ DE ARCE, *Terapia para cerebros lavados*, págs. 213-218 y 230-232.

<sup>348</sup> Todo, en: VIAL, «Augusto Pinochet (1915-2006)», óp. cit. y VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 700-706.

<sup>349</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 215-240.

nido un único director: el general Manuel Contreras). En su reemplazo creó la CNI. Contreras sería, por algunos meses, su director. El sucesor de Contreras fue el general Odlanier Mena, quien transformaría a la CNI en un servicio de seguridad normal, con abusos, sin dudas, pero menores en número. Pero no se puede olvidar que la DINA había tenido completamente neutralizados a los grupos subversivos. Mena permaneció en el cargo hasta 1980. Durante el resto de su existencia la CNI incurrió en ciertos errores operativos que se manifestaron en algunos episodios represivos de mucha ilegalidad y en la incapacidad para prevenir el atentado a Pinochet.<sup>350</sup>

Es importante tener presente que si no hubiese existido la subversión armada, no habría sido necesario el combate antisubversivo. Las fuerzas regulares combatieron contra guerrilleros, mercenarios y delincuentes que causaron cientos de bajas, entre muertos y heridos. Las víctimas fueron, mayoritariamente, militares y carabineros. Es sabido que los organismos de seguridad incurrieron en excesos, debido a las características del combate contra los extremistas. Así ha ocurrido en todos los países en los que se han producido guerras subversivas, incluso hasta en los más civilizados, como Inglaterra. Con todo, no se puede menos que estar agradecido de todos aquellos militares y civiles que impidieron que los grupos subversivos se enseñorearan de Chile. Es lo que ocurrió en Perú con Sendero Luminoso y en Nicaragua con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Por ejemplo, a Sendero Luminoso se le atribuye responsabilidad por la muerte de entre veinticinco mil y treinta mil personas. El FSLN arrastró a Nicaragua a dos guerras civiles. En la primera (que provocó la caída del presidente Anastasio Somoza en 1979) murieron entre veinticinco mil y treinta y cinco mil personas y en la segunda (con los sandinistas en el poder y que duraría hasta finales

<sup>350</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 547-549 y 694.



de los 80) el costo humano de la guerra se sitúa entre los cuarenta y cinco mil y cincuenta mil muertos, civiles en su mayoría.<sup>351</sup> No se puede omitir el drama de los colombianos, cuyo país ha sido sometido por los grupos guerrilleros marxistas (principalmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC) «a un verdadero genocidio espiritual, psicológico y material».<sup>352</sup> Lo ocurrido en estos países pudo haber sido el destino de Chile, pero nuestros organismos de seguridad lo impidieron. Téngase presente que la internación de 80 toneladas de material bélico a Chile<sup>353</sup> por parte del comunismo internacional tenía como objetivo formar un verdadero ejército guerrillero. Si las FFAA y de Orden no hubieran encontrado «gran parte de ese material (alrededor de 53 toneladas), se puede tener la certeza de que la guerra civil abierta, con frentes establecidos, se hubiera formalizado en Chile».<sup>354</sup> Nuestro país, como deseaba el dirigente comunista Luis Corvalán, se habría transformado en una segunda Nicaragua.<sup>355</sup> También el intento de magnicidio del presidente Pinochet pudo haber producido el máximo de caos en la república. El frentista Mauricio Norambuena, el *Comandante Ramiro*, reconoció que de haber tenido éxito el atentado a Pinochet (la *Operación Siglo XX*), el 7 de septiembre de 1986 (prácticamente un mes después de que la CNI efectuara los primeros hallazgos y detenciones del caso «Arsenales de Carrizal Bajo»), hubiese comenzado una sublevación armada en Santiago.<sup>356</sup> Como

<sup>351</sup> COURTOIS et ál., óp. cit., págs. 744-760.

<sup>352</sup> Para la consideración general del tema, véase: Colombia S.O.S., un país secuestrado, editado por la Sociedad Colombiana de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP), Bogotá-Colombia, 1991.

<sup>353</sup> Al respecto, un memorando de la CIA dijo que se trataba de «la mayor cantidad de equipo bélico jamás encontrado en una sola oportunidad en posesión de los subversivos de América Latina» (En: HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo IV, pág. 85). HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo IV, pág. 85.

<sup>354</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo IV, pág. 85.

<sup>355</sup> HEINECKE, *Verdad y justicia en caso arsenales y atentado presidencial*, pág. 9.

<sup>356</sup> Reportaje de Chilevisión: «Mauricio Norambuena, confesiones de un fusilero», 1 de septiembre de 2010.

se sabe, el FPMR no cumplió su objetivo de asesinar al mandatario en el kilómetro 29 de la carretera G-25 del Cajón del Maipo, a la altura de la cuesta Achupallas, pero sí consiguió eliminar a cinco de sus escoltas,<sup>357</sup> los que murieron en defensa de la patria, ya que contribuyeron -junto a los demás miembros de la comitiva presidencial- a detener un nuevo intento del PC de sumergir a Chile en la hecatombe.

En resumidas cuentas, el presidente Pinochet, de la mano de las FFAA y de Orden, logró mantener a raya a los grupos subversivos y, por consiguiente, pudo llevar a cabo la reconstrucción nacional. La sociedad chilena (incluso con las restricciones propias de un régimen autoritario predemocrático) se desarrolló casi en completa normalidad y rara vez sufrió los efectos de una lucha que se libraba en la oscuridad. Y, por supuesto, nunca hubo de parte del Gobierno Militar el objetivo de eliminar a determinado grupo social, étnico o religioso y ni siquiera político, en tanto no estuviera vinculado a la lucha armada.<sup>358</sup>

## 2. Dos crisis económicas mundiales

El Gobierno Militar debió enfrentar los efectos de dos crisis económicas mundiales, las de 1974-1975 y 1982-1983. Ambas repercutieron seriamente en Chile; sobre todo la segunda, que provocó un verdadero terremoto económico y político. En el próximo capítulo se verá de qué forma estas crisis dificultaron el proceso de reconstrucción nacional.

## 3. Un mundo hostil

Debe tenerse presente que la gestión internacional del Gobierno Militar se inició y se desarrolló durante la Guerra Fría.

<sup>357</sup> A saber: Cabo 1º de Ejército Miguel Guerrero Guzmán, cabo 2º de Ejército Roberto Rosales Martínez, cabo 1º de Ejército Gerardo Rebolledo Cisterna, cabo 2º de Ejército Cardenio Hernández Cubillos y cabo de Carabineros Pablo Silva Pizarro.

<sup>358</sup> Véase: PÉREZ DE ARCE, *Indebido proceso*, págs. 41-49, 53-60 y 70-73; SPATARO, óp. cit., págs. 221-237 y 399-414.



Los militares chilenos habían esperado aplausos de Europa Occidental y de EEUU por evitar que Chile se cubanizara. Pero no fue así. Casi todos los gobiernos europeos condenaron la intervención militar. Influenciados por los «progresistas» (liberales), sobre todo académicos y de prensa, vieron en el derrocamiento de Allende la destrucción de un gobierno que, respetando la Constitución y las leyes, construía un socialismo de rostro humano. Era la alternativa civilizada a la Revolución Cubana. Todas las miradas acusadoras se dirigieron a Washington. Nacía el mito de que la CIA había dirigido el levantamiento militar. El otro mito que surgió fue que Allende había muerto en combate. Estas ignominias obligaron al Gobierno de Richard Nixon, que se encontraba agobiado por el escándalo Watergate y las negociaciones para poner fin a la Guerra de Vietnam, a tomar distancia de la recién constituida Junta de Gobierno, que presidía el general Pinochet.<sup>359</sup>

Por su parte, la URSS y sus satélites, que apuntalaron en todo lo que pudieron al Gobierno de Allende, reaccionaron con furia. Es que, en el marco de la Guerra Fría, para Moscú lo que había pasado en Chile no podía volver a suceder en ningún otro país. ¿La prueba? El líder soviético Leonid Brezhnev justificó la invasión militar a Afganistán con el argumento de que se había visto obligado a hacerlo «porque en otro caso habría ocurrido lo mismo que en Chile» (1980).<sup>360</sup> Los soviéticos, que en aquel tiempo querían controlar el Pacífico Sur,<sup>361</sup> habían planeado transformar a Chile en una base de operaciones bélicas soviético-cubanas.<sup>362</sup> Por todo lo anterior, en septiembre de 1973 Moscú decidió que la caída de Allende no podía quedar así, había

<sup>359</sup> WHELAN, *op. cit.*, págs. 538, 540 y 554-558.

<sup>360</sup> HANS VON HUYN, *op. cit.*, pág. 280.

<sup>361</sup> *Ídem*, pág. 281.

<sup>362</sup> Véase: ROJAS, *La agresión del oso*, págs. 140-141; MICHAEL VOLENSKY, *La Nomenklatura. Los privilegiados en la URSS*, Editorial Argos-Vergara, Barcelona (España), 1982, pág. 327.

que hacer pagar a los militares chilenos, a modo de precedente, su intrepidez de demostrar que el dominio comunista no era irreversible. Con este propósito, y conscientes de que en Occidente se tenía una imagen idealizada del Gobierno de Allende, las autoridades soviéticas ordenaron a la Internacional Comunista que pusiera en marcha una campaña mundial de desinformación<sup>363</sup> contra las nuevas autoridades chilenas, dirigida a explotar al máximo la noticia falsa de que Allende había sido asesinado y a distorsionar completamente los problemas de los derechos humanos que ocurrían en nuestro país, en el contexto de una guerra subversiva que el marxismo internacional contribuyó a mantener en el tiempo. La campaña de desinformación, que no tuvo tregua ni límite de gastos, tenía la finalidad de demonizar al régimen de Pinochet y, así, conseguir su total aislamiento internacional, hasta provocar su caída.<sup>364</sup>

El Gobierno Militar perdió la batalla de la «imagen». La Internacional Comunista tuvo una buena máquina propagandística para demonizar a Pinochet y su régimen por todo el mundo.<sup>365</sup> «Fue el último triunfo del KGB antes de desvanecerse en la papelera de la historia»,<sup>366</sup> afirma Paul Johnson, uno de los historiadores y periodistas ingleses más

<sup>363</sup> La finalidad esencial de la desinformación consiste en «destruir psicológicamente una imagen mediante la propagación sistemática de la mentira que la oponen -o diseminan una verdad a medias, para que el impacto produzca el efecto deseado: la duda, la incertidumbre, la desconfianza, el recelo, la suspicacia o el miedo. Es, en suma, un hábil engaño en el cual caen no pocos incautos y también aquellos que, de buena fe, no alcanzan a comprender el fin último que, gracias a él, persigue el comunismo» (PINEDA DE CASTRO, *op. cit.*, pág. 226).

<sup>364</sup> Véase: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, págs. 284-287; RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 14-15 y 107-110; WHELAN, *op. cit.*, págs. 538 y 626-631. Entre 1973 y 1985 -según cálculos de los servicios secretos occidentales- Moscú gastó 200 millones de dólares en esta campaña de difamación. (HANS VON HUYN, *op. cit.*, pág. 281).

<sup>365</sup> Véase: ISMAEL HUERTA DÍAZ, *Volvería a ser marino*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1988, tomo II, págs. 128-129; MILLAS, *op. cit.*, págs. 123-130; SPATARO, *op. cit.*, págs. 75-79.

<sup>366</sup> JOHNSON, *Héroes*, pág. 307.



influyentes de las últimas décadas. Los principales medios de comunicación occidentales, especialmente los liberales, también contribuyeron a forjar la imagen del malvado Pinochet.<sup>367</sup> De todas maneras, el marxismo internacional fracasó en su objetivo de derrocar al general Pinochet, como lo hizo con Somoza en Nicaragua (1979), aunque lo intentó. En 1986 apoyó la internación masiva de armas, explosivos y municiones, para desatar una guerra civil. También, ese mismo año, apoyó el plan para asesinar al propio Pinochet. «La CIA contra Allende quedaba pálida».<sup>368</sup>

Pero el comunismo internacional sí logró aislar al régimen de Pinochet. Como era de esperar, el objetivo de aislarlo tuvo acogida en las elites políticas y culturales de Europa Occidental. Los Partidos Socialista o Socialdemócrata (que dirigían la mayoría de los gobiernos durante los 70 y 80), los demócratacristianos italianos y alemanes y, por supuesto, los comunistas franceses e italianos, cerraron filas contra el régimen de Pinochet. Para todos, Pinochet era la «anti-utopía» que había destruido la «utopía moderna»: Allende. Para Joaquín Fernandois, la polaridad entre utopía moderna y anti-utopía, y no el problema de los derechos humanos, es la clave para entender la animadversión de Europa Occidental hacia Pinochet.<sup>369</sup> Incluso los partidos de derecha, por motivos electorales, tomaron distancia del general chileno.<sup>370</sup> Como si lo anterior fuera poco, el Gobierno Militar no tuvo en EEUU a un aliado. Los presidentes republicanos Richard Nixon (1969-1974) y Gerald Ford (1974-1977) no pudieron ayudar a Chile. El Congreso, controlado por

<sup>367</sup> Véase: CHESNAY, *op. cit.*, págs. 15-22, 115-120 y 179; SPATARO, *op. cit.*, págs. 17-21, 86-89, 192-194 y 253-256; WHELAN, *op. cit.*, págs. 538-540, 546-551 y 644-646; LABIN, *op. cit.*, págs. 282-287; NENA OSSA, *Allende, Thank you!*, Editorial Maye, Santiago, 2009, págs. 206-210; JASPER, *op. cit.*, pág. 27.

<sup>368</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 540.

<sup>369</sup> FERNANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, págs. 396, 402, 417-418, 428 y 433-434.

<sup>370</sup> Véase: SPATARO, *op. cit.*, págs. 89-90; JUAN ALBERTO DÍAZ WIECHERS, *Chile entre el Alcázar y La Moneda*, Nuevo Extremo, Santiago, 1999, desde la página 41 en adelante.

los demócratas, se los impidió. Con el Gobierno de James Carter (1977-1981), la Casa Blanca tomó una actitud abiertamente hostil hacia el Gobierno Militar, utilizando como pretexto el caso Letelier.<sup>371</sup> Ni con el sucesor de Carter, el republicano Ronald Reagan (1981-1989), las relaciones bilaterales pueden definirse de óptimas. No cabe duda de que la antipatía de los EEUU y de Europa Occidental arrastró a muchos otros Estados a cerrar filas contra nuestro país. Pero, también hubo amigos: China, Israel, Sudáfrica, Corea del Sur, Uruguay y Paraguay.

El conjunto de estos factores explica el aislamiento internacional. Entre sus principales consecuencias, destaquemos:

<sup>371</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 288. Henry Kissinger reconoció a Pinochet que el Congreso le impedía ayudarlo («Memorándum de conversación» -grabación- entre el secretario de Estado norteamericano y el mandatario chileno, al mediodía del 8 de junio de 1976 en el edificio Diego Portales). Durante los años 70, el Congreso norteamericano limitó las atribuciones del presidente en materia de política internacional (PAUL JOHNSON, *Estados Unidos: La historia*, Editorial Vergara, Buenos Aires, 2000, págs. 759-760). Si bien Carter atacaba a Chile por prejuicio más que por conocimiento, el asesinato de Orlando Letelier y su secretaria (Ronnie Moffit) le dio legitimidad a su ataque. Ellos perdieron la vida en un atentado con bomba que afectó al automóvil en el que se dirigían a una reunión en Washington (21/09/76). El gobierno norteamericano culpó a la DINA, y particularmente a su director, el general Manuel Contreras. Si bien es cierto que hubo agentes de la DINA involucrados en la preparación del atentado, se debe tener en cuenta que la bomba fue elaborada por Michael Townley, que hacía el juego de doble agente de la DINA y la CIA, y detonada por un grupo de cubanos anticastristas. Townley también fue el que elaboró y detonó la bomba que mató al general Carlos Prats y su mujer (30/09/74) y el que contrató a un grupo de extremistas para que atentaran contra Bernardo Leighton y su esposa (06/10/1975). Una investigación judicial sesgada, en la que primó el testimonio del propio Townley, condenó de antemano a Contreras y otros miembros de la DINA, desechando importantes testimonios y evidencias que involucraban a la CIA y la KGB. El gobierno chileno, claro está, negó toda responsabilidad en los hechos. Estos crímenes, particularmente el caso de Letelier, no beneficiaban en nada al régimen; sí, en cambio, a sus enemigos. EEUU pidió la extradición del general Contreras y dos coroneles. Finalmente, en 1979, la Corte Suprema la rechazó (SPATARO, *op. cit.*, págs. 263-287).



### A. La censura de Naciones Unidas y otros organismos

Desde 1974 hasta fines de los 80, la URSS y sus satélites consiguieron que la asamblea plenaria de la Organización de Naciones Unidas (ONU) censurara a Chile por los problemas de derechos humanos. Los gobiernos de Europa Occidental siempre votaban a favor de la censura. Y en varias ocasiones lo hizo EEUU. De esta manera, los regímenes marxistas, que nada tenían que decirle a nadie en lo tocante a violación a los derechos humanos, consiguieron que Chile fuera, en la práctica, el único país enjuiciado por la comunidad internacional. Si se presta atención y coteja la situación de los derechos humanos en el Chile de Pinochet con la de otros países, cuyos mandatarios eran comunistas, resulta asombroso que la URSS, sus satélites europeos, Corea del Norte, Vietnam, Camboya, Etiopía, Cuba o Nicaragua no experimentaran la censura y el asedio que sufrió Chile por parte de la comunidad internacional y, particularmente, de la ONU. Tampoco tuvieron problemas la Uganda del dictador-antropófago Idi Amín Dadá, el Irán del ayatollah Jomeini, el Irak de Saddam Hussein y los gobiernos militares de Iberoamérica. Particularmente drásticas fueron las censuras en la década de los setenta, sobre todo la de 1977, que llevó al presidente Pinochet a realizar una Consulta Nacional para rechazar la intromisión de la ONU, en la cual obtuvo un abrumador apoyo ciudadano.<sup>372</sup>

Asimismo, Chile tuvo que sufrir el hostigamiento de la Organización de Estados Americanos (OEA) y de todos los organismos no gubernamentales que se incorporaron gradualmente a la campaña internacional contra el régimen de Pinochet.<sup>373</sup> Por ejemplo, en diciembre de 1978, la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT),

que acogió los reclamos del llamado «Grupo de los Diez» (un conjunto de sindicalistas opositores, principalmente democratacristianos, que se oponían a las reformas laborales del régimen militar), decretó un boicot al transporte de carga destinada o procedente de Chile por aire, mar y tierra. El principal promotor del boicot fue el octogenario George Meany, presidente de la central sindical norteamericana AFL-CIO. Finalmente, el Gobierno (que se preparó para el peor de los escenarios) logró impedir la puesta en marcha del boicot, cuya fecha de inicio era el 8 de enero de 1979. Y ello porque pudo hacer entender a Meany, y por consiguiente a la ORIT, que Chile estaba adaptando sus leyes laborales para abrir en el Cono Sur un espacio para la economía libre.<sup>374</sup>

### B. Injerencias y restricciones por parte de Europa Occidental y EEUU

La antipatía de los gobiernos de Europa Occidental hacia el régimen militar se manifestó en varios aspectos. Es sabido que algunos gobiernos redujeron o suprimieron sus representaciones diplomáticas en Chile. Por ejemplo, el primer ministro británico James Callaghan suspendió, prácticamente, las relaciones con Chile.<sup>375</sup> Hubo constantes presiones para modificar los plazos que las autoridades chilenas se habían dado para restaurar plenamente la democracia. «Cuando la crisis económica y política se abatió sobre Chile,

<sup>372</sup> Véase: RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 188-194; JOSÉ PIÑERA, *La revolución laboral en Chile*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1990, págs. 29-44.

<sup>373</sup> LABBÉ, *Biografía política del Estado Chile*, pág. 228. El gobierno británico del laborista James Callaghan (1976-1979) procedió a retirar a su embajador en Santiago (1976), dejando las relaciones a nivel de encargado de negocios por casi tres años. El motivo: una ciudadana inglesa, la doctora Sheila Cassidy, fue detenida y torturada por agentes de la DINA. Esta doctora, que había ayudado metódicamente al MIR, era hija de un almirante británico. Paradójicamente, lo que los agentes de la DINA había hecho con la doctora inglesa era lo mismo que hacían los servicios secretos ingleses con los miembros y colaboradores del IRA.

<sup>372</sup> Todo, en: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, págs. 282, 288 y 290. Para ver en detalle las votaciones contra Chile, véase: HERALDO MUÑOZ, *Las relaciones exteriores del Gobierno Militar chileno*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986, págs. 309-315.

<sup>373</sup> WHELAN, *op. cit.*, págs. 662-668.



entre 1982 y 1986, la presión política de la Comunidad Europea llegó a límites no vistos antes en el siglo XX, en cuanto a impulsar un cambio de gobierno en América Latina».<sup>376</sup>

La colaboración económica de los principales gobiernos europeos prácticamente desapareció.<sup>377</sup> Nada expresa mejor los efectos negativos del aislamiento internacional que las dificultades encontradas para comprar material y máquinas bélicas, pues hubo momentos en que Austria, Suiza, Alemania Federal, Francia y Gran Bretaña se negaron a venderseles a Chile.<sup>378</sup> A lo largo de la segunda mitad de la década del 70, el Gobierno británico dejó de asistir, militar y económicamente, a Chile. Pero todo cambió con la llegada de Margaret Thatcher al Gobierno en 1979. Ella regularizó las relaciones bilaterales, tanto en lo diplomático como en lo económico, y volvió a vender material bélico a las FFAA chilenas.<sup>379</sup>

Por su parte, el Congreso norteamericano, controlado por los demócratas, eliminó gran parte de la ayuda a Chile, de manera que Santiago recibió menos asistencia en los años setenta que la que recibió el régimen allendista. También limitó la asistencia militar, para posteriormente suspenderla (enmienda del senador demócrata Edward Kennedy, junio de 1976). Todo esto ocurrió durante los gobiernos republicanos. Bajo la administración de Carter, las restricciones se acentuaron, particularmente la ayuda crediticia. La Casa Blanca restó validez a los plebiscitos de 1978 y 1980. Incluso, Carter llegó al extremo de presionar al Gobierno de Filipinas, presidido por Ferdinand Marcos, para que le cancelara la invitación a Pinochet (1980). Por su parte, Reagan cerró filas con los opositores moderados al régi-

<sup>376</sup> FERMANDOIS, *Mundo y fin de mundo*, pág. 433.

<sup>377</sup> Véase: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 172-173 y 407-408; WHELAN, *op. cit.*, págs. 650-652; SPATARO, *op. cit.*, pág. 86.

<sup>378</sup> MUÑOZ, *op. cit.*, págs. 126-127 y 163-164.

<sup>379</sup> WHELAN, *op. cit.*, págs. 650-651.

men militar, ayudándolos política y económicamente,<sup>380</sup> e incluso (a mediados de la década de 1980) barajó la posibilidad de provocar el derrocamiento de Pinochet.<sup>381</sup> No olvidemos, por último, que, en la postrimerías del régimen militar, la Food and Drug Administration (FDA), organismo estatal de EEUU, causó un daño severo a las exportaciones frutícolas de Chile, particularmente de la uva, puesto que informó que había encontrado dos granos de uva negra envenenados con cianuro, cuando era desembarcada en el puerto de Filadelfia (14 de marzo de 1989). Esta noticia provocó que, además de EEUU y Japón, varios países de la Comunidad Europea suspendieran las importaciones de uvas chilenas. Las investigaciones demostraron que los granos de uva no habían sido envenenados en Chile sino que en EEUU. Si bien la situación se aclaró satisfactoriamente para Chile, nunca quedó claro si la FDA actuó por error o mala fe.<sup>382</sup>

Ninguno de los gobiernos militares de Sudamérica sufrió las restricciones económicas y militares referidas. La suspensión de la venta de armamentos afectó enormemente a Chile, pues las FFAA, que habían sufrido un deterioro de su poder disuasivo a lo largo de las últimas décadas,<sup>383</sup> se vieron en desventaja con respecto a sus pares argentinas y peruanas.

En resumen, no cabe duda de que desde el exterior se afectó la imagen, la acción y la estabilidad del Gobierno Militar. Las dos superpotencias (la URSS y EEUU) y los principales gobiernos de Europa Occidental obstaculizaron y dificultaron cuanto pudieron el proceso de reconstrucción nacional. De todas formas, Pinochet no cayó ni tampoco pudo ser alterado el itinerario constitucional diseñado por

<sup>380</sup> Véase: GERMÁN BRAVO VALDIVIESO, *El patio trasero. Las inamistosas relaciones entre los Estados Unidos y Chile*, Editorial Puerto de Palos, Santiago, 2003, págs. 226-235; FERMANDOIS, *op. cit.*, págs. 436-439.

<sup>381</sup> *Revista El Periodista*, edición 128, 18 de mayo de 2007.

<sup>382</sup> BRAVO VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 263-270.

<sup>383</sup> CANESSA y BALART, *op. cit.*, págs. 282-283.



la Junta de Gobierno para transitar a la democracia, lo que se debió a la denodada lucha defensiva que libró la Cancillería, con una estrategia diplomática muy bien definida, profesionalmente ejecutada y fundada en los intereses nacionales. Y, por otra parte, a que desde 1976 las políticas económicas aplicadas por las autoridades chilenas, entonces pioneras, transformaron a Chile en un país de negocios interesantes.<sup>384</sup>

#### 4. Todas las fronteras bajo amenaza

En medio de enormes dificultades, el presidente Pinochet preservó la paz con Argentina, Bolivia y Perú.

El 11 de septiembre de 1973 encontró al país en un estado de debilidad de tal gravedad, que incitaba a que fuera agredido. Las FFAA habían sufrido un deterioro de su poder disuasivo y los limitados medios disponibles estaban principalmente destinados a la desarticulación de los grupos paramilitares de la UP. Por esta razón, el 12 de septiembre, un grupo de altos oficiales sugirió al presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, que era el momento indicado para invadir Arica. Quizás la rápida y contundente acción de las FFAA y de Orden, que les permitió tomar rápidamente el control del país, hizo que los peruanos descartaran la invasión. No cabe duda de que ese fue el momento de mayor vulnerabilidad para Chile.

Pero la amenaza peruana no terminó entonces, pues entre 1974 y 1975 hubo serio peligro de guerra. Los peruanos querían recuperar lo perdido en la Guerra del Pacífico (1879-1883). Incluso, se llegó a fijar una fecha de invasión a Arica: el 6 de agosto de 1975. El general Pinochet preparó diligentemente la defensa del país para hacer frente a un adversario que tenía un mayor poderío bélico. Paralelamente, Pinochet usó la diplomacia para obtener la neu-

<sup>384</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 287 y HERNÁN FELIPE ERRÁZURIZ, «Las relaciones exteriores durante el Gobierno Militar», conferencia organizada por la Fundación Presidente Pinochet, 17 de noviembre de 2003.

tralidad de Bolivia e impedir que Perú tuviese pretextos legales para atacar. Lo primero lo consiguió reanudando las relaciones diplomáticas con Bolivia, tras comprometerse a estudiar una fórmula que permitiera a ese país tener acceso soberano al mar. Lo segundo lo logró entablando negociaciones con el Gobierno de Velasco Alvarado, en lo tocante a los aspectos no cumplidos del Tratado Chileno-Peruano de 1929, que el Perú se había negado a finiquitar. Autoridades peruanas de entonces reconocieron que esas medidas frenaron los planes de guerra de Velasco Alvarado. Finalmente, el fantasma de la guerra se alejó al ser depuesto Velasco Alvarado, mediante un golpe de Estado, por el también general Francisco Morales Bermúdez (29 de agosto de 1975).

La más grave dificultad se daría con Argentina. A tal grado, que se puede hablar de una cuasi guerra. El motivo fue la negativa de Chile a modificar el laudo arbitral de la reina Isabel II, del 29 de abril de 1977, que fue totalmente favorable a Chile, porque acogió su interpretación del Tratado de Límites de 1881, en cuanto a que todas las islas ubicadas al sur del canal Beagle, hasta el Cabo de Hornos, le pertenecían. Como no tuvo éxito, de manera unilateral, Argentina declaró la sentencia «insanablemente nula» (25 de enero 1978) y se aprestó a la guerra, pues sabía que tal declaración no tenía efectos jurídicos. Esta guerra, como cualquiera (y probablemente más que muchas), tenía el peligro de perderse, pues existió la posibilidad de que Chile hubiera tenido que enfrentar simultáneamente a Argentina, Bolivia y Perú. Resulta que el 17 de marzo de 1978 Bolivia rompió una vez más las relaciones diplomáticas con Chile, alegando la falta de sinceridad y voluntad de Santiago para encontrar una solución a su demanda marítima. Desde entonces Bolivia se acercó, peligrosamente, a Argentina. En 1978, las relaciones entre Chile y Perú no experimentaron un deterioro, se mantuvieron en un nivel óptimo. De todos modos, si Chile y Argentina entraban en guerra, la ofensi-



va peruana sería inevitable. Hubiese sido el momento ideal para tomar revancha de 1879, por su centenario.

En todo el desarrollo de la crisis con Argentina, fue fundamental la conducción superior de Pinochet: exhibió una calma y serenidad infinitas; conservó inalterables los deseos de paz y la voluntad de preservarla; preparó diligentemente la defensa del país, usando el ingenio (hubo que comprar armas a un mundo que no nos las quería vender) y sin alarmar a la población; creó instancias de diálogo y accedió a negociar incesantemente con los argentinos. Y cuando se percató de que las negociaciones bilaterales no impedirían la guerra, recurrió al Vaticano. Brazo derecho del jefe de Estado fue el canciller Hernán Cubillos, quien trabajó con un equipo asesor de primer nivel.

Argentina estuvo a punto de declararle la guerra a Chile en los días previos a la Navidad de 1978. Pensaba atacar coordinadamente por tierra, mar y aire (Operativo Soberanía). La guerra iba a comenzar en el mar austral. El día 20, en la madrugada, la flota de guerra argentina se dirigía a invadir las islas que el laudo había declarado chilenas, pero no pudo: una fuerte tormenta la obligó a abortar la misión. Cabe mencionar que la tormenta no mermó la capacidad ofensiva de la flota chilena. El día 22, también en la madrugada, la flota chilena fue nuevamente al encuentro de la argentina. Cuando ambas se acercaban inexorablemente al combate, separadas por horas de navegación, la trasandina cambió de rumbo y se alejó de la zona. En esta ocasión, su retirada no se debía a la inclemencia del tiempo sino a una decisión política. La Junta Militar argentina había aceptado el ofrecimiento de Juan Pablo II de mediar en el conflicto limítrofe. Por fin había dado resultado el trabajo de la Cancillería chilena, que llevaba meses gestionando la intervención del Santo Padre. Pero la decisión de la Junta argentina no fue fácil. Ya que, al revés de Chile, la decisión en Argentina era difusa... el presidente Jorge Rafael Videla

debía consultar a la Junta Militar y esta a un comité militar (en el que participaban los generales y almirantes dispersos a lo largo y ancho del país). Nadie mandaba realmente. El presidente Videla fue el que más defendió la opción de la mediación papal, estaba consciente de que una guerra con Chile sería catastrófica. Así se lo había hecho saber Pinochet. Pero se debe tener en consideración que, en esos momentos dramáticos, Pinochet rehusó (pese a la recomendación de la Cancillería) recurrir a la Corte Internacional de Justicia de La Haya para exigir el cumplimiento del laudo. Acertó medio a medio. Con posterioridad la Cancillería -por declaraciones argentinas- supo que el recurso unilateral a La Haya hubiese significado la guerra inmediata. Decisión fundamental que despejó la intervención del Santo Padre.

La intervención del Vaticano había evitado, *in extremis*, la guerra. Pero no se debe olvidar que la conducción durante todo el año del conflicto por el presidente Pinochet y el canciller Cubillos, callada, firme, prudente y de objetivos invariables, fue fundamental para mantener la paz. En gran parte, fue el Gobierno chileno el que preparó el terreno de la mediación papal. Con esto no se quiere minimizar las gestiones pro paz que hicieron las iglesias chilena y argentina y el Gobierno de los EEUU, que, sin duda, contribuyeron a que se materializara la mediación.

El 8 de enero de 1979, ambos países suscribieron los acuerdos de Montevideo, que oficializaron el proceso de mediación. Es importante recordar que el Gobierno chileno, aparte de acordar la mediación papal, había tenido que conjurar la amenaza de boicot de la ORIT. El centenario del inicio de la Guerra del Pacífico, fecha simbólica, se cumplió estando el Santo Padre mediando en el conflicto entre Chile y Argentina. Fue larga y ardua la gestión papal. Pinochet mantuvo inalterable la postura de que debía cumplirse el laudo inglés y el Tratado de 1881. El delegado del Papa, el cardenal Antonio Samoré, lo presionó y presionó a sus representantes para que Chile cediera alguna isla. Fue inútil.



Durante el proceso de mediación se produjo la guerra de las Malvinas o Falkland (1982), que enfrentó a argentinos e ingleses. Chile apoyó logísticamente a los británicos, que terminaron ganando la guerra. ¿Por qué? Los argentinos habían planeado (Plan Rosario) que, una vez consolidado el dominio argentino de las islas Malvinas, se procedería a la ocupación de todas las islas que el laudo había entregado a Chile. Debe tenerse presente que los generales que reemplazaron a Videla (dejó el poder en marzo de 1981) en el cargo de Jefe de Estado, particularmente Leopoldo Galtieri, habían intentado sabotear el proceso de mediación. La derrota obligó a los militares argentinos a volver a los cuarteles. Los civiles recuperan plenamente el poder político en diciembre de 1983, cuando Raúl Alfonsín asume la presidencia de Argentina. En octubre de 1984, el Vaticano propone un acuerdo para la solución del diferendo austral. Este es aceptado y se transforma en el Tratado de Paz y Amistad que los cancilleres de Chile y Argentina firman el 29 de noviembre de 1984, en Ciudad del Vaticano. Con el Tratado, Chile obtuvo prácticamente una ratificación de su soberanía en la zona austral. Chile no había entregado ni un milímetro de las tierras que le había reconocido el Laudo Arbitral de 1977, pero sí había aceptado llegar a un compromiso sobre las aguas discutidas que ese mismo fallo no tocaba.

Nadie discute que el Tratado de Paz y Amistad sentó las bases de una paz duradera y fecunda entre Chile y Argentina.

En resumidas cuentas, el Gobierno Militar triunfó en los campos de batalla de la paz y, por ende, evitó que los chilenos vivieran los horrores de la guerra moderna, que arruina la economía y la infraestructura de los estados y somete a la población a las condiciones más brutales y teóricamente intolerables.<sup>385</sup>

<sup>385</sup> Todo, en: MAURICIO SCHIAPPACASSE, *Augusto Pinochet, un soldado de la paz*, Editorial Maye, Santiago, 2009, desde la página 53 en adelante.

## 5. Leigh y la Fuerza Aérea

Pinochet pudo llegar a ser jefe de Estado porque contó con el apoyo del almirante Merino y del general Mendoza. El general director de Carabineros respaldó frecuentemente a Pinochet.<sup>386</sup> Pinochet y Merino siempre terminaron entendiéndose. Tenían la misma edad, los unía una antigua amistad, se conocían desde los Padres Franceses de Valparaíso. No faltaba la ocasión en que Augusto y «Pepe» discutían «muy enojados..., pero a los pocos minutos» estaban «de nuevo tratando el tema con toda normalidad».<sup>387</sup> «Fue el único miembro de la Junta que tuteaba a Pinochet, incluso ante periodistas...».<sup>388</sup> Merino nunca se opuso a que Pinochet ocupara la jefatura de Estado, porque pensaba que él era el mejor hombre del Ejército para enfrentar a los enemigos internos y externos del régimen, «y a la vez operar un cambio profundo de la sociedad, la economía y la política chilenas», en circunstancias de que el Ejército «exigiría siempre, como propia, la conducción máxima del gobierno».<sup>389</sup>

No fue esta la actitud del general Leigh. Las diferencias comenzaron desde un principio. Leigh pretendió ser presidente de la Junta de Gobierno, alegando que había sido nombrado comandante en jefe de la Fuerza Aérea tres días antes de que ocurriera lo propio con el general Pinochet en el Ejército, lo cual era cierto, aunque este último era varios años más antiguo que él.<sup>390</sup> Como se sabe, este cargo lo ocupó Pinochet por ser el Ejército la rama más antigua de la defensa nacional. En 1974, Leigh no vio con buenos ojos que Pinochet se convirtiera en presidente de la República. Y era de público conocimiento que tenía proyectos distintos

<sup>386</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 223.

<sup>387</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 481-482.

<sup>388</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 202.

<sup>389</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, pág. 223.

<sup>390</sup> ARANCIBIA y BALART, *Conversando con el general Julio Canessa Robert*, pág. 190.



y aun opuestos respecto al plazo del régimen militar, tipo de democracia que lo seguiría y modelo económico. En estos trascendentales puntos, Pinochet contaba con el respaldo de Merino y de Mendoza. Pero en otros temas, no. En una oportunidad, Pinochet propuso que la Junta decidiera por mayoría y no por unanimidad. Todos sus colegas se negaron rotundamente.

En el transcurso de los años, las desavenencias Pinochet-Leigh siguieron profundizándose. Destacaba Leigh el ostracismo internacional del país, conectándolo con el jefe de Estado. Cuando Pinochet, ante el ataque exterior, convocó a la Consulta Nacional, Leigh se opuso tajantemente, con mucho ímpetu. También era frecuente que Leigh formulara públicamente declaraciones muy críticas al régimen y al mandatario.<sup>391</sup> Una declaración fue precisamente el detonante de la peor crisis interna que sufrió el régimen militar. El 18 de julio de 1978, el general Leigh dio una entrevista al influyente diario italiano *Corriere della Sera*, manifestando, sin disimulo, sus diferencias con Pinochet y asegurando que si algún organismo hubiera participado en el atentado con bomba que costó la vida de Letelier y su secretario, él «consideraría muy seriamente» su posición en la Junta. Ahora bien, al momento de hacer la declaración, el jefe de la Fach manejaba indicios serios, cuando menos, de que habían participado en el hecho algunos agentes de la DINA. La entrevista, que dio la vuelta al mundo, provocó el desconcierto de los demás miembros de la Junta.

Tanto sus pares como el Consejo de Ministros le pidieron que «aclarara» la entrevista. No quiso hacerlo.<sup>392</sup> Se le pidió la renuncia. Como se negó, no quedó otro camino que la destitución, la que el general Pinochet y los otros miembros de la Junta decretaron el 24 de julio. «Como una forma de

<sup>391</sup> Véase: VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1329; VIAL, *Historia de Chile en el siglo XX*, pág. 408; RAFAEL VALDIVIESO, *óp. cit.*, pág. 183.

<sup>392</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo I, págs. 326-338.

expresar su solidaridad con quien hasta ese momento había sido su comandante en jefe, prácticamente todo el alto mando de la Aviación renunció en el acto. Dieciocho generales pasaron a retiro y el general Fernando Matthei Aubel, que se desempeñaba como ministro de Salud, fue nombrado comandante en jefe. Sobre él cayó la delicada responsabilidad de restituir la confianza de sus subordinados, conformar nuevos mandos y asegurar la operatividad del arma aérea, una tarea de la mayor importancia si se recuerda que en esa época las relaciones con Argentina estaban deteriorándose con motivo del problema de límites en la zona austral.<sup>393</sup>

Pinochet, hombre de decisiones audaces y efectivas, había puesto fin a la peor crisis política interna del régimen militar. Así, después de un breve período de tensiones, la totalidad de los altos mandos castrenses volvían a estar unidos tras el presidente. No significa esto que en los años posteriores no hubiesen diferencias o problemas entre los máximos jefes castrenses; pero en ningún momento se alcanzó un grado de tensión como el experimentado en 1978. Pinochet y Matthei nunca llegaron a ser amigos, pero sí mantuvieron una relación cordial. Y eso que el jefe de la Fach defendió en lo sucesivo posiciones divergentes a las del mandatario. Con la renuncia de Mendoza, Pinochet perdió un aliado. Stange fue, ciertamente, un general más distante del presidente. En los momentos más difíciles de la década de 1980, el almirante Merino fue el principal respaldo del capitán general.

Por último, no está demás señalar que los representantes del Ejército en la Junta fueron totalmente leales al capitán general.<sup>394</sup>

<sup>393</sup> CANESSA y BALART, *óp. cit.*, págs. 256-257.

<sup>394</sup> Todo, en: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 481-489.



## 6. Protestas y presiones de las fuerzas opositoras para impugnar la Constitución de 1980

Hasta el comienzo de la crisis económica en 1982, los opositores se hallaban aplastados por los triunfos electorales del presidente Pinochet y el auge económico de los años previos. La crisis económica les dio la oportunidad de «resucitar». La recesión, supusieron, sería el fin de Pinochet, como lo fuera del presidente Carlos Ibáñez en 1931. «¡Y va a caer!... ¡Y va a caer!», resonó como grito de batalla durante un lustro. Inútilmente advirtió Jorge Alessandri que eran «muy distintos los hombres y las circunstancias», los años 30 y los años 80.<sup>395</sup>

Desde 1983 y hasta 1986 las fuerzas opositoras impulsaron una serie de protestas para paralizar el país. Tuvieron el apoyo de diversas organizaciones sociales y sindicales. Un sector de la oposición, el moderado (democracristianos, socialistas renovados, etc.), aunado (desde 1983) en la Alianza Democrática (AD), aspiraba con las protestas a provocar la ingobernabilidad del país. Pinochet, decían, se vería obligado a renunciar. Estas protestas, pese a las promesas de algunos dirigentes, tuvieron episodios de extrema violencia, particularmente por las noches.<sup>396</sup> La violencia corría por cuenta de los grupos subversivos, frentistas y miristas, que en este período provocaron 3.326 atentados terroristas, 1.889 sabotajes y 649 asaltos a mano armada.<sup>397</sup> Ya dijimos que el PC y otras fuerzas políticas estaban comprometidos con la lucha armada. Estos sectores radicalizados se unieron y crearon (también en 1983) el Movimiento Democrático Popular (MDP). Este grupo, pero sobre todo el PC, estaba convencido de que las protestas provocarían la paralización real del país, la que inevitablemente desembocaría en una insurrección o sublevación de masas.<sup>398</sup>

<sup>395</sup> VIAL, *Historia de Chile en el siglo XX*, pág. 420.

<sup>396</sup> Las principales protestas ocurrieron en 1983. Hubo un total de 46 civiles muertos. Serían 23 el 84, 14 el 85 y 12 el 86.

<sup>397</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo I, pág. 95.

<sup>398</sup> HEINECKE, *Chile, crónica de un asedio*, tomo IV, págs. 58-70.

También en 1983 se organizaron los sectores más representativos de la derecha. Lo hicieron en dos movimientos: la Unión Demócrata Independiente (UDI) y el Movimiento de Unión Nacional (MUN). El primero era gremialista y el segundo representaba más bien a la derecha tradicional. Jaime Guzmán era el líder de la UDI y Andrés Allamand del MUN. Ambos movimientos nacieron para apoyar el itinerario constitucional. Pero, posteriormente, el MUN se alejó de La Moneda, tomando una postura de semioposición.<sup>399</sup> Por su parte, los nacionalistas siguieron apoyando al régimen, pero criticando ciertas políticas oficialistas, particularmente en materias económicas.<sup>400</sup> También hubo intentos por volver a posicionar al PN como una colectividad partidaria de alterar el itinerario constitucional, pero los interesados no tuvieron éxito. Asimismo, hubo ciertos grupúsculos de derecha que se distanciaron del régimen militar, los autoproclamados «liberales» o «republicanos». Incluso reapareció la Democracia Radical, «que manifestó muy luego su carácter pinochetista incondicional». Otra colectividad incondicional fue Avanzada Nacional, «reducto de algunos militaristas y de funcionarios activos y en retiro de organismos de seguridad». <sup>401</sup> Finalmente, debe mencionarse al Frente Nacional de Trabajadores (FNT), creado por Sergio Onofre Jarpa, que rechazaba «los excesos de los sectores monopólicos y oligárquicos» y «cualquier forma de estatismo y colectivismo. El FNT fomentaba la proyección de las estructuras socioeconómicas afianzadas por el régimen de Pinochet». <sup>402</sup>

Entre 1983 y 1984 las fuerzas moderadas, con el apoyo de la disidencia clerical, exigieron en varias oportunidades la renuncia de Pinochet y la derogación de la Constitución. A partir de 1984 -y por sugerencia de Patricio Aylwin-<sup>403</sup> este

<sup>399</sup> ANA VICTORIA DURRUTY, *op. cit.*, págs. 77-79.

<sup>400</sup> Para una consideración general del tema, véase: GASTÓN ACUÑA, FEDERICO WILLOUGHBY y PABLO RODRÍGUEZ, *¿Qué es el nacionalismo hoy?*, Impresión: ARTIMPRES, Santiago, 1983.

<sup>401</sup> ANA VICTORIA DURRUTY, *op. cit.*, págs. 85-87.

<sup>402</sup> CAÑAS, *op. cit.*, pág. 193.

<sup>403</sup> PATRICIO AYLWIN, *El reencuentro de los demócratas: del golpe al triunfo del*



sector de la oposición fue volviendo lentamente a la realidad y empezó a darse cuenta de que la Constitución era un hecho imposible de ser desconocido. Llegaron a este convencimiento tras percatarse de que las protestas no podían provocar la ingobernabilidad del país. Por esta razón, la AD aceptó la propuesta del cardenal Juan Francisco Fresno, de dialogar con ciertos sectores de derecha (MUN<sup>404</sup> y los restos del PN y el Partido Republicano<sup>405</sup>), con el objeto de alcanzar un entendimiento con el Gobierno. De este diálogo surgió un texto denominado «Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia» (agosto de 1985), en el que se declaraba la intención de reconocer la Carta a cambio de una reforma constitucional y la revisión de las medidas de seguridad. El «Acuerdo Nacional» tuvo el apoyo de varios gobiernos extranjeros. Incluso, concitó el interés de los miembros de la Junta, sobre todo de Matthei. Merino concluyó descartándolo. Y, por supuesto, Pinochet lo rechazó tajantemente. No aceptaba modificar el itinerario constitucional.<sup>406</sup>

La nueva postura de la AD provocó una división en la estrategia de la oposición, ya que el MDP siguió con su postura de exigir la renuncia de Pinochet y de impugnar la Constitución. El nuevo dilema de la AD era decidir entre seguir impulsando reformas constitucionales o acatar el itinerario constitucional. Si bien entre 1985 y 1986 continuaron las protestas, la postura de la AD de negociar con el régimen y la superación de la crisis económica las mermaron enormemente. El descubrimiento de los arsenales del FPMR y el intento de eliminación de Pinochet impulsó a la AD a tomar decisiones fundamentales: Se decidió que no habría ningún tipo de acuerdo con los comunistas y se optó por acatar el itinerario constitucional.<sup>407</sup> No únicamente los

NO, Ediciones Grupo Zeta, Santiago, 1998, págs. 263-264.

<sup>404</sup> ANDRÉS ALLAMAND, *La travesía del desierto*, Editorial Aguilar, desde la pág. 87 en adelante.

<sup>405</sup> ANA VICTORIA DURRUTY, *op. cit.*, pág. 86.

<sup>406</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 521-529.

<sup>407</sup> Véase: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 550-552; MOULIAN, *op. cit.*, págs. 312-314.

opositores moderados, sino la población toda, experimentaban un sentimiento de hastío e ira por las constantes acciones terroristas: explosión de bombas en lugares públicos, ataques usando ácido y bombas incendiarias contra garitas y vehículos de la locomoción colectiva y descarrilamiento de trenes e interferencias de las comunicaciones. Cualquier persona (un anciano, una mujer o un niño) podía convertirse en víctima. En la década de los 80, fueron numerosas las víctimas civiles del terrorismo marxista.<sup>408</sup> Por último, no había que ser adivino para saber que la derrota militar de Pinochet y las FFAA hubiese permitido al PC instaurar un régimen totalitario sin vuelta. ¿Quién se lo hubiera impedido? Acatar el itinerario institucional implicaba participar en el plebiscito de 1988. Para hacerle frente, las fuerzas políticas de la AD se unieron con otras para crear la Concertación de Partidos por la Democracia (febrero de 1987).

## 7. El terremoto de 1985

El 3 de marzo de 1985, a las 19 horas y 47 minutos, hubo un terremoto que afectó a varias regiones del país (Copiapó a Valdivia), pero especialmente a San Antonio, Melipilla y Santiago.

El terremoto, que alcanzó los 7,7 grados en la escala de Richter, dejó un saldo de 177 muertos, 2.575 heridos y un millón de damnificados. Inmensa destrucción, cuyo costo fue calculado en poco más de mil millones de dólares, 37% de estos en vivienda. Menos del 8% se hallaba asegurado.<sup>409</sup>

«Para un país tan duramente golpeado por la recesión durante los años anteriores, este desastre era especialmente doloroso. Con todo, ante la catástrofe, la organización del régimen militar dio buena prueba de su capacidad de repuesta eficaz, lo que tonificó el decaído prestigio del gobierno».<sup>410</sup>

<sup>408</sup> Véase: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, pág. 541; HEINECKE, *Chile crónica de un asedio*, tomo IV, págs. 33, 37, 39, 42 y 77-83; CASTILLO (editor), *op. cit.*, págs. 106, 108, 111-117, 119-133 y 135-137.

<sup>409</sup> VIAL, *Historia de Chile en el siglo XX*, pág. 467.

<sup>410</sup> FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 205.





Tan eficiente fue la respuesta del Gobierno, que un año después de ocurrida la catástrofe, en San Antonio, el presidente Pinochet dijo: «Compruebo con gran satisfacción que se han reparado los daños en un altísimo porcentaje y se han alcanzado las condiciones necesarias para el pleno funcionamiento de las actividades sociales y productivas de la zona (...) ¡Esta realidad, señores, no es fruto del azar! ¡Ello es producto de una buena correlación de organización, planes y obras! (...) El Gobierno estuvo siempre junto a los damnificados. Las Instituciones de la Defensa supieron, una vez más, ayudar a quienes habían perdido a sus seres queridos, sus viviendas e importantes bienes materiales (...) El desafío lo hemos superado con buen éxito y lo más importante, sin que ello afectara la gran obra social que el Gobierno realiza permanentemente en beneficio de los más necesitados, porque supimos utilizar los recursos con eficacia y honradez (...) ¡No hemos sido demagogos! ¡Hemos actuado con realismo y por ello hemos llamado a colaborar! (...) Creo que éstas son las situaciones donde se pone a prueba la eficiencia, la responsabilidad y la capacidad de acción, tanto de la autoridad como de la comunidad (...) ¡Y hemos respondido de manera ejemplar, lo que nos

alienta a continuar adelante con renovada fe en un mañana mejor! (...) Terminó estas palabras expresando la satisfacción del Gobierno por este significativo impulso a la recuperación de los destrozos producidos por un desastre que la naturaleza nos coloca en el camino».<sup>411</sup>

Na se debe olvidar que la Junta de Gobierno recibió una tibia de país: destruido, dividido y desorganizado económicamente.

El Gobierno Militar tempranamente, decidió que se iniciara un trabajo con el pasado y crear un orden político, social y económico nuevo. La refundación de la república quedó regulada por dos documentos que se cumplimentaron el uno al otro: la «Declaración de Principios» (11 de marzo de 1974) y el Objetivo Nacional (22 de diciembre de 1974).

La meta era construir un orden político, social y económico basado en la concepción cristiana del hombre y la sociedad, en la unidad nacional y el patriotismo y en la fidelidad a la tradición nacional. También fundado en los siguientes principios: el hombre tiene derechos naturales que son anteriores y superiores al Estado; el Estado debe estar al servicio de la persona y no al revés; el fin del Estado es el bien común; general, la independencia y despolitización de las sociedades intermedias entre el hombre y el Estado para que se desarrollen con legítima autonomía hacia la obtención de sus fines específicos (poder social); el Estado debe asumir sólo aquellas funciones que los particulares (sea individualmente o agrupados) no puedan cumplir por sí mismos (principio de subsidiariedad); el Estado debe garantizar la propiedad privada y la libre iniciativa en el campo económico, permitiendo volar por el horizonte material y espiritual de los chilenos; y por la existencia de una

<sup>411</sup> Discurso del presidente de la República, AUGUSTO PINOCHET UGARTE, 3 de marzo de 1986.



## CAPÍTULO IV

### LA RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

#### I

No se debe olvidar que la Junta de Gobierno recibió una ruina de país, anarquizado, dividido y destruido económicamente.

El Gobierno Militar, tempranamente, decidió que su misión era romper con el pasado y crear un orden político, social y económico nuevo. La refundación de la república quedó regulada por dos documentos que se complementan el uno al otro: la «Declaración de Principios» (11 de marzo de 1974) y el Objetivo Nacional (23 de diciembre de 1975).

La meta era construir un orden político, social y económico basado en la concepción cristiana del hombre y la sociedad, en la unidad nacional y el patriotismo y en la fidelidad a la tradición nacional. También fundado en los siguientes principios: el hombre tiene derechos naturales que son anteriores y superiores al Estado; el Estado debe estar al servicio de la persona y no al revés; el fin del Estado es el bien común general; la independencia y despolitización de las sociedades intermedias entre el hombre y el Estado para que se desarrollen con legítima autonomía hacia la obtención de sus fines específicos (poder social); el Estado debe asumir solo aquellas funciones que los particulares (sea individualmente o agrupados) no puedan emprender por sí mismos (principio de subsidiariedad); el Estado debe garantizar la propiedad privada y la libre iniciativa en el campo económico, pero también velar por el bienestar material y espiritual de los chilenos y por la existencia de una armónica combinación de capital, trabajo y naturaleza.<sup>412</sup>

<sup>412</sup> Para una consideración general del ideario del régimen de Pinochet, véase:



Bajo este ideario y la conducción del general Pinochet, el Gobierno Militar catapultó a Chile hacia el futuro. Como bien dijo Paul Johnson, el prestigioso historiador británico, «Pinochet transformó a un país que venía de una semi guerra civil, con una economía desastrosa, en una democracia estable y con un alto estándar de vida, pienso que la mejor en Latinoamérica, con una economía fuerte, un sistema agrícola eficiente y una industria próspera».<sup>413</sup>

«Declaración de Principios del Gobierno de Chile», en: *El Mercurio*, 12 de marzo de 1974; *Objetivo Nacional del Gobierno de Chile*, Gendar, Chile, 1976.

<sup>413</sup> En: <http://arauco.wordpress.com/2006/12/page/7/>.

## II

Como bien ha dicho Genaro Arriagada, «ni el país ni los militares tenían la posibilidad de caminar hacia una mera restauración del orden democrático consagrado por la Constitución de 1925», por «la sencilla razón de que ese sistema estaba agotado con anterioridad al golpe militar».<sup>414</sup>

En consecuencia, el Gobierno Militar elaboró una nueva Constitución Política del Estado. Fue un trabajo que duró 7 años.

En los primeros años, el régimen militar hablaba de metas y no plazos definitivos para restaurar plenamente la democracia. Recién en 1977, en el trascendental discurso de Chacarillas, el presidente Pinochet fijó un itinerario, estableciendo tres fases (recuperación, transición y consolidación) y comprometiéndose a elaborar y plebiscitar una nueva Constitución antes del 31 de diciembre de 1980.

Entre 1973 y 1978, funcionó una comisión de juristas que elaboró las cuatro Actas Constitucionales y un anteproyecto de nueva Constitución. La comisión estuvo a cargo de Enrique Ortúzar. Uno de los elementos claves de esta comisión, además de Ortúzar, fue Jaime Guzmán. La Comisión Ortúzar (aunque oficialmente en principio su nombre fue «Comisión Constituyente», desde 1976 se le dio la denominación de «Comisión de Estudio de la Nueva Constitución Política del Estado») concluyó el anteproyecto en agosto de 1978. Este anteproyecto –por orden del presidente Pinochet– fue entregado para su estudio al Consejo de Estado. Este Consejo había sido creado por el Acta Constitucional N° 1, con facultades asesoras y carácter consultivo. Lo formaban los ex jefes de Estado y representantes de diversos sectores e instituciones del país. Frei rehusó integrar el Consejo y Alessandri y González Videla sí lo hicieron y fueron elegidos presidente el primero y vicepresidente el segundo.

<sup>414</sup> ARRIAGADA, *op. cit.*, pág. 32.



Entre 1978 y 1980, el Consejo trabajó minuciosamente el anteproyecto y operó sobre él numerosas modificaciones. El 8 de julio de 1980, el Consejo entregó a Pinochet y la Junta de Gobierno el anteproyecto definitivo. El presidente Pinochet encomendó a un grupo de trabajo especial que realizara un acucioso estudio del documento. En un mes de intensas labores, este grupo dio forma final al proyecto de nueva Constitución. La Junta lo recibió, lo estudió en largas y extenuantes sesiones y lo aprobó el 8 de agosto de 1980.<sup>415</sup>

Llegar a este punto había exigido que el presidente Pinochet eligiera entre varias alternativas. I) La de los nacionalistas, en cuanto a crear un régimen corporativista. II) La de los franquistas chilenos, que le sugerían que gobernara sin mayores trabas ni un rígido marco constitucional, hasta que muriera. III) La de su amigo, el ex presidente de Uruguay, Juan María Bordaberry, quien le proponía engranar a las FFAA en la ley constitucional, como partícipes poderosos e independientes, que velaran por la institucionalidad autoritaria y sus principios irreformables («Poder Militar»). Y IV) La democracia protegida que proponían Alessandri y Guzmán. De todas estas propuestas, el presidente halló más aterrizada la última. «El descarnado realismo de Pinochet, su espíritu cazurro, de huaso maulino, le señalaron que todo lo demás, quizás mejor en la teoría, era inviable en la práctica, y su flexibilidad le indicó como posible adaptarse a lo que se sobreviniera dentro del esquema que se le planteaba».<sup>416</sup> No obstante, Pinochet recogió algunos elementos de las otras propuestas.

«El nuevo texto constitucional, pese a sus múltiples modernizaciones, guardaba coherencia y heredaba de los anteriores la definición del Estado de Chile como una República unitaria, pero agregaba la desconcentración y la descentralización. Consagraba la propiedad privada, la

<sup>415</sup> Todo, en: ROJAS, Chile escoge la libertad, tomo I, págs. 309-318.

<sup>416</sup> VIAL, Historia de Chile en el siglo XX, pág. 410.

libertad de emprender, la no discriminación económica y los derechos fundamentales de las personas».<sup>417</sup> Se incorporaron derechos novedosos y extremadamente positivos. V. gr., el derecho de todo chileno a vivir en un ambiente libre de contaminación o el recurso de protección que permite reclamar a los ciudadanos contra los atropellos de algunas garantías constitucionales.<sup>418</sup> Otra innovación fue el establecimiento de la segunda vuelta presidencial, en caso de que ningún candidato obtuviera la mayoría absoluta de los votos válidamente emitidos. El establecimiento de la segunda vuelta «es uno de los avances democratizadores... más importantes de la historia chilena».<sup>419</sup> La Carta instauró una presidencia muy fuerte, de ocho años sin reelección, y un Congreso bicameral, en el que el Senado es más poderoso que la Cámara Baja. «El Presidente quedaba facultado para, una vez durante su mandato, disolver la Cámara Baja y reemplazarla mediante nueva elección». «Un tercio del Senado no se elegía popularmente: lo nombraban -debiendo los favorecidos reunir ciertos requisitos, de personalidades nacionales- el Jefe de Estado, el Consejo de Seguridad (con mayoría absoluta de representantes castrenses) y la Corte Suprema. Los ex mandatarios serían senadores vitalicios». La intervención parlamentaria en el gasto público quedó «reducida al mínimo; y prohibida -so pena de perder el cargo- respecto a conflictos laborales o estudiantiles, o si impulsara la ilegalidad o la violencia». Pero hubo más innovaciones:

<sup>417</sup> LABBÉ, De Pinochet a Lagos, pág. 79.

<sup>418</sup> Estos derechos, entre otros, formaban parte del Acta Constitucional N° 3 de 1976. Con respecto al recurso de protección, Bravo Lira ha dicho: «En 1976, cabalmente un siglo después de la supresión de la protección judicial a los ciudadanos en 1876, se instituyó un nuevo recurso judicial de protección (Recurso de Protección) para reclamar contra los atropellos de algunas garantías constitucionales. Con ello se devolvió a la Judicatura la competencia para proteger a los ciudadanos, que el constitucionalismo había reducido a un escuálido *habeas corpus*» (BRAVO LIRA, Historia de las instituciones políticas de Chile e Hispanoamérica, pág. 342).

<sup>419</sup> SAN FRANCISCO y SOTO, El Gobierno del General Augusto Pinochet en Chile 1973-1990, óp. cit.



la inamovilidad durante cuatro años de los comandantes en jefe uniformados, voto a los militares, proscripción de los totalitarismos (artículo 8º) y castigos de los desbordes en que incurrieran los medios comunicacionales.<sup>420</sup> También la Constitución «establecía una distinción entre el poder partidista y las formas de representación social, postulando una economía independiente del vaivén político (independencia del Banco Central y de la política monetaria), así como la separación entre la representación gremial y la partidista» y la referida prohibición a los parlamentarios de intervenir en conflictos sociales y económicos.<sup>421</sup>

Muchos personajes, políticos y abogados, hicieron posible la elaboración de la Carta. Pero lo más decisivos fueron Ortúzar, González Videla, Alessandri (aunque no quedó conforme con el texto final), Guzmán y Sergio Fernández.<sup>422</sup> No podemos dejar de mencionar que Fernández fue el primer civil en ocupar el cargo de ministro de Interior (1978-1982)<sup>423</sup> y una de las figuras más importantes del régimen militar. Fue de gran utilidad para que el régimen adoptara un perfil cívico-militar y sorteara exitosamente el *annus horribilis* de 1978 (la cuasi guerra con Argentina, la salida de Leigh, la amenaza de boicot, etc.).

En el séptimo aniversario del Pronunciamiento Militar la ciudadanía fue llamada a plebiscito para pronunciarse sobre esta Carta. La aprobó con el 67% de los sufragios emitidos. «Los requisitos de debate público, votantes, votaciones y escrutinios no fueron cristalinos, pero sí el respaldo mayoritario obtenido por el documento plebiscitado, respaldo y plebiscito tan legítimos como los de 1925».<sup>424</sup>

<sup>420</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1335.

<sup>421</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 79.

<sup>422</sup> Para una consideración del tema, véase: GONZALO VIAL CORREA, «Pinochet, decisiones claves (VI): La nueva Constitución», fascículo de *La Segunda*, 9 de abril de 1998.

<sup>423</sup> Sus antecesores habían sido dos generales de Ejército: Óscar Bonilla (1973-1974) y César Benavides (1974-1978).

<sup>424</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1336.

Como se sabe, en los años 80 el presidente Pinochet debió resistir las fuertes presiones emanadas de los sectores opositores y aun partidarios para que renunciara o modificara el itinerario constitucional para marchar hacia la plena democracia. En el período 1982-1987, que Fernández denominó la transición asediada, el régimen militar tuvo tres ministros del Interior: Enrique Montero (abril 1982-agosto 1983), Sergio Onofre Jarpa (agosto 1983-febrero 1985) y Ricardo García (febrero 1985-julio 1987). Estos ministros, pese a la recesión económica y a un mayor activismo por parte de la oposición, lograron conjugar el diálogo con los opositores moderados, la libertad de prensa y el término progresivo del exilio, sin alterar (como lo dispuso el presidente Pinochet) en lo más mínimo el itinerario constitucional.<sup>425</sup> Ni la internación masiva de material bélico ni el atentado presidencial pudieron alterar los plazos para transitar a la plena democracia. Cualquiera de estos hechos hubiera sido un buen pretexto para que Pinochet paralizara el período de transición, con el apoyo irrestricto del Ejército.<sup>426</sup> Entre 1985 y 1988, el Gobierno Militar elaboró las leyes políticas para marchar hacia el plebiscito: Tribunal Calificador de Elecciones (Ley N° 18.460, 1985), Servicio Electoral e inscripciones (N° 18.556, 1986), partidos políticos (N° 18.603, 1987) y votaciones y escrutinios (N° 18.700, 1988). Estas leyes fueron elaboradas por una comisión que presidió Fernández e integraron numerosos abogados distinguidos. Debe reconocerse que el régimen militar -acatando las resoluciones del Tribunal Constitucional- había legislado para que el plebiscito se realizara en condiciones de legitimidad.<sup>427</sup>

<sup>425</sup> FERNÁNDEZ, *op. cit.*, capítulo VI.

<sup>426</sup> GONZALO VIAL CORREA, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (3) La democracia», en: *La Segunda*, 15 de mayo de 2001.

<sup>427</sup> Véase: GONZALO VIAL CORREA, «Pinochet, decisiones claves (IX): El plebiscito», fascículo de *La Segunda*, 30 de abril de 1998; VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1351.



En julio de 1987, Fernández volvió a asumir el cargo de ministro del Interior, con una tarea clara: ganar el plebiscito de 1988, con el general Pinochet como candidato. Finalmente, Pinochet fue el candidato de la Junta para enfrentar el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Este se perdió. La Concertación obtuvo una sólida mayoría. De los 7.251.943 votos emitidos, el «No» recibió el 54,71%, mientras el 43,01% había votado por darle a Pinochet otro período en el cargo.<sup>428</sup> No es cierto que Pinochet haya pretendido desconocer el resultado del plebiscito.<sup>429</sup> No cabe duda de

<sup>428</sup> En: BARROS, *op. cit.*, pág. 355.

<sup>429</sup> En la madrugada del 6 de octubre de 1988, como a la 1:00, el presidente Pinochet se reunió con los miembros de la Junta de Gobierno para analizar los resultados. En la reunión participaron algunos ministros, entre ellos Sergio Fernández. El ministro de Interior cuenta que el jefe de Estado se limitó a informar a los miembros de la Junta que el plebiscito se había perdido y que se respetaría el itinerario constitucional. A la 1:45 de la madrugada, los miembros de la Junta abandonaron el palacio de Gobierno. Luego, Pinochet ingresó a la sala donde sesionaba el Consejo de Ministros. Pronunció breves palabras, con emoción contenida: «Señores, hemos tenido un tropiezo. Tenemos que asumirlo todos y salir adelante. La situación es normal en el país y los cursos de acción están dados en la Constitución». A las dos de la madrugada, el subsecretario del Interior, Alberto Cardemil, dio conocer el tercer y último cómputo, en el que se reconocía el triunfo del NO (FERNÁNDEZ, *op. cit.*, págs. 282-285). Posteriormente, unos periodistas de izquierda han pretendido utilizar la demora en la entrega de los cómputos oficiales y los planes de seguridad contra eventuales revueltas, para insinuar que el presidente Pinochet barajó la posibilidad desconocer el resultado (CAVALLO, SALAZAR y SEPÚLVEDA, *op. cit.*, págs. 806-821). También los opositores al general Pinochet han sacado provecho de las palabras del general Fernando Matthei con respecto a lo ocurrido en la reunión mencionada. Matthei señala que Pinochet estaba molesto por la derrota; que no aceptó la propuesta de adelantar la elección presidencial y parlamentaria; que estaba dispuesto a sacar tropas a las calles y «barrer con los comunistas» si fuera necesario; que amenazó con echar a cualquier general o almirante que hablara con los comunistas. También pidió apoyo a las restantes fuerzas para enfrentar una revuelta comunista; incluso solicitó a los miembros de la Junta que firmaran un acta, en la que se le otorgaban poderes más amplios. Matthei cuenta que él y sus colegas no aceptaron las peticiones del presidente, argumentando que la Constitución le daba al Ejecutivo todas las facultades para controlar un alzamiento. Finalmente, Pinochet aceptó la voluntad de la Junta y comunicó que tomaría unos días de vacaciones (PATRICIA ARANCIBIA e ISABEL DE LA MAZA, *Matthei. Mi testimonio*, Editorial La Tercera-Mondadori, Santiago, 2003, págs. 406-

que quedó (según sus propias palabras) como un boxeador después del *knock out* y que la derrota le dolió. Probablemente consideraba (con justicia) que no se lo merecía, por sus quince años de sacrificios y realizaciones en pro del país y el pueblo. ¿Por qué perdió? Por la erosión de quince años en el poder, los negros recuerdos dejados por la crisis económica y la cesantía, los problemas de derechos humanos derivados de la guerra subversiva y una campaña plebiscitaria deficiente.<sup>430</sup> Aunque no se debe olvidar que el régimen militar no solo había enfrentado a la Concertación sino que al mundo,<sup>431</sup> particularmente a los EEUU.<sup>432</sup>

«Luego de algunos días de depresión, el Mandatario resurgió, enérgico y adaptable como siempre en su vida». Hizo caso omiso de las peticiones (más o menos groseras) de que renunciara al momento.<sup>433</sup> Pinochet fue enfático: «no cabe alterar el orden constitucional de la República y nadie puede sentirse con mandato del pueblo para torcer lo que ese mismo pueblo decidió», porque en el plebiscito «no ha estado en juego el ideario ni el itinerario constitucional», sino tan solo «la elección de la persona que debería conducir al país hacia la aplicación plena de la Carta Fun-

410). No existe ningún testimonio que corrobore la versión de Matthei. Fernández niega, enfáticamente, todo lo anterior (VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 578-579). Por su parte, el general Stange señala que no vio en Pinochet ningún afán por desconocer la derrota (ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 774, nota 31). Conviene dejar en claro que Pinochet estaba preocupado por la situación del orden público, puesto que uno de los principales dirigentes del PC, Volodia Teitelboim, había señalado días antes del plebiscito que tan pronto ganase el NO, Pinochet debía abandonar inmediatamente el poder, o habría un levantamiento popular violento (FERNÁNDEZ, *op. cit.*, pág. 274). Eso explica las medidas de seguridad adoptadas en Santiago y en las principales ciudades del país. Es de mencionar, por último, que el retraso del cómputo final tiene una explicación muy simple: el Gobierno tenía que estar completamente seguro del triunfo del NO (MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 158-159).

<sup>430</sup> Véase: VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 579-581; VIAL, «Augusto Pinochet (1915-2006)», *op. cit.*

<sup>431</sup> CORREA y SUBERCASEAUX, *op. cit.*, pág. 136.

<sup>432</sup> BRAVO VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 233-234.

<sup>433</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1354.



damental durante el siguiente período presidencial». <sup>434</sup> El itinerario constitucional le daba un año más de gobierno a Pinochet. La Concertación, ávida de poder, hubiese querido arrasar con la obra jurídico-institucional y económica del régimen militar, pero no tuvo más opción que seguir negociando. ¿Por qué? «Pinochet, su régimen y las fuerzas que lo apoyaban habían sufrido una derrota electoral pero, en términos políticos, conservaban casi intacto su poder. Fundamentalmente, contaban con el absoluto respaldo de las Fuerzas Armadas. Habría que agregar, de unas fuerzas armadas que no habían perdido una guerra civil, ni tampoco habían tenido que ceder el poder como fruto de sus divisiones, que además poseían una enorme autoestima respecto de lo que había sido su largo paso por el gobierno». A lo anterior se sumaba el apoyo de la abrumadora mayoría de la clase empresarial y del 43% del electorado. <sup>435</sup>

En el último año de Gobierno, el régimen dictó 226 leyes <sup>436</sup> y pactó con la Concertación una reforma constitucional. Nada fácil fue llegar a un acuerdo. <sup>437</sup> El ministro del Interior, Carlos Cáceres (reemplazante de Fernández), fue el representante de Pinochet en las negociaciones. Finalmente, se acordaron 54 reformas. Las más importantes: 1) suprimir el artículo 8º, sobre proscripción de los totalitarismos, para permitir –según los deseos de la Concertación– la legalización del PC; 2) «suprimir las inhabilidades político-sindicales»; 3) suprimir la facultad presidencial de disolver la Cámara Baja una vez durante su mandato; 4) reducir a

<sup>434</sup> En: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 775-776.

<sup>435</sup> ARRIAGADA, *op. cit.*, pág. 266.

<sup>436</sup> HUNEEUS, *op. cit.*, pág. 610. Entre las principales leyes, se destacan las que garantizaron a las FFAA y de Orden un piso mínimo y reajutable de presupuesto anual, y la que hizo necesaria la voluntad del comandante en jefe o general director para los retiros y nombramientos de oficiales. También se modificó la composición de la Corte Suprema y se reforzó la autonomía del Banco Central (ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 781-783).

<sup>437</sup> Véase: ALLAMAND, *op. cit.*, desde la página 172 en adelante; ARRIAGADA, *op. cit.*, págs. 265-271; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 776-779.

seis los ocho años de presidencia; 5) «empatar» el número de civiles y de uniformados en el Consejo de Seguridad Nacional, incorporando al Contralor; 6) aumentar el número de senadores de elección popular, de 26 a 38, y el de los correspondientes a la Región Metropolitana, de 2 a 4; 7) no proveer las eventuales vacancias de senaturías designadas; 8) morigerar el áspero lenguaje de las facultades del Consejo referido (del rudo «representar» al cortés «hacer presente su opinión»); 9) hacer más fácil las reformas de la Carta. <sup>438</sup>

La reforma fue aprobada por un plebiscito realizado el 30 de julio de 1989, con el voto favorable del 85,7% de los sufragantes y un 8,2% negativo. <sup>439</sup> La elección directa y abierta de presidente y Congreso se efectuó el 14 de diciembre. En la elección presidencial, el líder de la Concertación, Patricio Aylwin, obtuvo el 55,2% de los sufragios, en tanto que Hernán Büchi (ex ministro de Hacienda de Pinochet) alcanzaba el 29,4% y Francisco Javier Errázuriz (un independiente de centroderecha), el 15,4%. Sumados, los votos de Büchi y Errázuriz arrojaban una cifra prácticamente equivalente al 43% alcanzado por Pinochet; la votación de Aylwin, por su parte, era apenas superior a la votación del «No». La Concertación obtuvo 72 de los 120 diputados y 22 de los 38 senadores. En la Cámara Alta, sin embargo, los nueve designados significaban que la derecha reuniera mayoría absoluta, como la Concertación en la Baja. <sup>440</sup> A fines de los 80, tras una serie de uniones y divisiones, la derecha quedó representada por dos partidos: Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI). <sup>441</sup> Si bien estos partidos se cuadraron con el oficialismo en el plebiscito de 1988, el régimen no los consideró mucho en la campaña. <sup>442</sup> El 11 de marzo de 1990, Pinochet entregó el mando y

<sup>438</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1354.

<sup>439</sup> En: ALLAMAND, *op. cit.*, pág. 187.

<sup>440</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 587-588.

<sup>441</sup> ANA VICTORIA DURRUTY, *op. cit.*, págs. 89-98.

<sup>442</sup> VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 567-570.



la piocha de O'Higgins a Aylwin en un acto realizado en el nuevo edificio del Congreso Nacional, construido en Valparaíso, como un símbolo de la descentralización del Estado.

El presidente Pinochet y la Junta de Gobierno cumplieron con el compromiso de restablecer plenamente el régimen democrático. Sin embargo, la Concertación aseguró que la reforma de 1989 era insuficiente y que la democracia chilena era imperfecta, por la supervivencia en ella de «enclaves autoritarios», como comandantes en jefe relativamente inamovibles y senadores institucionales o bien designados. Es necesario tener presente que el rol de los senadores institucionales era servir de contrapeso a las opiniones partidistas, entregando la experiencia de una vida dedicada al servicio público en las instituciones esenciales del Estado. Ellos simbolizaban lo que la moderna doctrina constitucional denomina «poder neutro».<sup>443</sup> Otro punto de discordia era el binominalismo, que entró en vigencia en la elección parlamentaria de 1989. «Significaba que hubiera solamente dos puestos por llenar en cada circunscripción electoral, y que la lista ganadora necesitara doblar los sufragios de la segunda más votada, para llevarse ambas vacantes. Caso contrario, obtenía una sola, y la otra era asignada a la lista que alcanzara la segunda mayoría». Este sistema promovía las grandes alianzas, puesto que «exigía a los partidos afines sumar sus votos para aprovecharlos máximamente».<sup>444</sup> También la Concertación criticó la permanencia de Pinochet en la comandancia en jefe del Ejército. Como se sabe, Pinochet permaneció en este cargo hasta septiembre de 1998.<sup>445</sup>

<sup>443</sup> ARANCIBIA y BALART, *Conversando con el general Julio Canessa Robert*, pág. 307.

<sup>444</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1379.

<sup>445</sup> Cuatro años antes, en 1994, en el momento de dejar la presidencia, Aylwin, dijo: «Durante mi Gobierno el general Pinochet cumplió la tarea de Comandante en Jefe del Ejército, subordinado al Presidente y respetuoso del orden constitucional». Y admitió: «Si Pinochet no hubiese estado allí durante la transición, habríamos tenido en Chile tentativas de insurrección llevadas a cabo por subalternos, "caras pintadas", como fue el caso en Ar-

gentina» (En: SPATARO, *op. cit.*, pág. 337).  
<sup>446</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, págs. 1383-84 y nota 41.

Desde 1990 en adelante «la Carta ha experimentado diversas reformas de distintas trascendencia y extensión. Todas, por supuesto, tienen interés. Pero las cruciales son las contenidas en la Ley 20.050, del 2005». La Concertación logró el apoyo de la derecha para terminar con lo que ellos denominaban los «enclaves autoritarios»: desaparecieron los senadores designados y vitalicios; el Consejo de Seguridad Nacional quedó «reducido a su mínima expresión: mera asesoría del Presidente, único (además) que puede convocarlo»; las «FF.AA. ya no garantizan el orden institucional de la República de un modo específico, papel que le corresponderá en lo sucesivo, solo como órgano del Estado y junto a las demás de este carácter»; «se pone término a la inamovilidad de los máximos jefes uniformados... durante el período del nombramiento respectivo». También la reforma de 2005 confirmó e incrementó algunos derechos ciudadanos, amplió las facultades del Tribunal Constitucional, reforzó la labor fiscalizadora del Parlamento y redujo el mandato presidencial a cuatro años. El binominalismo electoral no se tocó. Por más que lo ataque, la Concertación sabe que él ha reforzado la gobernabilidad, a través de facilitar que se formen dos grandes bloques partidarios (hoy, la propia Concertación y la Alianza por Chile, que asocia a la UDI y RN), desalentando la anarquía y el chantaje de los grupúsculos políticos. Después de los cambios mencionados, el Gobierno de Ricardo Lagos procedió a eliminar, de modo expreso y deliberado, la firma del presidente Pinochet y de sus ministros de la Carta, con el propósito de transformar el cuerpo legal, obra del Gobierno Militar, en la Constitución de Lagos.<sup>446</sup>

Con respecto a la reforma constitucional alcanzada bajo el Gobierno de Ricardo Lagos, el académico Patricio Navia expresó: «Al eliminar las referencias a Pinochet de la Constitución, el presidente Lagos y el Congreso han inten-



tado tapar el sol con un dedo». Más adelante afirma, refiriéndose al general Pinochet: «La reciente reforma lo consolida como el fundador del orden actual».<sup>447</sup> Ni las reformas ni la eliminación de la firma del presidente Pinochet han alterado los principios básicos plasmados en la Constitución de 1980: prevenir los excesos pluripartidistas y garantizar los derechos fundamentales de las personas, la propiedad privada, la libertad de emprender, la no discriminación económica y una división político-administrativa descentralizada. En síntesis, Pinochet nos dio un régimen político que hasta hoy impide la paralización del Estado, la demagogia económica y los enfrentamientos fratricidas.

<sup>447</sup> En: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Cinco presidentes y el poder*, págs. 128-129.

### III

Paralelamente al proceso de elaboración de una nueva Constitución, el régimen militar llevó a cabo la descentralización y la modernización del Estado.

La Carta de 1925 establecía 25 provincias y un régimen comunal directamente dependiente del Ejecutivo. La reforma administrativa se asentó en la regionalización y la descentralización, armonizando la necesidad de un sistema que mantuviese la definición de un Estado unitario con los requerimientos de autonomía a niveles locales, comunales y de gobierno regionales.<sup>448</sup> Esta tarea trascendental fue realizada por la Comisión Nacional para la Reforma Administrativa (CONARA), creada en diciembre de 1973 por el entonces coronel Julio Canessa Robert, quien también estuvo a cargo del organismo.

La regionalización del país fue un proceso bien meditado y de aplicación paulatina.<sup>449</sup> Finalmente, el territorio nacional fue dividido en trece regiones, creando centros de desarrollo en las antiguas y alicaídas 25 provincias. Las regiones quedaron divididas en provincias y las provincias en comunas. En cada región se constituyó un gobierno regional, dotado de personalidad jurídica de derecho público, con funciones y patrimonios propios.<sup>450</sup> La máxima autoridad de la región es el intendente, y de la provincia, el gobernador. Ambas autoridades son de exclusiva confianza del jefe de Estado. La descentralización del Estado implicó la creación de instancias regionales de resolución de las funciones ministeriales. Por esta razón, aparecieron los secretarios regionales ministeriales (seremis), «quienes representan el vínculo de coordinación en materias de orden técnico y administrativo de cada región».<sup>451</sup>

<sup>448</sup> LABBÉ, *Biografía política del Estado de Chile*, pág. 224.

<sup>449</sup> ARANCIBIA y BALART, *Conversando con el general Julio Canessa Robert*, págs. 210-212.

<sup>450</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 97.

<sup>451</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, Tomo I, pág. 393.



Complementación indispensable fue la reformulación de los municipios, dotados de mayores recursos financieros en desmedro del gobierno central por las nuevas funciones que debieron asumir, como el manejo de los establecimientos educacionales y de la salud primaria. Durante el régimen los alcaldes dejaron de ser electos y los regidores desaparecieron definitivamente. En vez de eso se establecieron «los CODECO, Consejos de Desarrollo Comunal, que traían al alcalde el sentir de las fuerzas vivas de la comunidad sin intermediación política».<sup>452</sup> Pero esto cambió en 1990. La clase política configuró el sistema actual. La municipalidad quedó constituida por un alcalde, su máxima autoridad, y por un concejo comunal integrado por concejales, los que reemplazaron a los antiguos regidores. Todos ellos elegidos por sufragio universal. De esta forma, se dejó de lado la participación social y los municipios volvieron a quedar controlados por los partidos políticos. Con todo, el Gobierno Militar logró que las municipalidades quedaran «establecidas como corporaciones autónomas de derecho público, con personalidad jurídica y patrimonio propio, cuya finalidad es satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el proceso económico, social y cultural de la comuna».<sup>453</sup>

Reformas administrativas múltiples se realizaron en todos los sectores. La totalidad de los ministerios fueron reestructurados y se crearon algunos nuevos, como el Ministerio de Transporte. La CORFO fue reconstruida. Nacieron la Oficina Nacional de Emergencia (ONEMI), la Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras, la Superintendencia de Valores y Seguros, la Comisión Nacional de Energía, el Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR), la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), el Fondo Nacional de Salud (FONASA),

<sup>452</sup> ARANCIBIA y BALART, *Conversando con el general Julio Camessa Robert*, pág. 213.

<sup>453</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 98.

CODELCO, ProChile, DIGEDER, etc. La modernización abarcó a la Tesorería General de la República, el Servicio Nacional de Aduanas, el Consejo de Defensa del Estado, la Casa de Moneda de Chile, el Banco del Estado, la administración tributaria, el Servicio de Registro Civil, la Empresa de Ferrocarriles del Estado, el sector público agrícola, el sector defensa y seguridad, etc.<sup>454</sup> En materia de justicia, se aumentó en más de un 40% el número de cortes, casi un 30% el número de juzgados y se construyeron nuevos centros carcelarios.<sup>455</sup> No hubo órgano administrativo que escapara a este proceso de modernización. Incluso se aplicó en «la gestión de las empresas públicas» y en «la forma en que se pusieron a disposición del sector privado los activos del Estado durante los procesos de privatización».<sup>456</sup>

Concluamos que el Gobierno de Pinochet «transformó, modernizó o sustituyó instituciones que venían desde los Presidentes Carlos Ibáñez del Campo y Arturo Alessandri Palma», es decir, «desde 1924 hasta 1932. Después de 42 años, el gobierno militar actualizó normas, organismos y políticas. Este gobierno creó nuevas instituciones y acometió esta modernización de manera tan profunda y acertada que el país que dejó a su paso era otro que el que recibió».<sup>457</sup>

Tan contundente fue la reforma institucional del Gobierno Militar que el influyente politólogo estadounidense Francis Fukuyama la destaca como una de las más significativas de las últimas décadas del siglo XX.<sup>458</sup>

<sup>454</sup> Véase: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 129-133 y 388-391, y tomo II, págs. 592-610; ARANCIBIA y BALART, *Conversando con el general Julio Camessa Robert*, págs. 207-209; HERNÁN BÜCHI, *La transformación económica de Chile. El modelo del progreso*, Ediciones El Mercurio-Aguilar, págs. 155-157.

<sup>455</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 169.

<sup>456</sup> BÜCHI, *op. cit.*, pág. 157.

<sup>457</sup> ARTURO FONTAINE ALDUNATE, *Apuntes políticos*, Universidad Santo Tomás, Santiago, 2003, págs. 137-138.

<sup>458</sup> FRANCIS FUKUYAMA, *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*, Ediciones B Grupo Zeta, Buenos Aires, 2005, págs. 60 y 128.



#### IV

El Gobierno Militar debió restaurar la plenitud del derecho a la propiedad.

En 1973 «no había propiedad privada en Chile, estaba muerta».

Nadie puede desconocer que durante la década revolucionaria se atacó sistemáticamente el derecho a la propiedad.

«En 1963, 1967 y 1971, se aprobaron reformas constitucionales que –invocando motivos de bien común– en la práctica significaban castigar a ciertos sectores de propietarios: los agricultores el 63 y 67, los yanquis de la gran minería cuprífera el 71. Ellos podían ser privados de sus bienes en condiciones inferiores a otros». Los norteamericanos no recibieron indemnización por las compañías cupríferas expropiadas. El agricultor –y no un empresario– podía ser expropiado por tener un medio de producción abandonado. El avalúo fiscal –y no el precio de mercado, como en el caso de una fábrica– determinaba el monto por pagar por la expropiación de un fundo. Al agricultor –y no al dueño de una casa– se le podía expropiar pagando parte del precio en veinticinco o treinta años, sin reajuste.

Llegó la UP e introdujo un verdadero abanico de resquicios confiscatorios... los que le permitieron usurpar, masivamente, fábricas y predios agrícolas bien trabajados. Todo tipo de propiedad cayó en desgracia, viéndose afectados no solo los ricos sino que también la clase media más modesta y los pobres. V. gr., miles de viviendas populares, concluidas o en construcción, pero que ya tenían dueños, fueron usurpadas por los pobres... por pobres tan pobres como los legítimos dueños despojados de ellas.

«Este es el desolador panorama que en materia de propiedad privada recibieron el régimen militar y su cabeza, Augusto Pinochet».

Con inmenso esfuerzo y un sinnúmero de actos, y en relativamente corto tiempo, reconstruirían aquel perdido derecho.

Impidieron las tomas. Devolvieron predios, industrias, comercios, sitios y casas a sus dueños respectivos, desalojando a los ocupantes ilegítimos, sin derramamiento de sangre. Reconocieron y entregaron tierra a los agricultores despojados. Dieron propiedad individual y títulos a todos los campesinos de la reforma agraria. Otorgaron la fuerza pública siempre que un tribunal lo ordenó.

Por último, el Acta Constitucional N° 3, de 1976, repuso la garantía plena al derecho de propiedad, reservando en definitiva y en exclusiva a la justicia ordinaria el resolver sobre la legalidad y precio de las expropiaciones. La Constitución de 1980 confirmó y robusteció aún más esta garantía, al suprimir la posibilidad de pago a plazo que el Acta había permitido.

Ahora, para concluir, imaginemos el Chile del 2000 SIN PROPIEDAD... un pequeño país..., que necesita exportar en un mundo globalizado. ¿Quién haría negocios con nosotros, quién invertiría aquí un centavo, quién pasaría sus dólares, siquiera fugazmente, por un Chile que no respetase el derecho de dominio? No tendríamos más opción que cerrarnos en nuestra propia miseria, al estilo de Cuba.

«Anotemos también el derecho de propiedad, restaurado, en el activo de Augusto Pinochet».<sup>459</sup>

<sup>459</sup> GONZALO VIAL CORREA, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (2) La propiedad», en: *La Segunda*, 24/04/2001.



La Junta de Gobierno recibió un país arruinado, semiparalizado, «con una inflación oficial de 600%, probablemente 1.000% efectivo, quedando trigo para unos pocos días, ni un peso en las arcas del fisco, ni un dólar en los bancos y reservas internacionales nulas, descenso del producto en -4,3% y de los salarios reales en 25,3% y un déficit fiscal equivalente al 21% del PGB».<sup>460</sup>

Era el mayor desastre económico de la historia de Chile.

Las primeras medidas económicas estuvieron encaminadas a suministrar a la población alimentos y combustibles y a regularizar la producción, el comercio y el transporte.<sup>461</sup>

Una vez restaurada la disciplina económica elemental, las nuevas autoridades comenzaron a definir qué esquema económico se iba a implementar. Ya dijimos que la mayoría de los partidarios del régimen debatían en torno a dos modelos: una economía de libre mercado y una economía de mediana planificación e intervención estatal.

Hubo al interior del régimen discusiones y análisis intensos para elegir entre ambos esquemas. El presidente Pinochet contrastó los planteamientos de los *Chicago* (plasmados en *El Ladrillo*), que tenían como principales aliados a ODEPLAN, consultando a destacados economistas y al Comité Asesor (dirigido por Julio Canessa). En abril de 1975, el jefe de Estado resolvió definitivamente la disyuntiva, puesto que autorizó la puesta en marcha de un programa de recuperación económica destinado a superar los graves problemas que afectaban al país, v. gr., un elevado déficit fiscal y una inflación de tres dígitos. Este plan había sido elaborado por los *Chicago Boys*. Al plan se le llamó «El shock», por lo drástico de sus medidas: disminución violen-

ta y rápida de los funcionarios, de las empresas, de las inversiones y de los gastos del Estado.<sup>462</sup>

La puesta en marcha del plan significó el inicio de la reducción del papel histórico del Estado y de una de las revoluciones capitalistas más significativas del siglo XX. Este plan de recuperación económica fue implementado por el ministro de Hacienda, Jorge Cauas (1974-1976). No resultó fácil su aplicación. Tuvo que iniciarse sobre el trasfondo de la crisis mundial (1974-1975), caracterizada por el alza del petróleo, el alza internacional de los intereses y la baja del cobre. Los efectos no se hicieron esperar. El PGB cayó en un 12% y el desempleo se disparó a un 16%. El año íntegro del shock es de un profundo reajuste recesivo. En 1976 comenzará el repunte. Después se hará extraordinario, entre 1977 y 1981. Paralelamente, la economía chilena se había abierto al mundo. En este período de auge, el ministro de Hacienda fue Sergio de Castro, líder de los *Chicago Boys*.

Pero el boom económico chileno se vino al suelo en 1982. Motivo principal: una segunda crisis mundial (la segunda más devastadora del siglo XX, llamada crisis mundial de la deuda) que provocó enormes estragos en Chile. El dólar -que el régimen mantenía fijo en 39 pesos- duplicó su valor en pocos meses; quebraron cientos de empresas y la mayor parte del sistema bancario y financiero, endeudados todos en esa moneda; se paralizó la actividad empresarial; cayó 14% el PGB, en un solo año, y la cesantía fue del orden del 30%. «Casi nadie dejó, en esos días, de proclamar el fracaso y hundimiento del chicaguismo. El propio Pinochet hizo, durante un tiempo, amago aparente de abandonar el modelo. Pero era sólo una estrategia, un prolongado y complicado desvío marchando en círculo» (entre 1982 y 1985 hubo 6 ministros de Hacienda y otros tanto de Economía)...

<sup>460</sup> Véase: VIAL, «En el aniversario de Augusto Pinochet», óp. cit.; BÚCHI, óp. cit., págs. 66-69.

<sup>461</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 56.

<sup>462</sup> Véase: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 31-36 y 325-330; GONZALO VIAL CORREA, «Pinochet, decisiones claves (II): El Shock del '75», en fascículo de *La Segunda*, 13 de marzo de 1998; FONTAINE, *Los economistas y el presidente Pinochet*, capítulos 4 y 5; BÚCHI, óp. cit., págs. 37 y 55-56.



«para volver al punto de partida. Es decir, al mismo sistema de Sergio de Castro y los Chicago, ahora bajo la conducción de Hernán Büchi y aprovechando la experiencia de la crisis».<sup>463</sup> De tal manera, el país regresaría –primero– a la normalidad económica (reprivatizándose los bancos y las empresas que el Estado tuvo que controlar para paliar los efectos de la crisis), para luego iniciar «el período de crecimiento sostenido de mayor fuerza, es probable, en la Historia de Chile (1987/1997), durante el cual DOBLAMOS de tamaño material. Esta hazaña no era casualidad. Pinochet, adelantándose al mundo entero, había establecido un régimen de mercado libre que hoy es universal, e indispensable para aprovechar la globalización económica, pero que entonces, mediados de los años '70, era una extravagancia». Naturalmente, el mérito técnico de la innovación fue de los economistas o entendidos que la introdujeron y aplicaron (Sergio de Castro, Álvaro Bardón, Pablo Baraona, José Piñera, Roberto Kelly, Miguel Kast, Hernán Büchi y otros menos visibles que, seguramente con injusticia, olvidamos). «Pero la voluntad POLITICA de crearla y mantenerla en circunstancias difícilísimas, perteneció básicamente a Pinochet. Y la mejor prueba del acierto y éxito del "modelo" la daría la Concertación, al mantenerlo incólume hasta hoy, después de haberlo criticado con acidez».<sup>464</sup>

Este nuevo modelo económico (el mal llamado neoliberalismo) se caracterizó por: a) Un Estado pequeño y subsidiario, «que eliminó los déficit fiscales crónicos, redujo el gasto fiscal y los impuestos, levantó los controles de precios, liberalizó los mercados y privatizó la mayoría de las empresas estatales y parcialmente el sistema de seguridad social, la educación y la salud. b) La apertura de la economía al mundo exterior a través de la eliminación de las barreras no arancelarias a las importaciones y la rebaja y uniformidad de

<sup>463</sup> GONZALO VIAL CORREA, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (5) El marco económico», en: *La Segunda*, 31/07/2001.

<sup>464</sup> VIAL, «En el aniversario de Augusto Pinochet», óp. cit.

los aranceles. c) La creación de un mercado de capitales libre, la liberalización de la inversión extranjera y el establecimiento de un Banco Central autónomo. d) La flexibilización de los mercados laborales y la eliminación de la mayoría de las barreras de entrada a las diferentes ocupaciones, disminución de las restricciones a los despidos y eliminación de la intervención gubernamental en las negociaciones entre privados. Y e) El fortalecimiento de una red social con el fin de mejorar las condiciones de los más pobres y protegerlos de las penurias del ajuste económico a través de varios programas gubernamentales que fueron focalizados hacia ellos y dirigidos a través de ODEPLAN».<sup>465</sup>

Entre los principales logros del sistema económico, destacamos:

1) Chile recupera el Estado en forma de la era portaliana. El que desempeñando sus grandes e indispensables tareas (asegurar el orden y la seguridad externa e interna, garantizar la seguridad de los ciudadanos y el imperio del derecho, impartir justicia, mantener las relaciones exteriores, administrar y velar por el bien común) dejaba a la iniciativa privada un ancho campo de acción. En el siglo XIX la educación y la salud funcionaron sobre la base del esfuerzo compartido entre el Estado y los privados. En cambio, la actividad económica y financiera fue obra casi exclusiva de los particulares. El equilibrio al que antes aludimos se va a romper en el siglo XX, puesto que en ese siglo Chile se enmarcó «en una marcha casi ininterrumpida hacia el estatismo, que sólo se detiene el 11 de septiembre de 1973». De ahí en adelante, comenzó «la gigantesca rectificación que emprende el régimen militar». El Estado, poco a poco, volvió «a sus antiguas tareas: las mismas que asumió en la era portaliana», ya

<sup>465</sup> SAN FRANCISCO y SOTO, *El Gobierno del General Augusto Pinochet en Chile 1973-1990*, óp. cit.



que fortaleció sus funciones «de acuerdo con lo mejor de la tradición chilena».<sup>466</sup>

En relación con este punto, un ex miembro del MAPU y ministro del presidente Aylwin, Enrique Correa, admite que «Pinochet modernizó a Chile, lo abrió al mundo, redujo funciones productivas del Estado innecesarias y costosas, modificó la cultura empresarial acostumbrada a vivir bajo la protección y la prebenda del Estado».<sup>467</sup> En la misma línea, Genaro Arriagada reconoce como positiva la reducción del tamaño empresarial del Estado. También destaca la aparición de «una nueva clase empresarial, competente, segura de sí misma y de sus capacidades, abierta a una práctica moderna de la administración de sus empresas».<sup>468</sup> Por último, un respetado cientista político argentino, Juan Carlos Casas, dijo: «Pinochet tuvo un innato gusto por el liberalismo económico. (...) De más está decir que en este crucial aspecto se diferenció nítidamente de sus colegas dictadores contemporáneos de América Latina» ya que «naturalmente se inclinaron por extender las funciones del Estado. (...) En el fondo, lo que importa en política son los resultados ("por sus obras los conoceréis") y los del gobierno de Pinochet confirman su preferencia por la libertad económica y por el Estado limitado en esta materia, pues ha dejado un país con un grado de libertad económica sin parangón en el mundo».<sup>469</sup>

2) Bajo el régimen de Pinochet surgió una minería fuerte, una industria próspera y un sistema agrícola eficiente.

«En la minería hay un progreso evidente, fruto de claras normas respecto a la propiedad y la realista apertura a la inversión extranjera. Los resultados están a la vista: en

<sup>466</sup> PATRICIO PRIETO SÁNCHEZ, «El Estado, ¿Formador de la Nación chilena?», en: *El Mercurio*, 1º de agosto de 1982.

<sup>467</sup> En: JUAN CARLOS CASAS, *Nuevos políticos y nuevas políticas en América Latina*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1991, págs. 338-340.

<sup>468</sup> ARRIAGADA, óp. cit., pág. 214.

<sup>469</sup> CASAS, óp. cit., págs. 338-340.

quince años (1975-1990) se duplica la producción de cobre». Chile se transforma en el primer productor mundial de cobre. Asimismo, «se descubren y explotan nuevos yacimientos de cobre de gran envergadura. Un ejemplo es La Escondida en la Región de Antofagasta. Esta gigantesca mina permaneció "escondida" e inexplorada mientras rigieron en Chile condiciones que impedían que los hombres de trabajo pudieran desarrollar sus capacidades y energías creadoras». En cuanto al oro, podemos decir que «es otro mineral que tiene un crecimiento considerable. De una explotación artesanal de poca importancia en el comercio mundial» se pasa a una explotación «con moderna tecnología y grandes minas» en las regiones de Atacama y Coquimbo. Chile pasaba a situarse «entre las naciones líderes en la producción de este valioso metal». Por último, cabe mencionar al litio. Este mineral, «nunca antes explotado en el país, junto con el resto de los denominados no cobre, aportan en 1989 mil millones de dólares a nuestras exportaciones».





La industria nacional se diversifica y moderniza, convirtiéndose en una poderosa fuente productora de nuevos y bien remunerados trabajos.<sup>470</sup> Por esta razón, Chile comenzó a exportar distintos productos: palitos de helados, juguetes, armas, libros, programas de *software*, etc.<sup>471</sup> También «las empresas pesqueras aprovecharon la apertura para proyectarse al exterior, llegando a exportar productos del mar en diferentes formas por valores cercanos a los mil trescientos millones de dólares en 1992. El valor de las exportaciones en 1973» era solo «de quince millones de dólares».<sup>472</sup> No podemos dejar de mencionar que se desarrolló en menos de una década la importante industria del salmón, concretamente en las costas de la Décima Región, incluida la provincia de Chiloé, entregando un tipo de salmón de alta calidad y con un crecimiento más rápido que en su país de origen debido a las favorables aguas frías de esa región del territorio nacional. Así, Chile –que nunca había aprovechado esta potencial riqueza– se convirtió en uno de los principales exportadores de salmón. En consecuencia con todo lo anterior, en la industria chilena «en 1989 hay un 50% más de plazas de trabajo que en una década atrás. La actividad fabril exporta ese año el equivalente a dos mil millones de dólares en productos manufacturados, más del doble de lo exportado por esta rama de la producción cuatro años antes y consume un 57% más de energía que diez años antes».<sup>473</sup>

Es importante dejar en claro que «no fue la reforma agraria lo que modernizó el campo chileno. Eso fue obra única y exclusivamente de la confianza de los mecanismos del mercado, el restablecimiento de los derechos de propiedad y de un gobierno que tuvo visión de largo plazo y que facilitó en todo lo que pudo –puertos, transportes, políticas

<sup>470</sup> Todo, en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 170-171.

<sup>471</sup> JOAQUÍN LAVÍN, *Chile: Revolución Silenciosa*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1987, pág. 16.

<sup>472</sup> BÜCHI, *óp. cit.*, pág. 142.

<sup>473</sup> Todo, en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 109 y 171.

sanitarias, incentivos al exportador– la proyección de la actividad agrícola chilena a otros mercados».<sup>474</sup> Los resultados de la producción agrícola son impactantes. Veamos algunas cifras: En 1990 la producción de trigo era de 17 millones de quintales,<sup>475</sup> muy superior a los 7,5 millones de quintales producidos en 1973. También se aumentó considerablemente la producción de arroz, maíz y papas.<sup>476</sup> En cuanto a las plantaciones frutícolas, digamos que «se llega a las 172 mil hectáreas en 1990, 109 mil más que las que existían 16 años atrás» y se extienden estas a las Regiones de Atacama y Coquimbo. Se introducen nuevas especies, como el kiwi y los *berries*. Se consiguen grandes avances tecnológicos que permiten aumentar el rendimiento por hectárea y la calidad de los productos.<sup>477</sup> Se establece el regadío gota a gota (goteo computarizado) de miles de hectáreas de viñas en el desierto de Atacama<sup>478</sup> y «se monta una red de plantas embaladoras y frigoríficos, todos construidos por productores y exportadores nacionales e internacionales privados. Ciento dieciséis millones de cajas se exportan en el último año del Gobierno Militar, lo que aporta a nuestro país un retorno de más de 600 millones. Recordemos que en 1973» solo se «exportaron 14 millones de dólares».

Durante el Gobierno del general Pinochet, «Chile se transforma en el principal exportador hortofrutícola del hemisferio sur. Además, los progresos en la fruticultura y horticultura permiten el desarrollo de una moderna agroin-

<sup>474</sup> BÜCHI, *óp. cit.*, pág. 120.

<sup>475</sup> «La mejor producción de trigo había sido entre los años 1965-1966, con un total de 13 millones de quintales con 767 mil hectáreas sembradas. En 1985-1986 es superada con 16 millones, llegando a casi 19 millones de quintales en 1987. Se mantuvo en alrededor de los 17 millones durante los años 88, 89 y 90 con una clara disminución de las hectáreas sembradas (583 mil en la temporada 1989-90) y con el consiguiente aumento del rendimiento por hectárea: de 14 quintales por hectárea en el período 1972-1973 se llegó a 29,5 el año 1989-1990 (MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 90).

<sup>476</sup> WHELAN, *óp. cit.*, pág. 32.

<sup>477</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 90-91.

<sup>478</sup> WHELAN, *óp. cit.*, págs. 903-904.



dustria con plantas de concentrados, jugos y otros productos con una producción de 280 mil toneladas equivalentes a los 275 millones de dólares». Otro rubro que tiene un positivo avance fue la vitivinicultura. A principios de los 90, Chile ya se había convertido en «el tercer exportador de vinos a Estados Unidos, desplazando a renombrados países europeos». «Por sus condiciones de suelo, luminosidad y caída pluviométrica, Chile posee un número muy relevante de hectáreas de terreno que no son aptas para la agricultura, con un bajo rendimiento ganadero, pero sí tienen un gran potencial forestal». Tocó al régimen militar crear las condiciones para transformar esta riqueza potencial en riqueza tangible. Los resultados son impresionantes. Solo «290 mil hectáreas habían sido plantadas hasta 1974 con bosques artificiales». «En 1990 había 1.400.000 hectáreas de bosques artificiales en Chile junto al desarrollo de una importante industria de celulosa, papel, muebles, maderas elaboradas, con una creciente capacidad de exportación y abastecimiento interno».<sup>479</sup> Las exportaciones forestales lograron en 1992 los 420 millones de dólares, mientras la industria de la celulosa y el papel alcanzó los 685 millones. En 1973, las exportaciones forestales eran apenas seis millones de dólares y la celulosa y el papel contribuían treinta millones.<sup>480</sup>

Finalmente, la demostración más clara del éxito logrado en el agro es el resultado de la balanza comercial silvoagropecuaria. En 1973 solo se exportaron 84 millones de dólares y se importaron 607 millones, con una balanza negativa de 523 millones de dólares. «En 1989 exportamos US\$ 1.802 millones» y solo «importamos US\$ 272 millones, con un saldo positivo de US\$ 1.530 millones. El aumento de la ocupación en el agro es también muy importante. En 1972 habían 375 mil personas ocupadas en ese sector y en marzo de 1990 eran 871 mil. Medio millón de nuevos trabajos crea-

<sup>479</sup> Todo, en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 90-93.

<sup>480</sup> BÜCHI, *op. cit.*, pág. 121.

dos en el Gobierno Militar». La tasa de desocupación en el agro, en marzo de 1990, fue de 2,4%. Cabe mencionar, por último, que el régimen militar –en su afán de regularizar la Reforma Agraria y de sanear decenas de miles de títulos de propiedad– creó un total de 225.000 nuevos propietarios en el agro.<sup>481</sup>

3) El régimen militar mejoró todos los índices macroeconómicos.

«Los déficit públicos de los años setenta, que llegaron a ser superiores al 20% del PBI, fueron reduciéndose gradualmente y ya a principios de 1980 el país tenía un fuerte superávit. La holgura terminó con la crisis de la deuda, pero reapareció en 1986, cuando Chile volvió a tener superávit. Entre 1984 y 1990, el gasto corriente fiscal bajó del 30% del PBI al 20%», lo que permitió que el ahorro nacional subiera «de 2% al 17% del PIB».<sup>482</sup>

En 1992 las reservas internacionales llegaban a más de seis mil millones de dólares. ¡Qué lejos estaban en la historia las reservas negativas de 230 millones que nos legó el socialismo de Allende! «La relación entre nuestra deuda externa neta y nuestras exportaciones era en 1972, 4,2 veces». En 1989 es solo 1,6 veces.<sup>483</sup>

En 1989 el país exportaba 8.193 millones de dólares en bienes y servicios e importaba 6.734 millones.<sup>484</sup> «El cobre, que hacia los '70 representaba el 80% de las exportaciones, hacia los '90 sería menos del 45%».<sup>485</sup> No cabe duda de que las exportaciones no tradicionales reaccionaron con un dinamismo sorprendente (entre 1964 y 1970, la tasa de cre-

<sup>481</sup> Todo, en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 86 y 93-94.

<sup>482</sup> BÜCHI, *op. cit.*, págs. 310-311.

<sup>483</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 170-171.

<sup>484</sup> CAÑAS, *op. cit.*, pág. 249.

<sup>485</sup> GONZALO VIAL CORREA, «Pinochet, decisiones claves (IX): El Plebiscito», en fascículo de *La Segunda*, 30/04/1998.



cimiento de estas tuvo un promedio de 3,7%; entre 1973 y 1987, 16%).<sup>486</sup>

La inflación dejada por Allende era del 1.000%. En 1978 ella alcanzó a un 30,3%; disminuir en 5 años la inflación en más de un 900% «es una hazaña que difícilmente encuentra parangón en la historia económica moderna».<sup>487</sup> En 1989, la inflación era de un 21,4%.<sup>488</sup> La reducción de la inflación fue uno de los más grandes méritos del régimen de Pinochet. Como bien ha dicho Patricio Navia, «un gobierno que ha logrado detener la inflación puede atribuirse correctamente el mérito de haber reducido de manera sustancial las incertidumbres que agobiaron a los chilenos desde comienzos de la década de los '60».<sup>489</sup>

El país alcanzó tasas espectaculares de crecimiento entre 1976 y 1981 y luego desde 1985 hasta 1998, una vez superada la crisis económica de la deuda de comienzos de los 80. «En 1986 y 1987 el crecimiento anual del producto fue de 5,7%». En 1988 se incrementó a 7,4% y en 1989 llegó a la inédita cifra de 10%. «Así, durante la segunda mitad de los años 80», el Chile de Pinochet «creció a un ritmo promedio de 5,7% anual, siendo la más dinámica de América Latina».<sup>490</sup> Chile fue el único país de la región que creció en la denominada «década perdida» de América Latina.

En el período 1981-1992 «el crecimiento per cápita chileno es el mayor de Latinoamérica, según las cifras de la Cepal, incluso mayor que el de Colombia, que en realidad no vivió la crisis de la deuda. Las únicas excepciones son algunos pequeños países del Caribe».

<sup>486</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 902.

<sup>487</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, pág. 356.

<sup>488</sup> CAÑAS, *op. cit.*, pág. 249.

<sup>489</sup> Patricio Navia lo dice en su libro *Las grandes Alamedas. El Chile post Pinochet* (Editorial La Tercera-Mondadori, Santiago, 2004). Citado en: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Cinco presidentes y el poder*, pág. 78.

<sup>490</sup> CAÑAS, *op. cit.*, págs. 249-250.

El auge de la economía chilena permitió una reducción drástica de la cesantía. «Entre 1985 y 1989 se crearon un promedio de 239 mil empleos. Hasta entonces, la economía chilena jamás había creado tantos puestos de trabajo». Ya en 1989 el país tenía una tasa de desempleo «del 5% y habían desaparecido totalmente los programas laborales de emergencia».<sup>491</sup>

Por todo lo anterior, a principio de 1989, Mario Vargas Llosa reconocía que Chile era «el país más avanzado de la región» y le recomendaba a «los triunfadores del plebiscito» de 1988 no «poner en peligro lo ganado...».<sup>492</sup>

4) El régimen militar adecuó la legislación laboral al sistema económico libremercadista, modificó el sistema previsional y otorgó a los trabajadores la posibilidad de llevar sus imposiciones de salud a entes privados, sustrayéndose de la «atención» del Estado.

En cuanto a la modificación de la legislación laboral, destaquemos: se instauró la libre afiliación y se permitió formar varios sindicatos en una misma empresa; se eliminaron los términos de «empleado» y «obrero» y se instituyó una sola categoría de trabajadores, con iguales derechos y obligaciones; se derogó el uso obligatorio del carné en una infinidad de oficios (el carné llegó a ser tan imprescindible que sin él no se podía ser peluquero, músico, trabajador de la industria gráfica, electricista, empleado de un hotel, cantante, humorista, operador cinematográfico, vendedor de vino, cargador, etc.); se suprimió la colegiatura obligatoria para el ejercicio de las profesiones (médico, profesor, abogado, ingeniero, etc.); se ratificó el derecho a huelga, mas no indefinida, estableciendo el derecho a reemplazo; se establecieron las normas para la negociación colectiva sobre bases rigurosamente técnicas; se restablecieron los tribuna-

<sup>491</sup> Todo, en: BÜCHI, *op. cit.*, págs. 168, 261 y 298.

<sup>492</sup> En: *La Segunda*, 10 de febrero de 1989.



les del trabajo; se incentivó la capacitación de los trabajadores a través de un mecanismo de extensión tributaria a las empresas (a fines del régimen militar, más de un millón y medio de trabajadores habían sido capacitados gracias a esta iniciativa); se suprimieron los estatutos excepcionales vigentes para determinados grupos de trabajadores, cuya existencia constituía una incongruencia frente al principio de trabajo e igualdad ante la ley, etc. No se puede dejar de mencionar que Pinochet mostró su preocupación por los trabajadores a lo largo de los años 80 mediante el constante otorgamiento de aguinaldos, reajustes de sueldos y asignaciones familiares, resultando favorecidos mayoritariamente los trabajadores públicos. La culminación de modernización de las leyes laborales fue la dictación del Código del Trabajo de 1987, el segundo de la historia de Chile.<sup>493</sup>

También correspondió al Gobierno de Pinochet llevar a cabo una reforma a la previsión. Se pasó del sistema de fondo común o de reparto al sistema de capitalización individual. En cuanto al sistema de fondo común o de reparto, es preciso señalar que un abultado número de instituciones (32 en 1979) administraban las contribuciones provisionales de los trabajadores afiliados a un subsistema, por ejemplo, la Caja de Empleados Públicos, la Caja de Empleados Particulares y el Seguro Social. Las cajas entregaban distintos beneficios y, por supuesto, pagaban las jubilaciones. Ya en los años 60 era evidente que el sistema era deficiente (se había acumulado un desfinanciamiento crónico y creciente, que debía ser cubierto con un constante aumento de las cotizaciones y de los aportes del fisco) e injusto (no todos los imponentes se jubilaban a la misma edad; la inmensa mayoría de la población recibía pensiones insuficientes; centenares de miles de trabajadores no tenían, simplemente, pensión). Las mejores jubilaciones dependían de la capacidad de pre-

<sup>493</sup> Véase: MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 106-108; PIÑERA, *La revolución laboral en Chile*, desde la página 45 en adelante; BÜCHI, *op. cit.*, págs. 162-174; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 699-708.

sión que los diversos grupos tenían sobre el parlamento. En 1968 había dos mil leyes provisionales y el país gastaba el 18,1% del Producto Nacional en previsión. Chile era uno de los países que tenía uno de los más altos costos previsionales. Diversos gobiernos pretendieron reformar este sistema para remediar sus debilidades y entregar mejores pensiones, pero ninguno de estos prosperó. El año 1980, las imposiciones previsionales deducidas efectivamente a individuos que aún no jubilaban, poseían igual importe que la deuda externa del país, unos diecisiete mil millones de dólares; los activos que permanecían en los fondos eran apenas una fracción de esta suma.

La tan necesaria reforma comenzó a operar a fines de ese mismo año. Idea inicial de Miguel Kast, la desarrolló e hizo realidad José Piñera. El sistema de capitalización individual estandarizó los aportes de los trabajadores (un 10% de la remuneración) y la edad para jubilar (todos los hombres a los 65 años, todas las mujeres a los 60). La pensión sería, sencillamente, el interés que rindiera el capital o el aporte (imposiciones) ahorrado por cada uno durante su vida activa, capital que le pertenecería, permaneciendo a su nombre. El Estado solo garantizaba una pensión mínima. Asimismo, la reforma resolvió entregar estos aportes o ahorros individuales -para que fuesen conformando el capital último y definitivo- a entes privados, que los administrasen e hicieran crecer hasta el momento del retiro. Entes llenos de las indispensables regulaciones, restricciones y precauciones... pero privados. Fueron las AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones), entre las cuales los cotizantes podían optar libremente. No era obligación la incorporación al nuevo sistema de las personas que estaban adscritas a las antiguas cajas. En cambio, se hizo obligatorio para todo aquel que se incorporara a la vida laboral. La existencia de imponentes o beneficiarios del antiguo sistema llevó a las autoridades a crear un nuevo organismo (Instituto de Normalización Provisional) y un mecanismo



encargado de su manejo, hasta su liquidación final y entero reemplazo por el nuevo sistema. El sistema de capitalización individual ha demostrado ser más efectivo, económico y justo que el sistema de reparto. También alcanzó mayor cobertura que el antiguo. En la actualidad, Chile es uno de los países líderes de América Latina en cobertura previsional. La mayor parte de las pensiones por vejez a la edad legal son el resultado del ahorro acumulado en la AFP y el bono de reconocimiento por imposiciones efectuadas en el antiguo sistema. Hacia el año 2020 habrá pensionados «puros», con cotizaciones solo en el sistema de AFP. Pero, además, las AFP han generado un colosal monto de dineros, que administran e invierten (parcialmente) en negocios de privados. Así, la reforma previsional no solo puso a buen resguardo las imposiciones de los trabajadores sino que además devino en una revolución económico-financiera, una inyección formidable al ahorro productivo. El sistema previsional instaurado por el régimen de Pinochet era una extravagancia para comienzos de los 80, hoy –en distintas formas– la aplican más de cien países.<sup>494</sup>

En cuanto a las imposiciones para salud, que continuaron siendo obligatorias, el régimen militar las fijó en un 7% de la remuneración imponible del trabajador y abrió, a partir de 1981, la opción de utilizarlas atendiéndose en el sector público (Fondo Nacional de Salud, FONASA) o llevarlas a entidades privadas (las Instituciones de Salud Previsional, ISAPRES). Más adelante abordaremos las reformas a la salud impulsadas por las autoridades de entonces.

Estas instituciones –con posibilidades de mejorar, como todo lo humano– han pasado a ser básicas en nuestra vida social. ¿Se concibe una previsión sin AFP, entregada a

<sup>494</sup> Véase: JOSÉ PIÑERA, *El cascabel al gato*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1995, desde la página 19 en adelante; VIAL, *Pinochet, la biografía*, tomo II, págs. 391-393; MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, págs. 110-113; BÚCHI, *op. cit.*, págs. 174-187; *Sistema de AFP. Mitos y Realidades*, Departamento de Estudios Asociación de AFP A.G., 2005; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 708-710; HUNEEUS, *op. cit.*, págs. 452-454.

las antiguas cajas? ¿Un FONASA sin ISAPRES? ¿Un Código del Trabajo con huelgas indefinidas y sindicalización obligatoria y automática? La respuesta es: no. Los gobiernos de la Concertación hicieron «cambios o propuestas de cambios a las leyes laborales, previsionales, de salud, etc., pero sin alterar la línea gruesa del sistema. Nadie sino marginales políticos hablan de suprimir las AFP para retornar al “fondo común”, o las ISAPRES, para reinstaurar el monopolio curativo del Servicio Nacional de Salud (institución que fue reemplazada por FONASA en 1980), ni de afiliación obligatoria a los sindicatos, etc.».<sup>495</sup>

<sup>495</sup> VIAL, *Chile, cinco siglos de historia*, tomo II, pág. 1385.



## VI

El régimen militar llevó a cabo un sinnúmero de obras públicas que contribuyeron enormemente a la integración y modernización del país.

Realizó en las distintas comunas del país innumerables obras que mejoraron la fisonomía de los lugares, como la pavimentación de caminos y calles, la formación de nuevas poblaciones y la construcción y remodelación de hospitales, centros de atención primaria, edificios públicos, escuelas, liceos, bibliotecas, teatros, paseos peatonales, plazas y parques, etc.<sup>496</sup> Cabe destacar que se realizaron más de mil obras para el deporte en todo el país.<sup>497</sup> «El énfasis en regiones fue primordial, pues "Santiago no es Chile", pensaba el presidente (Pinochet); pero también en la capital hubo progresos notables, como la expansión y puesta en marcha del metro desde el 15 de septiembre de 1975, así como una renovación urbanística» que «cambió la cara de la ciudad» y permitió «su definitiva conversión en una urbe moderna».<sup>498</sup>



<sup>496</sup> Véase: ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo I, págs. 359, 364-367, 370-373 y 391, y tomo II, págs. 507-508, 605-610, 726, 782-783 y 799-801.

<sup>497</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>498</sup> LABBE, *Biografía política del Estado de Chile*, pág. 238.

Construyó 2.155 km de caminos nuevos y 450 puentes. También se rehabilitaron 100 puentes y se recuperó la carretera Longitudinal en un 85%.<sup>499</sup> La obra vial más emblemática del período fue la construcción de la carretera Longitudinal Austral. Esta carretera –que Pinochet anhelaba para Chile desde 1956, cuando era profesor de la Academia de Guerra– permitió integrar al país 140 mil kilómetros cuadrados, concretamente el área de Chiloé continental y la región Aysén del General Carlos Ibáñez del Campo. En varias oportunidades el general Pinochet se refirió a la importancia de esta magna obra.<sup>500</sup> Por ejemplo, en febrero de 1988, dijo: «Es la obra más grande que se ha hecho en el siglo», pues se abrió «un camino de 1.200 kilómetros de selva, ventisqueros, ríos, riachuelos, pantanos y otros obstáculos. La geopolítica indicaba la necesidad de tener un terreno donde posteriormente nuestra población se pueda expandir. Ahí hay una población de 0,3 por ciento y es el futuro de Chile. Hay que mirarlo a 50 años».<sup>501</sup> Otras obras viales de importancia son la autopista Santiago-San Antonio y la segunda calzada en la ruta que conecta Santiago y Valparaíso.<sup>502</sup>

Hacia la década del setenta Chile suscribe el «Convenio Pentapartito» con Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. Desde 1974 aumentó el comercio entre Chile y Argentina, lo que motivó el desarrollo de un sistema carretero internacional acorde con las cargas transportadas. Esto llevó a la construcción de una carretera que comunicara fluidamente a Valparaíso con Mendoza, conectando al país con la

<sup>499</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>500</sup> En: *Presidente Pinochet. Transición y consolidación democrática 1984-1989*, Editado por el Centro de Estudios Sociopolíticos, CESP, Santiago de Chile, 1989, págs. 247-250.

<sup>501</sup> En: *Revista Qué pasa*, N° 1284, 18 de noviembre de 1995, pág. 31.

<sup>502</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, Oficina de Planificación Nacional, *Sabemos hacia dónde vamos. Algunos logros del Gobierno del presidente Augusto Pinochet Ugarte 1974-1987*, Santiago, S/E, pág. 134.



costa atlántica. También se construyó el túnel Cristo Redentor (1980), para superar la barrera andina.<sup>503</sup>

El régimen militar desarrolló obras para aumentar el tráfico aéreo de pasajeros y carga a nivel nacional e internacional. Edificó el aeropuerto de Iquique y realizó obras de refuerzo y alargamiento en los aeropuertos de Chacalluta, Cerro Moreno, Chamonate, Cerrillos, Manquehue, Presidente Carlos Ibáñez del Campo,<sup>504</sup> Mataverí (Isla de Pascua)<sup>505</sup> y Aeródromo Capitán Fuentes Martínez.<sup>506</sup> Además, se construyó entre 1973 y 1986 una serie de pequeños aeródromos con un valor de 14.000 millones de pesos. Hacia 1987 el país poseía 7 aeropuertos internacionales, 16 aeródromos troncales, 24 aeródromos secundarios y 60 pequeños aeródromos.<sup>507</sup>

Mejóro el potencial eléctrico del país. Se proyectó y construyó una de las mayores obras civiles de nuestra historia: la central hidroeléctrica Colbún-Machicura en la Región del Maule. También se levantó el embalse El Toro y se diseñó y entró en funciones la mayor planta termoeléctrica del país, Tocopilla, para abastecer al Norte Grande. La empresa privada construyó y puso en funcionamiento centrales de gran tamaño, como es el caso de Canutillar y El Alfalfal.<sup>508</sup> Cabe destacar que hubo 2.785 obras de empresas eléctricas recibidas.<sup>509</sup> En consecuencia, la generación eléctrica aumentó de 8.350 millones de kWh a 12.795 millones de kWh, es decir, en un 53%.<sup>510</sup>

<sup>503</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, *Chile 1973-1983*, Edition Delroisse, Boulogne, France, pág. 76.

<sup>504</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>505</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 608.

<sup>506</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>507</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, Oficina de Planificación Nacional, óp. cit., pág. 133.

<sup>508</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 171.

<sup>509</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>510</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, Oficina de Planificación Nacional, óp. cit., pág. 136.

Emprendió obras de saneamiento urbano y rural que mejoraron las condiciones de vida de los más pobres. «En 1970» solo «el 66,5% de la población de los sectores urbanos tenía agua potable. En 1988, el 98,52%. En los sectores rurales el 34,2% se abastecía a través de una red de agua potable. En 1986 el 74%». <sup>511</sup> Al finalizar el régimen militar, se había dotado de servicio de agua potable rural a más de 850 localidades rurales.<sup>512</sup> «En relación al alcantarillado en los sectores urbanos», solo «el 31,1% estaba conectado a este servicio en 1970. En 1988 el 80,5%». <sup>513</sup>

Ejecutó obras de riego que beneficiaron a 300.000 hectáreas fértiles.<sup>514</sup>

Particular preocupación tuvo el Gobierno de Pinochet por dotar a los tribunales de edificios dignos. Entre 1973 y 1987 se construyeron 5 cortes y 71 juzgados de letras.

Es necesario mencionar, por último, que mejoró y amplió la infraestructura carcelaria. Se edificaron 22 nuevos centros penitenciarios de distinta capacidad. Prueba del éxito logrado en este campo es que, entre 1973 y 1987, la superficie total de construcciones carcelarias creció en un 79,5%, de 164.495 metros cuadrados a 295.200 metros cuadrados.<sup>515</sup>

<sup>511</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 169.

<sup>512</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>513</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 169.

<sup>514</sup> En: [http://www.fundacionpinochet.cl/1024\\_768.html](http://www.fundacionpinochet.cl/1024_768.html).

<sup>515</sup> RAFAEL VALDIVIESO, óp. cit., pág. 209.



El Gobierno de Pinochet redujo el tamaño del Estado y modernizó su funcionamiento e hizo que dejara de ser el principal productor y empleador del país, orientando sus esfuerzos a la labor social, para lo cual «materializó otro hito en su gestión, que tendría incalculables y prolongados efectos». Se trata del Mapa de Extrema Pobreza (1974)<sup>516</sup> que, elaborado por ODEPLAN y el Instituto de Economía de la Universidad Católica, «permitió por primera vez orientar el gasto social desde una base objetiva y hacia donde más se lo necesitaba».<sup>517</sup>

Sobre la base de este estudio, que posteriormente fue profundizado,<sup>518</sup> se implementó, en beneficio de los sectores más vulnerables, una serie de prestaciones, tales como el subsidio único familiar, pensiones asistenciales, programas de empleos de emergencia y de alimentación escolar, etc.<sup>519</sup> Pero, igualmente, sirvió para que el régimen colocara hitos fundamentales para avanzar en lo que Gonzalo Vial llamaba los pilares del progreso social: vivienda, salud y educación. Hitos que hoy se dan como archiconocidos... pero que en su momento constituyeron toda una innovación, según veremos a continuación.

El régimen de Pinochet heredó, al igual que todos los gobiernos anteriores, «una lacra histórica: el crónico y progresivo déficit habitacional, déficit configurado por la escasez de viviendas y, además, por la pésima calidad de un buen porcentaje de las existentes». Este problema se arrastraba desde 1865 y, pese a los esfuerzos realizados desde comienzos del siglo XX, el problema seguía siendo dramático e intolerable.<sup>520</sup>

<sup>516</sup> Se utilizó para elaborar este mapa el XIV Censo de Población y el III de Vivienda, de abril de 1970 (SERGIO MOLINA, ÁLVARO DONOSO, AGUSTÍN LLONA, SERGIO BAEZA, MIGUEL KAST, *Mapa de la Extrema Pobreza en Chile*, Documento de trabajo N° 29, noviembre de 1974, Universidad Católica, pág. 2).

<sup>517</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 99.

<sup>518</sup> MOLINA et ál., *op. cit.* págs. 30-31.

<sup>519</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 99.

<sup>520</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 63-69.



Con el fin de enfrentar este flagelo, el régimen militar inventó e impulsó un exitoso sistema para fomentar la vivienda social: los subsidios, vigentes y operantes hasta hoy. Este mecanismo lo diseñó ODEPLAN, bajo la conducción de Miguel Kast, al cual ayudaron también Hernán Büchi y Miguel Ángel Poduje. Mientras no existió el subsidio, la vivienda popular era edificada por el Estado, actuando múltiples organismos, como la Corporación de la Vivienda (CORVI), la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU) y las diversas cajas de previsión, etc. La multiplicidad de operadores dispersaba los recursos, desaprovechándose las economías a escala. Añádanse las demoras, las ineficiencias y los sobrecostos, innatos de la gestión burocrática cuando ella irrumpe los campos donde la iniciativa privada funciona mejor que la pública. Regía, además, el favoritismo en la asignación de las viviendas: influjos partidistas o de los grupos laborales más organizados. Todo convergía a que las habitaciones para gente humilde se construyeran en menor número -y más caras y de peor calidad que lo anhelado y alcanzable- y a que



los sectores de inferior peso político y social –dentro de la pobreza– carecieran de acceso a la vivienda.

Tan deficiente era el sistema, que en 1973 el déficit habitacional llegó a un millón de unidades.

El subsidio abrió el camino para acabar con este déficit. Fue asignado gratuitamente –es decir, sin cargo de restituirlo ni pagar intereses– al pobre que precisaba habitación, siempre que: poseyese ahorro previo para la vivienda y reuniera un «puntaje» suficiente, que a su vez derivaba de condiciones subjetivas, v.gr., monto de aquel ahorro, tamaño de la familia, nivel económico del aspirante. Así se estimulaba el esfuerzo propio, se eliminaban los favoritismos discrecionales y se ayudaba a los más necesitados (el subsidio era mayor cuanto mayor era la pobreza). «La publicidad del sistema –quiénes habían ganado subsidio y los respectivos puntajes– aseguró su transparencia». «Con el ahorro y el subsidio en mano, el beneficiario elegía y pagaba su habitación, fuere en el mercado de la oferta particular, fuere en las viviendas que el Estado continuó construyendo, pero licitándolas a la empresa privada».<sup>521</sup>

Si bien la entrega de subsidios a los chilenos de escasos recursos fue la prioridad del Ministerio de Vivienda, el Gobierno de Pinochet no se olvidó de los sectores medios, puesto que pensando en ellos creó un sistema de ahorro y financiamiento. También se dedicó afanosamente a la entrega de títulos de dominio. En junio de 1988, Pinochet destacó que Chile, como ningún otro país, se había dado el lujo de entregar 900.000 casas a los que tenían menos recursos. Al mes siguiente, el Gobierno formalizó un cambio muy importante en el carácter del subsidio habitacional, pues con el otorgamiento de casi diez mil subsidios se dio el vamos a las postulaciones al Sistema General Unificado, que refundió el subsidio tradicional (mediante el cual se compraban

casas de hasta 400 UF) con el sistema de ahorro y financiamiento (mediante el cual se adquirirían viviendas de hasta 2.000 UF).<sup>522</sup> Es innegable que el Gobierno Militar desarrolló, «en materia habitacional, una labor gigantesca, nunca siquiera igualada por ninguna administración pasada».<sup>523</sup> A fines de los años 80 el balance era el siguiente: la edificación de un millón de viviendas, la erradicación de 146.000 de las 153.000 familias que en 1973 habitaban en campamentos y la entrega de más de un millón de títulos de dominio.<sup>524</sup>

En otra área, digamos que el régimen militar tuvo que hacer lo increíble para aumentar progresivamente el nivel de salud de toda la población.

La labor gubernativa en el sector se concentró en:

1. Mejorar y ampliar la infraestructura del sistema de salud pública. Hubo por parte del Estado una cuantiosa inversión de recursos para construir, habilitar y ampliar hospitales, consultorios y postas.<sup>525</sup>

2. Constituir nuevas instituciones. Creó el Sistema Nacional de Servicios de Salud (1979) y descentralizó su funcionamiento mediante la instauración de servicios de salud regionales. «Reemplazó el Servicio Nacional de Salud y el Servicio Médico Nacional de Empleados por el llamado Fondo Nacional de Salud o FONASA (1980), que aparte de refundir en uno solo esos dos organismos (destinado a los obreros el primero y a los empleados el segundo), se con-

<sup>522</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, págs. 710-715.

<sup>523</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 71. También véase: LUIS BRAVO HEITMANN y CARLOS MARTÍNEZ, *Chile: 50 años de Vivienda Social 1943-1993*, Corbella Editores, Universidad de Valparaíso, 1993, págs. 24-25, 27 y 203-205. El Gobierno de Pinochet construyó en poco más de tres lustros más viviendas sociales de las que se erigieron en el período 1942-1973 (Fuente: Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 1996).

<sup>524</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 799.

<sup>525</sup> Véase: RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 79-80; ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 726 y nota 504.

<sup>521</sup> Todo, en: GONZALO VIAL CORREA, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (4) Vivienda, Salud, Educación», en: *La Segunda*, 26/06/2001.



virtió en continuador de ambos en los aspectos administrativos y financieros». <sup>526</sup> También FONASA tuvo que otorgar cobertura de atención a las personas indigentes, recibiendo para ello un aporte fiscal directo.

3. Traspasar a los municipios la administración de consultorios y postas de atención primaria. Este proceso comienza en 1981 y culmina en 1987. Los hospitales continuaron bajo el manejo y control directo de los servicios de salud.

4. Formar un sistema privado de salud. Se abrieron así las puertas a las Instituciones de Salud Previsional, conocidas como ISAPRES, para terminar con el monopolio de FONASA. Cada trabajador podía elegir en qué sistema cotizar. Aunque en los inicios del sistema la mayoría de los afiliados pertenecía a estratos de ingresos altos, la salud privada se fue masificando... hasta incluir a afiliados de ingresos medios. <sup>527</sup> Treinta y un ISAPRES y un millón y medio de afiliados se contabilizaban en 1988. <sup>528</sup> Las ISAPRES incrementaron las posibilidades de acceso a la salud, por lo que el número de consultas médicas creció significativamente, pasando de 12.899.000 en 1981-año de inicio del sistema privado- a cerca de 20 millones de consultas en 1987. La necesidad de satisfacer la creciente demanda por servicios de salud, canalizada a través de las ISAPRES, hizo que el sector privado incurriera en una fuerte inversión en infraestructura y tecnología. <sup>529</sup> En 1988 el sistema de ISAPRES contaba con más de 8.500 médicos, 150 clínicas, 385 centros médicos y 389 laboratorios clínicos. <sup>530</sup>

5. Diseñar planes y medidas para disminuir las tasas de mortalidad (general, infantil y materna), mejorar la sa-

<sup>526</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 76.

<sup>527</sup> LAVÍN, *op. cit.*, pág. 134.

<sup>528</sup> JOAQUÍN LAVÍN y LUIS LARRAÍN, *Chile Sociedad Emergente*, Editorial Zig-Zag, Santiago 1989, cuarta edición, pág. 42.

<sup>529</sup> LAVÍN, *op. cit.*, págs. 133-137.

<sup>530</sup> LAVÍN y LARRAÍN, *op. cit.*, pág. 42.

lud materno-infantil, atacar sistemáticamente la desnutrición infantil <sup>531</sup> y prevenir las enfermedades y epidemias. <sup>532</sup>

Paralelamente, como dijimos, el Estado emprendió obras de saneamiento urbano (por ejemplo, alcantarillado y agua potable) y rural (agua potable a 850 localidades rurales).

Todas las reformas, iniciativas y obras públicas descritas permiten que el régimen de Pinochet exhiba un balance extraordinario en salud: «aumento en un 38% de los boxes de atención médica; incremento del 75% de establecimientos con equipos dentales; incremento del 85% de establecimientos con equipos de esterilización; aumento del 80% del número de horas médicas semanales; aumento en un 36% del número de atenciones, <sup>533</sup> incremento en un 17% del número de los partos atendidos por profesionales, <sup>534</sup> la mortalidad general baja de 8,4% en 1973, a 5,9% en 1986, <sup>535</sup> la esperanza de vida de los chilenos, que en 1973 era de 65 años, sube a 72 en 1990, <sup>536</sup> la tasa de mortalidad infantil descende de 65,8 por mil nacidos vivos en 1973, <sup>537</sup> a 17,1 en 1989, constituyéndose en una de las más bajas de Latinoamérica; la mortalidad materna, que en 1970 era de 12,2 por cada 10 mil nacidos vivos, baja a 4,11 en 1988; la desnutrición infantil descende de 15,5% en 1970, a 8,3% en 1989; la desnutrición grave infantil prácticamente desaparece (0,1% en 1989); <sup>538</sup> etc.

En educación, por fin, el régimen de Pinochet dio pasos importantes:

<sup>531</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 44-61.

<sup>532</sup> VIAL, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (4) Vivienda, Salud, Educación», *op. cit.*

<sup>533</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, págs. 101-102.

<sup>534</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 170.

<sup>535</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 74.

<sup>536</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 801.

<sup>537</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 907.

<sup>538</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 170.



1. La descentralización drástica y masiva vía municipalidades de la educación básica y media. Este proceso comienza en 1981 y termina en 1986. Una vez finalizado, las municipalidades administraban más de seis mil establecimientos educacionales a lo largo de Chile, manejados por una corporación. Desde entonces, las decisiones que afectan el funcionamiento de escuelas y liceos ya no se adoptan centralmente en el Ministerio de Educación, sino en el propio municipio (v. gr., no más vidrios quebrados esperando la aprobación o el financiamiento del Ministerio de Educación para ser repuestos).<sup>539</sup>

2. El pago de una subvención pareja, por niño y asistencia, al sostenedor municipal (corporación), pero también al particular... para estimularlo a impartir enseñanza gratuita. Así, renacieron los colegios de la Iglesia, que en los años 60 esta había debido cerrar -en número superior a mil- por falta de financiamiento. La regularidad perfecta del pago de la subvención provocó una fuerte expansión de la cobertura.<sup>540</sup>

3. Termina con la situación de anarquía, indisciplina y politización que afectó a las universidades chilenas durante la década revolucionaria.<sup>541</sup>

4. Reconoció la existencia de las universidades tradicionales (Universidades de Chile, Católica de Chile, de Santiago, de Concepción, del Norte, Austral, Católica de Valparaíso y Técnica Federico Santa María) y dio vida a otras nuevas derivadas de sedes regionales (Universidades de Tarapacá, de Antofagasta, de Atacama, de La Serena, de Valparaíso, de Talca, de La Frontera y de Magallanes).

<sup>539</sup> Véase: LAVÍN, *op. cit.*, pág. 111; LAVÍN y LARRAÍN, *op. cit.*, pág. 98.

<sup>540</sup> VIAL, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (4) Vivienda, Salud, Educación», *op. cit.*

<sup>541</sup> Para una consideración general del tema, véase: GONZALO ROJAS SÁNCHEZ, *La Universidad: una pasión, una vocación*, Editorial Algarrobo, Santiago, 1997.

5. Creó un nuevo mecanismo de financiamiento para las universidades tradicionales y estableció que los alumnos que no pudieran solventar su educación universitaria recibirían un crédito fiscal, pagadero dos años después de haber egresado, con un interés del 1% anual y en un plazo de diez o (excepcionalmente) quince años.

6. La apertura a los particulares de la posibilidad de abrir universidades, institutos profesionales y centros de formación técnica. A fines del Gobierno Militar habían cuatro universidades privadas (Gabriela Mistral, Diego Portales, Central y Finis Terrae) y numerosos institutos profesionales y centros de formación técnica.<sup>542</sup> Las entidades privadas de educación, sin un costo para el erario público, van a ir liberando, con el correr de los años, millares de vacantes de los planteles tradicionales, para alumnos de menos recursos.<sup>543</sup>

En el balance del sector educacional se puede señalar que el Gobierno Militar obtuvo importantes logros: «la cantidad de niños de familias pobres que no asistían al colegio se redujo de 41% en 1970, a 9,9% en 1982»;<sup>544</sup> el promedio de escolaridad, que en 1970 era de 4,3 años, sube a 8,25 en 1989; la cobertura de la educación media, que en 1970 era de 49,7%, llega al 81,8% en 1988; también aumentó la cobertura de enseñanza básica<sup>545</sup> (92% en 1989);<sup>546</sup> el analfabetismo en la población mayor de 15 años, que en 1970 era de 11%, bajó a 5,5% en 1989<sup>547</sup> (a título de comparación, en 1990 las tasas de analfabetismo en Brasil eran del 19%, en México del 12% y en Venezuela del 10%);<sup>548</sup> la matrícula de educa-

<sup>542</sup> Todo, en: RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, págs. 235-237.

<sup>543</sup> VIAL, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (4) Vivienda, Salud, Educación», *op. cit.*

<sup>544</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 908.

<sup>545</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 169.

<sup>546</sup> LAVÍN y LARRAÍN, *op. cit.*, pág. 97.

<sup>547</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 169.

<sup>548</sup> CHESNAY, *op. cit.*, págs. 214-215.



ción superior, que en 1975 ascendía a 145.000 alumnos,<sup>549</sup> sube a 249.482 en 1990.<sup>550</sup>

Al terminar el Gobierno de Pinochet no cabe duda de que «los pobres más pobres» habían sido «su preocupación permanente».<sup>551</sup> De allí que los esfuerzos realizados se hayan dirigido a terminar con el Chile de las poblaciones «callampas» y de las mediaguas, ampliar el acceso al alcantarillado y el agua potable, a resguardar el incremento natural de la población, a facilitar y mejorar su acceso a la salud, a disminuir el analfabetismo y a extender y mejorar la enseñanza pública. No debe extrañar, por consiguiente, que la extrema pobreza, que era de 21% en 1974, descendiera a 14% en 1988.<sup>552</sup> Nada de esto hubiese sido posible sin un incremento progresivo del gasto social, que durante los años 80 representó más de la mitad del gasto fiscal total.<sup>553</sup>

En resumidas cuentas, el régimen de Pinochet colocó hitos fundamentales en vivienda, salud y educación... que se transformaron en variables de progreso y beneficiaron directa e indirectamente a los más pobres, permaneciendo en el tiempo y bajo los cuatro gobiernos de la Concertación... Hasta la actualidad: la edificación de viviendas sociales opera bajo el sistema de los subsidios; FONASA tiene 11 millones de afiliados; las ISAPRES (pese al incesante ataque de los no pocos nostálgicos del monopolio curativo del Estado) tienen unos cuatro millones de afiliados (los que dan un silencioso pero efectivo respaldo al sistema de salud que las contempla), disminuyendo en el mismo número de potenciales enfermos la presión sobre FONASA; la subvención escolar sigue siendo la principal fuente de financiamiento de los sostenedores (corporaciones o

<sup>549</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 236.

<sup>550</sup> Ministerio de Educación, División de Educación Superior, *Compendio Estadístico 2006*.

<sup>551</sup> ROJAS, *Chile escoge la libertad*, tomo II, pág. 801.

<sup>552</sup> Ídem, pág. 699.

<sup>553</sup> RAFAEL VALDIVIESO, *op. cit.*, pág. 43.

particulares) que entregan educación gratuita; la educación particular subvencionada (que obtiene mejores puntajes de SIMCE que su paralela de las municipalidades) representa un tercio del total de la matrícula; las universidades privadas tienen plena vigencia, en no pocas trabajan varios de los políticos y extremistas que en los años 80 se oponían a la «educación-negocio»; las universidades privadas, institutos profesionales y centros de formación técnica proporcionan el 50% de las plazas que se ofrecen cada año a los egresados de cuarto medio.<sup>554</sup>

<sup>554</sup> Véase: VIAL, «Augusto Pinochet (1915-2006)», *op. cit.*; VIAL, «En el aniversario de Augusto Pinochet», *op. cit.*; VIAL, «La deuda de Chile con Augusto Pinochet: (4) Vivienda, Salud, Educación», *op. cit.*; <http://www.fonasa.cl/>.



## VIII

Durante el régimen de Pinochet Chile experimentó cambios profundos, transformaciones que modificaron la forma en que los chilenos vivían, pensaban, estudiaban, trabajaban, compraban, etc. Estas transformaciones quedan de manifiesto al efectuar una vista panorámica del Chile de los años 80.

En general, los chilenos tenían más años de escolaridad y aspiraban a una vida más longeva. El país ya no era una nación compuesta de proletarios sino una en la que los propietarios eran mayoría. Un alto porcentaje de los padres de familia eran dueños de una vivienda propia o de un bien raíz, de un campo, de una industria o de una actividad creada por ellos y la totalidad de los asalariados que se acogieron a los beneficios de la nueva previsión eran dueños de su patrimonio previsional.<sup>555</sup> Las mujeres, que disfrutaban de un acceso creciente a mejores niveles de educación, habían optado por salir a producir. De hecho, entre 1977 y 1987, la tasa de crecimiento de la fuerza laboral femenina duplicó holgadamente a la masculina, de tal forma que de cada 10 chilenos que se incorporaron en 1987 al mercado laboral, más de 4 eran mujeres. Ese mismo año se contabilizaban casi 700.000 mujeres más trabajando que las que había en 1970. Los niños gozaban de mejor salud, tenían más acceso a la educación y contaban con un nivel de información varias veces superior al que poseían sus padres a la misma edad. Organismos públicos y privados participaban, con mayores medios y organización, en la lucha contra la extrema pobreza. A la acción gubernamental a través de la Secretaría de Desarrollo Social, el Servicio Nacional de Menores, la Junta Nacional de Jardines Infantiles y otros organismos, se sumaba la labor de instituciones privadas como la Fundación Mi Casa, la Fundación Miguel Kast y el Hogar de Cristo. Paralelamente se desarrolló una industria

<sup>555</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 172.

que proveía de miles de raciones, de almuerzos y desayunos, a las escuelas de niños en extrema pobreza.

Chile se había integrado al mundo. Por ello, en 1987 el país vendía mercaderías por valor de un dólar a cada habitante del planeta, es decir, cinco mil millones. Mientras le vendíamos productos al mundo, adquiríamos también sus modas, tecnologías e incluso su idioma.<sup>556</sup> «Aun considerando sus grandes dificultades en materia internacional, el Gobierno Militar impulsó relaciones pragmáticas, marcadas por el enfoque económico y la diversificación de lazos comerciales, especialmente con China Popular, el mundo árabe y la región Asia-Pacífico».<sup>557</sup> Cabe mencionar que Chile mantenía relaciones y representaciones diplomáticas con más de cien países, cifra que en 1973 era de 55.<sup>558</sup> Por otra parte, a fines de los años 80 Chile era «la sociedad más computarizada de Latinoamérica» y «también el mayor exportador de programas computacionales».<sup>559</sup> Uno de esos programas permitió que el período de tiempo requerido para obtener el certificado de nacimiento bajara de cuatro días a treinta minutos y el trámite para obtener o renovar pasaportes disminuyó de una semana a menos de un día. También era el país latinoamericano con el mayor volumen de comercio de computadores con EEUU, después de Brasil. Dicho tráfico incluía las consultas a bases de datos norteamericanas, transferencia de información bancaria, facturaciones y otros tipos de tráfico informativo. Además, se incrementó el número de cajeros automáticos para facilitar las transacciones bancarias en el país. Una red compartida permitía a los clientes de los principales bancos ocupar indistintamente los cajeros automáticos de todos ellos. Cerca de diez millones de transacciones bancarias se realizaban al año a través de los 180 cajeros automáticos existentes entonces en el país. Por último, Chile fue el primer país lati-

<sup>556</sup> Todo, en: LAVÍN, *op. cit.*, págs. 12-13, 15-16 y 24.

<sup>557</sup> LABBÉ, *De Pinochet a Lagos*, pág. 67.

<sup>558</sup> MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 138.

<sup>559</sup> WHELAN, *op. cit.*, pág. 903.



noamericano en conectarse al sistema Swift, que permitió la transferencia electrónica de fondos, en un tiempo de cuatro segundos, entre 2.500 bancos en el mundo.

Las posibilidades de comunicación abiertas para los chilenos eran múltiples, incluyendo la mayor cobertura del servicio telefónico, su automatización y el establecimiento del sistema de discado nacional e internacional. Este último permitió comunicarse, sin pasar por la operadora, con 124 ciudades de 22 países. Entre 1970 y 1986, el número de teléfonos en funcionamiento se multiplicó por dos, en tanto que el número de llamadas de larga distancia saltó de 17 millones a 65 millones. Durante 1986, los chilenos ocuparon 45 millones de comunicaciones telefónicas internacionales, cifra que supera más de once veces a la de 1970. Las compañías telefónicas privadas fueron decisivas para impulsar el avance del sector. El teléfono en los automóviles, el correo electrónico, los fax y las videoconferencias eran alternativas en rápida expansión.

El desarrollo económico y la integración con el mundo provocaron un cambio en la geografía económica de Chile, ya que el surgimiento de la agricultura de exportación, la madera y la pesca permitió la aparición de nuevos polos de desarrollo en torno a ciudades como Iquique, Copiapó, Curicó, Concepción y Puerto Montt. Las regiones tenían cada vez más vida propia y no dependían tanto de la capital para llevar a cabo su vida diaria. Sus productos se enviaban al exterior desde sus puertos. Con sus medios de comunicación y sus universidades, desarrollaban su propia cultura basada en ventajas comparativas. La existencia de una fluida comunicación aérea, junto con el uso creciente de computadores en línea, facsímiles, télex, teléfonos de discado directo y teleconferencias, hacía más fácil la constitución de empresas fuera de la Región Metropolitana. Es importante señalar que el Gobierno Militar se la jugó por incorporar la computación a la labor burocrática, lo que hizo más eficiente la tarea de los municipios, de los gobiernos regionales y de los servi-

cios públicos. La menor burocracia y la descentralización contribuyeron a «desempapelar» a los chilenos. En 1987 era posible cancelar todos los impuestos en cualquier oficina bancaria. Los gobiernos regionales tomaban sus propias decisiones de inversión, utilizando un fondo especial de desarrollo puesto a su disposición. Menos papeles, menos trabas burocráticas y... también, menos funcionarios públicos: entre 1977 y 1986, el número de personas que trabajaban para el Estado disminuyó en más de doscientas mil.<sup>560</sup>

El transporte urbano mejoró durante el Gobierno Militar, al aumentar el parque vehicular de 500.000 en 1977 a 900.000 en 1986. El transporte público fue liberalizado al mercado... la actividad tenía libre acceso, se entregaba de forma casi automática el recorrido solicitado, existía libertad de frecuencias y de tarifas, etc. El parque automotriz a nivel nacional tenía un promedio de 15.000 buses y 6.000 taxis entre 1980 y 1986.<sup>561</sup> Un medio de transporte incorporado al transporte de Santiago fue el ferrocarril metropolitano (Metro), cuyas obras se encontraban prácticamente paralizadas por falta de insumos para su construcción durante la UP.<sup>562</sup> Fue puesto en servicio en septiembre de 1975, teniendo un aumento constante su flujo de pasajeros, con 1,2 millones en 1975 a más de 130 millones anuales en 1981. Estas cifras se redujeron con la recesión económica, recuperándose en 1986 con más de 140 millones de pasajeros.<sup>563</sup> En 1987 el Metro transportaba un promedio de 500.000 personas diarias.<sup>564</sup> En cuanto a la red ferroviaria del país, digamos que se especializa en carga, manteniéndose la red electrificada para transporte de pasajeros entre Santiago y Temuco, siendo la más extensa de Sudamérica,

<sup>560</sup> LAVÍN, *op. cit.*, págs. 61-62, 107-108 y 122-131.

<sup>561</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile, *Atlas del Desarrollo Económico y Social de Chile*, T.T.G.G. Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1988, págs. 79, 93 y 97.

<sup>562</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, *Chile 1973-1983*, *op. cit.*, pág. 135.

<sup>563</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile, *op. cit.*, pág. 100.

<sup>564</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, Oficina de Planificación Nacional, *op. cit.*, pág. 135.



con 890 kilómetros.<sup>565</sup> El transporte privado de camiones y buses, que –gracias a las carreteras pavimentadas– llevaban algunas décadas haciéndole mortífera competencia al ferrocarril, terminaron por superarlo. En lo tocante al tráfico aéreo nacional, el Gobierno Militar logró su despegue estimulando la participación de los privados. Las empresas aerocomerciales aumentaron de 41 en 1978 a 83 en 1983 y la flota aérea chilena subió de 145 en 1978 a 219 en 1983.<sup>566</sup> El tráfico aéreo de pasajeros aumentó de 350.000 a 650.000 entre 1977 y 1987 y el de carga subió de 12.000 a 59.000 toneladas entre 1973 y 1987.<sup>567</sup> También hubo grandes avances en el plano operacional de los principales puertos del país, que estaban a cargo de EMPORCHI. Los de Valparaíso e Iquique readecuaron las instalaciones para una rápida recepción y despacho por contenedores.<sup>568</sup> El régimen militar fomentó el desarrollo de la marina mercante promoviendo la competencia en todos los ámbitos que se pudiera. Hacia 1975, la flota naviera chilena tenía 45 naves que transportaban 534.000 toneladas, hacia 1988 la flota superaba las 71 naves, transportando 1.200.000 toneladas, llevándola a movilizar el 50% del comercio exterior chileno. Para tal crecimiento se incorporaron nuevas naves, como petroleros, frigoríficos, transportes de gas licuado, graneleros, portacontenedores, entre otros.<sup>569</sup>

Los chilenos vivían con muchas más opciones que en el pasado. La sociedad de «esto o lo otro», con dos o tres alternativas como máximo, fue superada por una nueva sociedad de «opciones múltiples». Los cotizantes podían optar entre distintas AFP. Los chilenos ya no tenían que confiar sus cuidados al Servicio Nacional de Salud o al Servicio Médico Nacional de Empleados, sino que podían elegir

<sup>565</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile, *op. cit.*, pág. 93.

<sup>566</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, *Chile 1973-1983*, *op. cit.*, pág. 78.

<sup>567</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile, *op. cit.*, pág. 93.

<sup>568</sup> Ministerio Secretaría General de Gobierno, *Chile 1973-1983*, *op. cit.*, pág. 71.

<sup>569</sup> Instituto Geográfico Militar de Chile, *op. cit.*, págs. 93 y 114.

entre más de veinte alternativas, incluyendo el FONASA y las ISAPRES. Pero, además, las ISAPRES ofrecían múltiples planes distintos.<sup>570</sup> La oferta de educación superior era amplísima. Un estudiante que terminaba su educación media ya no estaba obligado –como en 1973– a elegir entre 61 instituciones de educación superior, ocho de las cuales eran universidades. Sus opciones incluían 280 instituciones, 24 de ellas universitarias. Los numerosos institutos profesionales y centros de formación técnica ofrecían una amplia variedad de carreras.<sup>571</sup> Las tinas de baño eran blancas, celestes o de cualquier color. Los teléfonos tenían cientos de formas –que el propio usuario podía elegir–, los compradores de autos decidían entre decenas de marcas distintas. Lo mismo acontecía con los electrodomésticos. Se optaba entre el canal 13, el 7, el 11, el 5 o el 9. Además, tal como en las grandes ciudades, a través de una conexión individual, las familias santiaguinas podían acceder a la televisión por cable, específicamente a 4 canales. Un número creciente de familias confeccionaban su propia programación arrendando películas en cualquiera de los videoclubes existentes en las principales ciudades del país. Se escogía entre 20 emisoras am y 23 fm.

Los chilenos elegían entre varios tipos de comidas (chilena, francesa, italiana o china), música (clásica, rock latino, rock pesado, orquestal o de otra clase), deportes (fútbol, tenis, esquí o rodeo) y sabores de helado y yogur. Y se regodeaban a la hora de comprar ropa y calzado a bajos precios. Una dueña de casa que entraba a comprar a un supermercado Almac en 1974 podía elegir entre 5.500 productos diferentes. En 1987, sus posibilidades de opción alcanzaban a 15.500 ítemes distintos. También los clientes podían hacer por teléfono sus compras semanales, las que eran despachadas a cada hogar. Los supermercados (como

<sup>570</sup> LAVÍN, *op. cit.*, págs. 24-25, 134, 136 y 153.

<sup>571</sup> LAVÍN y LARRAÍN, *op. cit.*, pág. 106.



Almac, Unimarc, Jumbo, Montserrat, etc.) desplazaron al «almacén de la esquina» y alcanzaron un nivel de higiene incomparablemente superior a las tradicionales ferias libres. El sistema computacional fue la clave del éxito de los supermercados. A fines de los 80 se contabilizaban en Santiago más de cincuenta centros comerciales, pero ninguno de ellos podía competir con los dos grandes *malls*, el Parque Arauco y el Apumanque, en los que comprar era un verdadero paseo familiar. Paralelo al desarrollo de los centros comerciales, se produjo la expansión de las grandes tiendas por departamento, como Falabella, Almacenes París, Ripley y otras, las que ampliaron su cobertura y modernizaron sus sistemas de atención. Todas ellas otorgaron a sus clientes el beneficio de las tarjetas de crédito, las que -gracias a la ayuda de un computador con oficinas en línea- se podían ocupar en cualquier sucursal del país.

En el ámbito cultural, el número de libros existentes en los hogares chilenos se incrementó significativamente. El auge del libro se apreció en el aumento del número de títulos editados en el país, que pasó de 954 en 1981 a 2.126 en 1986. Y también en el interés creciente por participar y visitar ferias de libros. Pero, sin duda que el hecho más trascendental de los años 80 lo constituyó la posibilidad de adquisición masiva de obras literarias que se vendían conjuntamente con revistas. El fenómeno de los libros regalados por revistas (específicamente *Ercilla* y *Vea*) posibilitó que, entre 1983 y 1987, los hogares chilenos recibieran 33 millones de libros (clásicos, cursos de inglés, sobre historia de Chile y otros diversos temas). También se entregó un millón de casetes, entre ellos el *Curso de Inglés de la BBC de Londres* y la *Quinta Sinfonía de Beethoven*.<sup>572</sup>

La calidad de vida de los chilenos mejoró de otras maneras visibles e importantes. En 1970, el «21,3% de las casas eran de adobe, barro, desechos o materiales similares; en

<sup>572</sup> Todo, en: LAVÍN, óp. cit., págs. 22-23, 85-88, 120-121, 151-152 y 154.

1982, esa cifra había bajado a 14%». En 1970, el «24,6% de las casas no tenían electricidad». En 1982, solo el «15,3% carecía de ella. Cincuenta y dos por ciento no tenía ducha ni tina. En 1982, la cifra era de 38%. La cantidad de televisores aumentó de 335.400 en 1970 a 1.932.000 en 1982 (y la cantidad de hogares que poseía un aparato de televisión subió de 19 a 78%); los refrigeradores pasaron de 499.000 a 1.202.900; las lavadoras, que en 1970 ni siquiera se contabilizaban, ya que eran tan pocas, totalizaban 800.000 en 1982». <sup>573</sup> El número de automóviles pasó de 262.000 en 1976, a más de 600.000 en 1985. En 1987, el 91% de los hogares poseía una radio, el número de lavadoras alcanzaba el millón de unidades y más de dos millones de bicicletas circulaban por calles y caminos del país. <sup>574</sup>

Una clara indicación del progreso alcanzado era lo consignado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, dado a conocer al poco tiempo de concluido el Gobierno Militar. «Este destacó que Chile superó a todos los países latinoamericanos, a la Unión Soviética y a varias naciones europeas en calidad de vida». Considerando a todo el mundo, era el número 24 entre 130 países. <sup>575</sup>

Todo lo que hemos dicho, pinceladas por cierto, nos permite afirmar que el Gobierno de Pinochet insertó a Chile en el mundo y en la era tecnológico-informática, permitió un desarrollo armónico del país y mejoró las condiciones de vida de los chilenos.

<sup>573</sup> WHELAN, óp. cit., pág. 905.

<sup>574</sup> LAVÍN, óp. cit., págs. 30-31.

<sup>575</sup> MÁRQUEZ DE LA PLATA, *El salto al futuro*, pág. 170.



## CONCLUSIÓN

Chile es un país de hombres y mujeres capaces de enfrentar con éxito los mayores desafíos cuando existen condiciones que les permiten desarrollar todas sus aptitudes. Por el contrario, cuando son aprisionados por esquemas antinaturales, vegetan en la mediocridad, el desánimo y el subdesarrollo, como ocurrió en nuestra patria en los años inmediatamente anteriores a 1973.

El presidente Augusto Pinochet Ugarte, de la mano de los institutos armados y con el apoyo leal de sus colaboradores civiles, rompió esas amarras e inició una etapa decisiva en nuestras vidas como nación que se proyecta hasta el día de hoy.

Y ese testimonio histórico es el que la izquierda procura destruir, persistiendo en su campaña de difamación denigratoria nacional y mundial contra el general Pinochet y su régimen. Pareciera que lo estuviese logrando. No por nada están presos muchos ex uniformados que ayer combatieron con audacia y patriotismo a los grupos armados de extrema izquierda. Hoy son villanos que asesinaron a personas por «pensar» diferente. Los guerrilleros y delincuentes subversivos marxistas se esfumaron de la memoria colectiva de los chilenos. Pero es sabido que «las leyendas negras, que son un invento sectario, tienen cabezas de chivos y patas de enanos».<sup>576</sup> Eso lo sabía muy bien el general Pinochet: «Yo les digo que nada podrá impedir que un día, tal vez no tan lejano, vuelva la paz y la sensatez a esos espíritus que todavía permanecen cegados por la pasión, y en la serenidad de otros tiempos, cuando la historia reivindique nuestra obra común, terminen reconociendo el valor y los méritos de ella. En ese momento, es probable que yo ya no esté. Será, sin embargo, la hora de la victoria, la hora en que

<sup>576</sup> PINEDA DE CASTRO, óp. cit., pág. 11.



los ideales que iluminaron nuestros sueños terminen siendo comunes a todos los chilenos».<sup>577</sup>

Efectivamente, a la larga, nada podrá acallar la verdad histórica.

Pinochet será conocido por las generaciones venideras como el general que, al respaldar el Pronunciamiento Militar de 1973, evitó una guerra civil (que, según el general Carlos Prats, hubiese provocado cientos de miles de muertos) y salvó a Chile del comunismo. Esto último significa que impidió que sus conciudadanos tuvieran que transitar por la degradada senda del socialismo marxista tan en boga en esos tiempos. Nuestros hombres, mujeres y niños se salvaron de vivir el calvario de una sociedad manejada por unos pocos que imponían sus ideas, aunque estas eran irracionales y no conducían al progreso y libertad de sus habitantes.

Qué triste espectáculo presenciamos hace poco tiempo con las declaraciones de Fidel Castro reconociendo el fracaso de su socialismo. Dos o tres generaciones de cubanos perdieron sus vidas vegetando en un régimen absurdo y opresor.

También Pinochet quedará en la historia como el presidente que (sin dejar de defender el sagrado interés nacional) evitó dos guerras inminentes, con Perú y con Argentina, en la segunda mitad de los años 70. Estas guerras hubiesen afectado a toda la población nacional. Cientos de miles de chilenos hubiesen muerto en la flor de la edad. La destrucción material del país hubiese sido total. Nada de esto es historia ficción. Fue lo que ocurrió en varias de las guerras del siglo XX.<sup>578</sup>

Del mismo modo, se reconocerá a Pinochet como el reconstructor de Chile. Sus condiciones de estadista le permitieron sortear una serie de complicados escollos (el estado

<sup>577</sup> AUGUSTO PINOCHET, *Carta a los chilenos*, Londres, diciembre de 1998.

<sup>578</sup> HOBBSBAWN, *óp. cit.*, Capítulo I.

calamitoso en que la UP dejó la economía, dos crisis económicas mundiales, un clima internacional adverso, el terrorismo de extrema izquierda, las presiones de una oposición obcecada, un devastador terremoto, entre otros desafíos) y, simultáneamente, tomar las decisiones adecuadas para lograr la modernización de las estructuras sociales y estatales, garantizar un crecimiento armónico del país, mejorar el nivel de los chilenos, fundar una economía libre y próspera y legar a sus conciudadanos un régimen de libertades garantizadas y una democracia estable. En apenas tres lustros había construido «un Chile nuevo, más puro en su tarea cotidiana y en sus designios históricos, animado por una fuerza optimista que trocó la desesperanza» de la década revolucionaria «en nueva vitalidad». En ese proceso se restauró el consenso nacional. «En el plano instrumental, el nuevo consenso alcanzado se expresa, de una parte, en un sistema económico de mercado, que reposa en la iniciativa de las personas, en el respeto al fruto de sus esfuerzos y en el rol subsidiario asignado al Estado, y de otra, en una institucionalidad política democrática, al servicio del interés nacional pero garantizando al mismo tiempo los derechos esenciales de cada ciudadano».<sup>579</sup> Ambos aspectos, copulativamente, sirven hasta hoy de base a la efectiva libertad de los chilenos.

En resumidas cuentas, el Chile de hoy, el del Bicentenario, tanto en su orden institucional como económico, es en gran medida el que forjó el régimen de Augusto Pinochet.



<sup>579</sup> CANESSA y BALART, *óp. cit.*, pág. 31.



## ÍNDICE

Introducción .....	7
Capítulo I Generalidades .....	11
Capítulo II El proyecto totalitario de la UP .....	25
Capítulo III El régimen de Augusto Pinochet .....	71
Capítulo IV La reconstrucción nacional .....	129
Conclusión .....	187

El mismo modo, en el caso de Pinochet, el autor se refiere a la construcción de Chile. Sus conclusiones de esta obra le permiten haber escrito una serie de artículos y libros que se refieren a la historia de Chile y a la historia del mundo.

El autor de esta obra es un historiador chileno, nacido en 1928, en Valparaíso. Ha sido profesor de Historia en la Universidad de Chile y en la Universidad de Valparaíso. Ha publicado numerosos libros y artículos sobre la historia de Chile y del mundo.



BIBLIOTECA  
www.mayr.it  
biblioteca@mayr.it